¿LA IGLESIA DE JUDAS?

Bernard Faÿ

EDICIONES ACERVO

Bernard Faÿ

¿LA IGLESIA DE JUDAS?

EDICIONES ACERVO
BARCELONA

Título de la obra original
L'ÉGLISE DE JUDAS?

Versión española de
CARLOS GONZÁLEZ CASTRESANA

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal: B. 13.045 - 1971

Industrias Gráficas Gasa, S. L. - Salvá, 26 - Barcelona

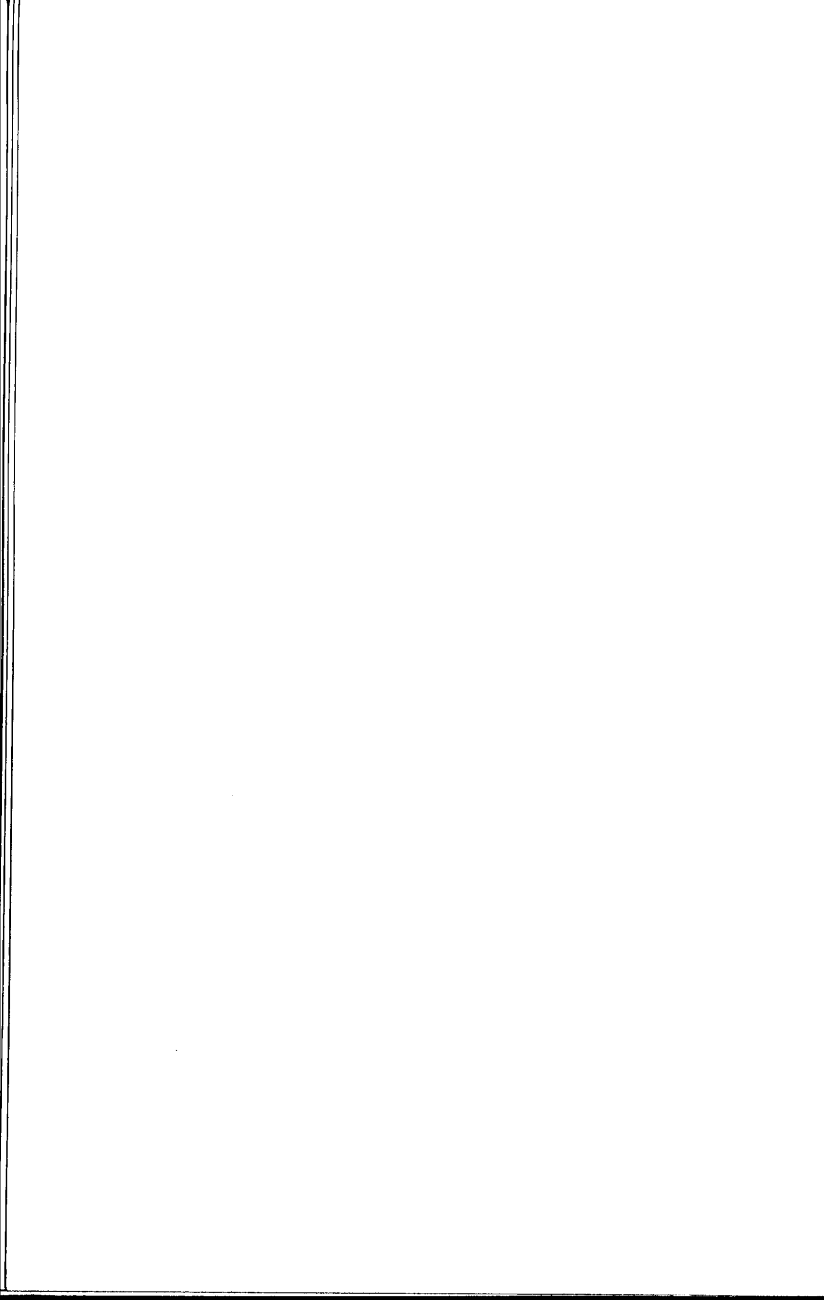
INDICE

NOTA DE LA EDICION ESPAÑOLA

El lector debe tener en cuenta que el libro ha sido pensado y escrito para el público francés, quizá mucho más sensibilizado que el español para las discusiones sobre la Iglesia y la teología y más acostumbrado a una terminología y a una gama de expresiones que han llegado a España más tarde y precisamente de más allá de los Pirineos.

También es necesario tener presente que la poca extensión del libro y su forma dialogal han obligado ineludiblemente al autor a hacer adoptar a los interlocutores actitudes muy esquematizadas y radicales. Por todo ello, no hay que tomar el texto como un «estudio» sobre la situación actual de la Iglesia, sino como el reflejo de una discusión que hubiera podido tener lugar entre dos personas que defienden puntos de vista muy extremos.

La Editorial Plon de París, al editar el libro, lo ha incluido precisamente en la colección «Tribuna libre» destinada a acoger los textos de carácter polémico. Al darlo ahora al público español, a través de la colección «Al quite», creemos preciso hacer estas advertencias.



«...Judas buscaba una ocasión favorable para entregar a Jesús.»

San Mateo, XXVI, 16.

ADVERTENCIA

Este librito es un estudio histórico que se propone ayudar a las personas de buena volutad a discernir lo que fue el Concilio Vaticano II y lo que contiene el programa del «aggiornamento», puntos que las polémicas y la multiplicidad e interpretaciones han oscurecido. Aquí se estudian los problemas de disciplina y de moralidad, tan importantes para los laicos, sin intervenir en las cuestiones teológicas, que sólo deben tratar los teólogos competentes.

BERNARD FAŸ

I

DE LA REFORMA
A LA DEFORMACION

CAPITULO PRIMERO

LA FORMA DE LA IGLESIA

Cuando nos separamos, mi querida prima, habiendo yo prometido aclararte lo que, en Europa, ha ocurrido en la Iglesia, no sospechaba las dificultades de la tarea. Los periódicos de Port-Louis no te daban más que una información incoherente y las gacetas, procedentes del viejo mundo, embrollaban aún más tu espíritu, que comparaba *Le Monde, Le Figaro, L'Aurore, La Croix, The Times, Catholic Herald, The Tablet, L'Express, Spectacle du Monde, L'Observateur, Rivarol, New York Times, Chicago Tribune,* con los relatos de los viajeros y no hallaban en todo aquello sino contradicción, confusión, caos.

Siendo piadosa, querías comprender a fin de elegir el mejor camino. Yo deseaba servirte, pero, una vez en Francia, yo mismo me perdí en este dédalo; cada persona que interrogaba me daba un tañido de campana diferente. Diarios, semanarios, revistas se contradecían a placer. Decidí adquirir un libro; el librero me ofreció cincuenta, desde los del P. Rouquette hasta los de Michel de Saint-Pierre. Vacilaba en escoger el abad

Oraison y Willian Romain. No era un consuelo enterarse de que aparecía una obra sobre este asunto cada ocho horas. No sabía ya a qué santo encomendarme cuando nuestro primo Etienne de Sainte-Foy tuvo lástima de mí y me dijo: «Te vas a Lyon y ves al reverendo P. Doucet, mi amigo. Los jesuitas son gente inteligente y son ellos los que dirigen todo.»

Por ti, me fui, pues, a Lyon. Gracias a la recomendación de Etienne encontré al reverendo padre en una casa amiga. A simple vista, me inspiró confianza; su modestia, el encanto de su palabra, el tono suave de su voz, la distinción de sus maneras, la amable dignidad de su aspecto y hasta el traje de sacerdote protestante que llevaba con sencillez; en fin, todo en conjunto, pero, principalmente, esa forma de mirar cara a cara, sin molestia ni dureza, sin fanfarronería ni embarazo, pero rotundamente, todo me parecía anunciar un espíritu sabio, preciso y abierto. Su risa frecuente, aunque nunca sonora, sus cuidadas manos, con las cuales esbozaba gestos benignos, y el encanto de su voz bien timbrada acabaron por inspirarme confianza; decidí confiarme a él en esta encuesta en la que me había extraviado. Él me prometió guiarme y, como yo le confesase mi profunda ignorancia, llevó su caridad hasta exclamar, sonriendo: «Tanto mejor.»

Alentado por esta prueba de su bondad, me atreví a comenzar:

J. — Ante todo, padre, ¿a qué causa se debe atribuir el crecimiento de irreligión en Europa a partir de 1750?

P. — Se piensa de ordinario que las estructuras de

la Iglesia no estaban ya adaptadas a las costumbres de la época y que las autoridades romanas, patrocinando las doctrinas autoritarias de un Joseph de Maistre, de un Bonald, de un Lamennais (primera época), han perdido contacto con el espíritu de los tiempos. Le citaré al P. Bouillé, que no es de los nuestros: «Los puntos de vista que ellos han definido y propagado estaban latentes ya en el catolicismo al menos desde la Contrarreforma. Y, ante todo, el papel desmedido dado a la autoridad, aunque más aún la falsa noción que ellos se hacían y en la que no se veía más que una negación de la libertad misma identificada con sus formas negativas (la libertad contra, eclipsando a la libertad para)» (1). En el momento en que la libertad triunfaba en todas partes y servía de divisa a los Estados modernos, esta actitud debía hacer un daño incalculable a la Iglesia. Algunos hasta sostienen que se debe buscar en esto el origen del marxismo.

J. — ¡Ah, padre, usted bromea!

P. — He citado esta opinión sin aseverarla.

J. — El P. Bouillé se apoya en el Concilio de Trento. Pero todos los países que lo aceptaron, de derecho o de hecho, conocieron un renacimiento espiritual incomparable. Santa Teresa la Grande, san Juan de la Cruz, san Vicente de Paul y tantos otros lo demuestran. La fecundida de la Iglesia durante dos siglos fue admirable, sus misioneros se extendieron por todo el universo, las multitudes se adhirieron al Evangelio. ¿Por qué reprobar así la autoridad cuando es legítima?

(1) P. Bouillé, *La descomposición del Catolicismo*. París, 1968, pág. 95.

Por lo demás, Cristo no ha dejado de recomendar el respeto a los jefes, la obediencia y la humildad como las virtudes más preciosas.

P. — Si puede mejor que yo explicar la descristianización del siglo XIX, hable usted, señor. (Había un matiz de irritación en la voz de mi interlocutor.)

J. — Padre, yo soy un ignorante, pero un ignorante que ha viajado. Usted dice que todos los Estados, todas las revoluciones, desde 1750, invocan la libertad y esto es verdad, pero ellos no la dan jamás. La Francia revolucionaria fue diez veces más tiránica que el Antiguo Régimen y todos los Estados democráticos, al crear sus administraciones nacionales, han impuesto a sus países unos arreos más pesados que los que jamás conocieron antaño. En cuanto a las democracias llamadas «populares», piense en la libertad de la U.R.S.S., de la China roja, de la Cuba escarlata...

P. — De acuerdo. Pero todo eso no explica la descristianización.

J. — Eso nos conduce a ella. El Concilio de Trento reedificó la Iglesia para que ésta pudiese resistir a los nuevos Estados nacionales. La Contrarreforma hizo así una obra eficaz. Tanto más cuanto que el verdadero enemigo de Dios es, en los tiempos modernos, el Estado. Después de siglos de alianza con la religión, él le hizo en lo sucesivo la guerra, con medios sangrientos o con la astucia. El Estado democrático, que pretende emanar de la voluntad popular y ser su expresión, se considera como el señor absoluto del país. Él junta todo en sí: autoridad, justicia, finanzas, diplomacia, guerra e incluso educación, informa-

ción, caridad. Quiere controlar la actividad total de los ciudadanos y no «tolera» la religión más que en la medida en que ella le sirve. En Francia, la escuela laica, y después el servicio militar, que las guerras prolongaban indefinidamente, han apartado a los hombres jóvenes de la fe y logrado, de 1880 a 1970, destruir la práctica de los medios rurales, antaño tan fervientes. Sólo las mujeres la mantienen aún a veces, porque ellas tienen sus escuelas libres y no van al ejército. Viaje por el Oeste, el Centro, el Languedoc y las demás regiones de Francia y lo comprobará.

P. — En su tesis hay una parte de verdad, pero debería tener en cuenta una corriente de pensamiento tan importante como el «Modernismo», movimiento nacido simultáneamente en todos los países de Europa y aun en el Nuevo Mundo.

J. — En este aspecto, padre, necesito de sus conocimientos.

P. — En Italia, un Gioberti, un Rosmini, un Fogazzaro, sin hablar ya de Giovanni Seleria ni de Romolo Murri; en Inglaterra, un Tyrrel; en los países germánicos un Franz Xavier Krauss, un Frédéric von Hugel y tantos otros permiten medir la amplitud de este movimiento. En Francia, Loisy, el P. Duchène, Maurice Blondel, Edouard Le Roy, La Berthonnière invocaban a Lacordaire y Montalembert. No olvidemos que ya Marc Sangnier, siguiendo las consignas de León XIII, procuraba reconciliar a la Iglesia con la democracia. Quería también enseñar a los católicos la costumbre de considerar los problemas sociales con un espíritu fraternal, caritativo y afectuoso.

J. — Usted le pone en el mismo plano que los precedentes.

P. — Ciertamente, no, salvo por el celo. Él no era más que un político, y los otros eran filósofos. Pretendían eliminar la filosofía de Aristóteles, por completo estática y anticuada, que embarazaba a la Iglesia, para sustituirla por un pensamiento abierto, vivo y concreto. Según su temperamento, cada uno de ellos orientaba y estructuraba su obra, pero había en la escuela una triple inquietud: expresar los dogmas, verdades y enseñanzas de la Iglesia en un lenguaje que fuese inteligible a las gentes de la época; eliminar de la enseñanza cristiana todos los crecimientos y excrecencias que rechazaban los contemporáneos y que los alejaba de la fe; dar, en fin, a ésta en el alma de cada fiel una interioridad que la pusiese por encima del formalismo y la hiciese más viva.

J. — El ideal es hermoso. Estos hombres deseaban el bien y trabajaban como apóstoles, pero ¿no se engañaban encauzando mal sus esfuerzos?

P. — Ellos se esforzaban en remediar unos males demasiado tangibles.

J. — Lo creo, pero usted conoce la fábula *El oso y el jardinero*. Para cazar una mosca, el valiente oso lanza un adoquín sobre la cabeza del jardinero, que estaba durmiendo, y le mata. Adoptar un lenguaje que conviene al mundo, una filosofía adaptada a sus costumbres, ¿no es aceptar su lógica y renunciar a la que, tras siglos de trabajo, la Iglesia considera la más apropiada para expresar las enseñanzas de Cristo?

Eliminar lo que usted llama «las excrecencias» de las verdades reveladas, ¿no era, no es, de hecho, aceptar el método de esa «crítica interna», tan popular en la Alemania del siglo XIX y tan arbitraria? Ella fascinó a M. Renan, quien la hizo suya y de la cual sacó su *Vida de Jesús* y sus otras obras. Ella inspiró a esos eruditos germanos, incapaces de aplicar a sus trabajos el espíritu crítico que usaban para examinar los del pasado. Su vanidad les impedía creer en la exactitud de la ciencia de los escribas antiguos, que nosotros reconocemos ahora. Pero el error en la vida persiste, es una de las voluptuosidades del espíritu humano.

P. — Es usted muy áspero, señor. Pero ¿se atreverá a atacar a estos filósofos?

J. — Ciertamente, no. En la Sorbona he estudiado lenguas antiguas y modernas, pero no filosofía. Sin embargo, me remito a sabias obras del P. de Tonquédec, de monseñor Thurinas y otros, que acusan a los modernistas de mutilar la tradición, de atribuir de manera arbitraria un valor científico a los resultados dudosos de la historia, de separar, en fin, la fe de las verdades eternas y de la persona de Cristo para hacerla depender del alma sola.

P. — Se ve, en efecto, que usted no ha estudiado teología.

J. — Si me atrevo a emplear estas fórmulas es debido a las encíclicas de Pío X. El 25 de agosto de 1910 condenó a Marc Sangnier y su *Sillon* por haber hecho entre el Evangelio y la Revolución comparaciones blasfemas, por haber presentado a sus discí-

pulos «un Cristo desfigurado y disminuido», causa, en fin, de las infiltraciones «liberales y protestantes» que se advertían en su obra.

P. — En efecto, pero nos hemos alejado de la filosofía.

J. — No lo crea, padre. Pío X acababa, efectivamente, de aplicar las mismas sanciones al P. Berthonnière y a Fogazzaro (1906); en 1907 suspendió a Murri *a divinis* y, en septiembre del mismo año, publicaba la encíclica *Pascendi*. El Padre Santo reprochaba, sobre todo, a los modernistas considerar la verdad religiosa como negativa y negar que la tradición católica fuese la transmisión exacta de la doctrina de Cristo.

P. — Este fue el triunfo del «integrismo», celebrado a grandes gritos.

J. — ¿Negará usted que Pío X fue papa, que fue un santo papa, y que, al hablar, hablaba en nombre de la Iglesia?

Porque para mí, simple fiel, eso me parece evidente, de una claridad meridiana.

P. — Que fue papa y que fue santo no hay ninguna duda. Que los autores condenados cometiesen errores y dieran motivo a la condena no hay duda tampoco, pero las medidas tomadas parecieron severas, brutales incluso.

J. — ¿Qué reprocha a este hombre humilde, de una bondad sin mácula, de un recogimiento admirable y de un espíritu recto? ¿No unía a un sentido exacto de la autoridad una milagrosa comprensión del prójimo, que no llegaba jamás hasta la debilidad? Él

se muestra como un verdadero santo y un verdadero jefe.

P. — Todo eso sigue siendo cierto. Pero era un campesino.

J. — ¿Qué mal ve usted en ello?

P. — Todos los hombres no poseen el mismo tipo de espíritu; hay familias de inteligencia como de raza. El campesino es siempre más simple, más rudo que el hombre de las ciudades. Sobre todo, es menos sensible al valor de la razón y está más sometido a sus intuiciones. Europa entraba en la época de las metrópolis y Pío X vivía todavía en la de los pueblos. No sentía, como aquellos a quienes condenaba, la necesidad de considerar una pastoral que fuese capaz de difundirse en las ciudades y de conquistar las almas.

J. — Conquistó, sin embargo, a muchos: su pontificado, su influencia, su irradiación a través del universo católico suscitaron una renovación de fervor, un acrecentamiento de comuniones, un desarrollo de la fe.

P. — No obstante, en Francia la enemistó con el Estado e hizo de sus sacerdotes, mendigos.

J. — Es el mismo Cristo quien los hizo mendigos cuando envió a los setenta y ocho discípulos y los doce apóstoles a predicar a través del mundo. Él les dijo: «No llevéis nada... El obrero merece su alimento» (Mateo, X, 9-10). La ruptura del Concordato corona los robos ya realizados bajo la Revolución Francesa y por ella; rechazando las condiciones abusivas, Pío X pone fin a un largo escándalo —un clero cristiano al servicio de un Estado ateo— y crea una situación más favorable al apostolado. El clero reco-

braba independencia, prestigio, autonomía; los fieles adquirían un sentido más claro de su papel en la Iglesia; dejando de ser simples espectadores de la misa debían defender a sus sacerdotes, sus escuelas y su fe.

En esto, el padre miró su reloj, se excusó y partió sin demora, citándome para el día siguiente.

CAPITULO II

LA CRUZADA PROGRESISTA

Al día siguiente, cuando volví a ver al reverendo padre, me pareció notar un breve fulgor en sus ojos grises, una ligera torsión de su boca y una vivacidad de movimientos que no había advertido la víspera.

P. — Quedamos —me dijo— en las medidas tomadas por Pío X para sofocar el modernismo. Y, no obstante, ¿murió éste?

J. — Me parece que no.

P. — No murió; a pesar de los celosos obispos que había elegido la Curia, a pesar del juramento antimodernista impuesto a los sacerdotes, a pesar de los esfuerzos de una sociedad secreta de eclesiásticos integristas que se llamaba, me parece, «la Sapinière», gradualmente, bajo una forma nueva, las tendencias proscritas reaparecieron.

J. — Cuento con usted para que me explique lo ocurrido.

P. — Explicarlo no me parece posible, pero le indicaré, ciertamente, algunas etapas. Ante todo, a partir del cardenal Amette, el arzobispo de París se con-

virtió en un centro donde se reunían los espíritus que habían sufrido estas condenas y que, en sí mismos, no se resignaban. Como el cardenal era un hombre de una gran sutileza, que tenía el recurso de alegar la presión del gobierno, todo esto se hizo suavemente, sin escándalo, pero de manera eficaz. La Curia de la archidiócesis de París se convirtió, a partir de este día, en un centro de pensamiento democrático y liberal, que se mantuvo muy a menudo con el acuerdo de los titulares o gracias a su debilidad.

Otro centro se forma en el Norte, donde el abad Lemire, como sacerdote, luego como diputado, exhibe su celo social y sus inquietudes democráticas; gana una amplia popularidad, crea un movimiento y prepara el terreno para monseñor Liénard, el actual cardenal de Lille, el patriarca de los liberales de Francia.

Así se reagruparon, debidamente resguardados, los vencidos de principios de siglo. Después de 1945, hallaron un apoyo decisivo en un grupo de dominicos, de los que el P. Chenu era el eje y se convirtió en el teólogo. Lo hizo tan bien que, en unos años, el gran seminario de los dominicos, el Saulchoir, apareció como el foco de una escuela de pensamiento hostil a los métodos escolásticos, inclinada hacia la filosofía moderna e inquieta por procurar una renovación de la teología para ponerla de acuerdo con el ritmo de los espíritus contemporáneos, con el progreso de las técnicas científicas, sociales y políticas. El Saulchoir llegó a ser un polo de atracción para los jóvenes religiosos, ávidos de novedad y decididos a actuar en las estructuras contemporáneas.

La Santa Sede no estaba ya en situación de establecer el orden. El papa Pío I, que fue elegido por el cónclave de 1922, se guardó de desaprobar la obra de Pío X, mas instauró una nueva política. Este santo Papa, enamorado de los métodos de la bibliografía, no sentía disgusto alguno por las formas modernas de la política, pero se indignaba de que la Santa Sede no hubiese ocupado ningún puesto en las negociaciones de paz. Sin pretender que quisiese mal a los católicos de Francia y de los demás países aliados, es preciso hacer constar que su actitud con respecto a ellos difiere de la línea mantenida por sus dos predecesores. No rehusó en absoluto negociar discretamente con M. Briand, ni firmar un acuerdo con la República francesa, que le remitió un embajador (1921), y obtuvo un derecho de aprobación sobre el nombramiento de los obispos. El hombre que ejercía este poder, y que lo hacía con vigor, se llamaba Cannet; heredero de los antiguos jansenistas, conservaba como ellos el rencor de las tradiciones monárquicas de Francia. Se puede decir hoy día que tuvo gran cuidado en apartar de los puestos importantes a los sujetos marcados por los principios de Pío X o las ideas de la Acción Francesa.

La influencia ejercida sobre la parte más viva de la juventud de las escuelas, en Francia, por Charles Maurras, suscitaba, hay que confesarlo, el resentimiento de más de un cura, de más de un obispo; el movimiento que él había creado iba aumentando cada vez más, se ramificaba en los círculos religiosos, recibía el apoyo de cardenales, arzobispos, obispos y numero-

sos teólogos. Pío X le había bendecido también y no toleró que se le condenase. Así, pues, debía servir como punto de mira para los ataques de todas las fuerzas liberales en la política francesa y en los círculos eclesiásticos de Roma. Pío XI le hizo enviar una primera advertencia por el cardenal Andrieu (25 de agosto de 1926) que mereció su aprobación y, en una serie de discursos, luego por los artículos del *Osservatore Romano* y al fin, de manera solemne, por un decreto del Santo Oficio del 29 de diciembre de 1926, condenó definitivamente a la Acción Francesa.

Los directores del *Journal* y del *Mouvement* estuvieron entonces, sin duda, faltos de flexibilidad; también los rayos de Roma y los de los obispos, afanados en mostrar su celo, comenzaron a llover sobre ellos. Este fue el gran giro y el trueno que hizo comprender a todos el cambio de la orientación romana. Todo fue entonces reorientado hacia el pueblo, hacia la acción católica, hacia la democracia. Varios cardenales se retiraron, algunos obispos pidieron su retiro y el sitio quedó libre para los espíritus más dóciles y las doctrinas más populares. En el momento en que la misma política francesa se encauzaba hacia la izquierda, imagínese si el clero local, si los profesores de seminarios tardarían en alinearse. El Saulchoir conoció su hora de triunfo y el suceso se presentó como la respuesta a 1911. No quedaba ya nada de la obra de Pío X.

Así se reanudaba el movimiento de las ideas, este movimiento semejante a las mareas que nadie, aunque fuese Papa, podría detener.

En esto, el reverendo padre se calló para respirar. Yo aproveché para decirle:

J. — El movimiento de las ideas no impidió al pueblo italiano aclamar a un dictador llamado Mussolini, al pueblo alemán sostener triunfalmente a otro, Hitler, y a la mitad de Europa imitarlos. No impidió a Pío XI publicar una y otra vez una encíclica sobre la castidad en el matrimonio *(Casti connubii)* en 1930, otra contra la crítica racionalista de los libros santos *(Quadragesimo anno)* en 1931 y otra contra el totalitarismo marxista y el comunismo ateo *(Divini Redemptoris)* en 1937. Hasta se le supone la intención de retractarse sobre la condena de la Acción Francesa; fue Pío XII quien realizó su propósito, no sin añadir algunas duras palabras respecto a los procedimientos empleados para obtener esta condena.

P. — Estas reticencias y razonamientos no cambien la menor cosa; lo mismo en Francia que en la mayor parte de Europa, el catolicismo se hallaba irresistiblemente atraído por el nuevo espíritu. Los años treinta vieron la difusión del semanario *Sept*, que animaba el P. Boisselot, el más fiel discípulo del P. Chenu, y que dirigía la lucha vigorosamente hacia un alineamiento a la izquierda de los católicos; su campaña tomó nuevo empuje cuando la guerra de España (1936-1939). Federa tras él a todos los conductores del pensamiento religioso, desde Maritain hasta Bernanos, del que no se ha olvidado *Los grandes cementerios bajo la luna*, las grandes imprecaciones contra sus antiguos amigos de la Acción Francesa. Hay poca caridad, por lo demás, en este pensador cristiano.

J. — ¡Llámelo escritor de genio, conforme! Pero no «pensador».

P. — El pensamiento obra menos sobre los hombres que el verbo, sobre todo cuando el curso de las cosas parece arrastrar las palabras y cargarlas de electricidad.

J. — Las palabras y las campañas de Boisselet, que orquestaban, más o menos en sordina, las hojas comunistas, dividieron a los católicos de Francia, de Inglaterra, de América, de manera tan profunda que aún hoy día esta rotura se mantiene. El movimiento que usted acaba de describir, padre, llevaba a los nuevos modernistas al lado del Frente Popular francés y permitía a las formaciones marxistas organizar una infiltración en los seminarios. Jóvenes militantes, elegidos por sus cualidades de discreción, destreza y dialéctica, entraban en los seminarios; se los aceptaba de buena gana, tanto necesidad había de sacerdotes. Una vez allá, deslizaban su santo y seña acá y allá y orientaban su trabajo según las instrucciones que recibían de sus células.

P. — ¿Está usted seguro?

J. — Se los ha seguido a través de toda su carrera: seminario, vicario de barrios extremos, cura-obrero, exclaustrado, dignatario de sindicato y funcionario del partido. Les era tanto más fácil llevar a cabo su obra en esta época, en que la falta de sacerdotes, por la proscripción de la Acción Francesa, agotaba una de las fuentes de vocación, pues la mayoría de los jóvenes seminaristas pertenecían a las clases populares o modestas. Las reivindicaciones obreras y algunas consig-

nas marxistas le parecían naturales. ¿Cómo los jóvenes no habrían de seguir el ejemplo venido de arriba? El cardenal Verdier no desdeñaba ir a transmitir la buena palabra gubernamental a Praga, en este centro masónico donde ya Moscú se hallaba bien situado. El piadoso arzobispo se hizo eco de proclamas democráticas y progresistas. Se hubiese dicho que predicaba una cruzada. Y la guerra de 1939-1945 lo fue indudablemente a los ojos de los periodistas, pero una cruzada preparada por huelgas generales, ocupaciones de fábrica y vacaciones pagadas. Se podía ver allí una incoherencia, pero, según la lógica de Moscú, importaba tanto desorganizar a la Iglesia como al ejército; la *entente* germano-rusa de los años 1921-1939, transformada en alianza, facilitaba el desmantelamiento de Occidente.

P. — Le encuentro violento contra el gobierno ruso. ¿Prefería usted a Hitler?

J. — Hitler fue un mago sanguinario, que logró captarse el favor de un gran pueblo y arrastrarle a la perdición. Los bolcheviques rusos forman una iglesia, derivada de las profecías de Marx y que impone por el hierro, por el fuego, por las torturas y las matanzas su culto materialista en la fe bárbara, pseudocientífica y despiadada. So pretexto de preparar el paraíso sobre la tierra y el apoteosis del hombre, los soviéticos matan a los que no pueden dominar y transforman en autómatas a los que les siguen. La negación de Dios, el odio a Cristo, el rechazo de toda espiritualidad, tales eran los artículos más estrictos de su disciplina. Cuando Hitler eliminaba diez mil judíos, ellos aniqui-

laban naciones enteras. Lo que llevaba en sí de demente debía arruinar a Hitler; lo que ellos mantenían en sí de razón calculadora debía llevar a los soviéticos muy lejos.

P. — No obstante, nosotros sufrimos más de Hitler que de los soviéticos.

J. — Por lo menos Hitler parecía incapaz de dominar su victoria; perseguía a los judíos, alsacianos, loreneses, las gentes del Norte, e hizo una sorda guerra contra la Iglesia. Su agente, el embajador Abetz, debía alentar la formación de un gobierno republicano, orientado a la izquierda, anticlerical y socialista. Se aplicaba también a contrarrestar la política de recuperación que intentaba practicar el gobierno Pétain. El mariscal deseaba ayudar a la Iglesia a recobrar su influencia en el campo y en las ciudades; favorecía la enseñanza libre, a la cual proporcionaba subvenciones; trataba a los obispos con consideración y manifestaba su admiración por el catolicismo.

P. — Lo comprometía. Ponía a la jerarquía en la más delicada de las situaciones, porque el pueblo detestaba a los alemanes, a quienes Pétain trataba con miramientos.

J. — Un vencido no puede escupir al rostro de su vencedor mientras se halla frente a él sin arma y sin defensa. Actuando así, Pétain salvaguardaba la vida y el trabajo de los franceses. El papel del mariscal, como defensor de la Francia ocupada, se hacía cada día más difícil. En cuanto a los obispos, ellos aceptaban de buena gana el dinero y se esforzaban en evitar los contactos, las responsabilidades, los alardes com-

prometedores. Fue un curioso juego del escondite entre ellos, los alemanes y el mariscal.

P. — Ellos protestaron vivamente contra las persecuciones de los judíos, se alzaron atrevidamente contra la deportación de mujeres, que hicieron imposible, y se opusieron, por último, con todas sus fuerzas, al envío de obreros franceses a Alemania.

J. — Ellos hicieron todo eso. El mariscal hizo, más secretamente y a veces de manera más eficaz, las mismas protestas. Cuando él protestaba su único fin era hacerse oír en Berlín; los obispos deseaban también hacerse oír en Inglaterra y en América. Todo eso es muy natural. El único hecho trágico fue la influencia ejercida sobre los jóvenes sacerdotes y los seminaristas por las redes de resistencia comunista. Se puede decir que por su armamento, su disciplina, su financiación, los moscovitas dirigieron la Resistencia, que arrastró a sus formaciones a un gran número de miembros del joven clero. Ellos aprendieron a odiar igualmente a alemanes y a burgueses, aprendieron el empleo de la violencia, aprendieron a matar.

P. — ¿Qué es lo que dice usted?

J. — No lo diría si no lo hubiese visto. Lo que había sido preparado entre los años 1927-1939 se realizó de 1942 a 1944. Gracias a la propaganda del periódico cristiano clandestino, que defendía las tesis de la extrema izquierda, *Témoignage chrétien*, esos elementos clericales que simpatizaban con los comunistas ejercieron su influencia en un círculo muy amplio de jóvenes cristianos; ganaron asimismo a su causa a hombres mayores y su actitud se hizo contagiosa. El héroe

de la Resistencia, su jefe supremo y director de conciencia, el general De Gaulle, facilitó esta maniobra. Con una clarividencia que los acontecimientos debían acabar por desmentir, él discernía como cierta la hegemonía moscovita en Europa; buscaba el apoyo de los soviéticos y, secretamente, preparaba a Francia para una evolución en este sentido. Stalin no tardó en comprenderlo y sacó partido de ello.

P. — Se pierde usted en la política.

J. — Usted conoce demasiado a nuestro clero de Francia, inteligente y sensible, para negar que la política colorea siempre sus opiniones. El clero no podía ignorar la alianza firmada entre De Gaulle, los francmasones y los comunistas en 1942; no podía evitar tenerla en cuenta y, cuando llegó la hora de la Liberación, se vio asesinar, perseguir o eliminar a los curas, obispos y cardenales que no habían seguido este movimiento. En las prisiones, los capellanes repetían a los pétainistas que ellos eran «grandes criminales» y algunos hasta les negaban los sacramentos (particularmente en el sudoeste). Se veía en todas partes triunfar el homicidio, la mentira y el marxismo. Las detenciones de París, en agosto de 1944, fueron obra de los marxistas, las matanzas de Lozère y de las Cévennes igualmente, las de Bretagne, las del Limousin también... Desde el cardenal Suhard hasta el último de los rectores del Finistère, todos debieron comprenderlo.

P. — Usted generaliza demasiado los acontecimientos de carácter local.

J. — Es verdad; estos desórdenes no se extendie-

ron más que sobre las 3/5 partes del país. Es también verdad que, por orden de sus jefes, los marxistas exclamaban entonces: «Tendamos la mano a los católicos.» Pero lo justo sería añadir que, una vez cogida esta mano, no se la soltaba ya. El cardenal Suhard, cediendo a esta corriente, había creado los «curas-obreros», cuyo seminario, en Lisieux y luego en Pontigny, decoraba sus paredes con innumerables imágenes, resplandecientes, representando a Marx, Lenin y Stalin con más frecuencia que a Cristo. El movimiento demócrata-cristiano se dedicaba entonces a cooperar en el Parlamento con los marxistas, aunque éstos le hacían por detrás la zancadilla. Socialistas y radicales se mostraban más prudentes, aunque impotentes. Cuando el P. Panici, en el púlpito de Notre-Dame, quiso protestar contra las matanzas, los asesinatos, los arrestos innumerables, los juicios arbitrarios, y se atrevió a hablar de la «política de matadero» se le despachó prestamente y de manera definitiva. El nuncio Valerio Valéri debió ser reemplazado por el amable y jovial nuncio Roncalli. Se le pidió la renovación de cuarenta obispos y él salió con bromas, buen humor y dilaciones. Por último, sacrificó a cuatro. Todos debieron tener en cuenta la lección. El cardenal Liénard se convirtió en jefe del clero francés.

P. — ¿No es una gran figura?

J. — No superaba en inteligencia al cardenal Feltin, sucesor de Suhard, en ciencia teológica al cardenal Lefèvre, en compunción al cardenal Gerlier. No se elevó por encima de ellos más que como demócrata y progresista. Su espíritu social, sus estímulos a los sin-

dicatos, a la Acción católica, a las J.A.C., J.O.C. y J.E.C. le hicieron obtener esta categoría.

P. — Usted no ve en todas partes sino política.

J. — Yo la conozco mejor que la teología y la he encontrado por todas partes en mi vida. Pero aquí deberíamos también mencionar una influencia nueva, inmensa, profunda y que debería ocupar un lugar mayor en la formación de los espíritus cristianos entre 1945 y 1965: Teilhard de Chardin. Este fue un gran espíritu, fue un sacerdote ejemplar y el más notable jesuita de su tiempo. Pero fue, además, un paleontólogo temerario, un filósofo presuntuoso, un teólogo errático, un escritor cacógrafo.

P. — ¡Eh, señor! ¡Cómo lo considera usted!

J. — Padre, ¿puede ignorar que este santo sacerdote, después de haber escrito admirables cartas, meditaciones espirituales muy profundas y edificantes, se entregó a la investigación de fósiles, que exploró las soledades del Gobi con sabios americanos, que hallaron curiosos excrementos de dinosaurios y, sobre todo, restos muy antiguos, que denominaron el «sinantropo», que enlazaba, pensaban ellos, la raza hominiana con el hombre? Por desgracia, este fósil tan precioso se volatiliza, no se encuentra en ninguna parte hoy día; mas se ha hablado tanto de él que es tan famoso como el hombre de Piltdown.

P. — ¿Por qué tanto escepticismo? Teilhard fue un gran sabio.

J. — El lo creyó. De hecho, el «sinantropo» ha desaparecido. Poco importa. Teilhard compuso una obra inmensa con la intención de establecer un puente en-

tro las teorías de la evolución y la fe católica. Este trabajo suscitó tanto entusiasmo que un grupo de capitalistas y de religiosos reunieron sumas considerables para su lanzamiento. ¡Reconciliar ciencia y fe! ¡Qué admirable ideal! Desde 1945, hojas policopiadas se distribuyeron en las redacciones de los periódicos, las universidades, los conventos y hasta las prisiones. Después vinieron las publicaciones, a partir de 1955: *El fenómeno humano*, *La aparición del hombre*, *El medio divino...*, etc. Se pudo entonces comprobar que, en esta síntesis, la creación divina se disolvía, el pecado original desaparecía, la transcendencia divina se fundaba en una inmanencia, en la que finalmente el hombre se divinizaría en una especie de apoteosis social, análoga a la prevista por la masonería y no muy diferente de los sueños marxistas.

P. — Es bárbaro simplificar así un pensamiento rico, complejo, lleno de matices.

J. — No acuse de barbarie a los lectores de Teilhard, pade, porque después de haber sufrido la innombrable jerga del venerable filósofo uno no sabe ya dónde está. Cada vez que llega a un punto delicado de su desarrollo, Teilhard crea un vocablo, que no define, y construye una nueva serie de razonamientos sobre este oscuro concepto. «Biogénesis», «amorizar», «cefalización», «hominizar», «noogénesis», «transpersonal» no son, sin duda, los términos más bárbaros de su léxico.

P. — ¡Qué injusticia con respecto a un espíritu que todos admiran!

J. — Muchos jesuitas le admiran, en efecto, in-

cluso aquellos que no deberían. Pero Pío XII le impuso silencio, a pesar de la amistad que le tenía. Y todo espíritu lúcido que le ha estudiado debe ver en él a un panteísta místico más que a un católico y a un cristiano. El escribía: «Si, como consecuencia de un trastorno interior, yo llegase a perder sucesivamente mi fe en Cristo, mi fe en un Dios personal, mi fe en el espíritu, me parece que seguiría creyendo en el mundo... A la fe confusa en un mundo uno e infalible me abandono, dondequiera que ella me conduzca...» (1). Ahora bien, este hombre tan próximo a Epicuro se convirtió para una gran Orden religiosa, los jesuitas, para una parte considerable de los cristianos y de los profesores de seminarios, en la luz que los iluminaba. Su doctrina los guiaba, ella era el recurso supremo del cual esperaban la conversión de los incrédulos, sin comprender que sería una conversión en la forma más ambigua de un paganismo cósmico.

P. — Es inadmisible condenar una teoría tan profunda, tan rica, sin ni siquiera tomarse la molestia de analizarla en sus detalles.

J. — ¿Para qué? Desde que fue publicada todos los técnicos reconocieron que sus posiciones en paleontología habían perdido su valor, que estaban superadas; los filósofos declararon imperfecta la trama de sus razonamientos; los teólogos y el Santo Oficio juzgaron su construcción poco coherente, poco motivada, nada ortodoxa. Lo que no impidió a un gran tropel de mujeres, de boy-scouts, de J.O.C., J.A.C., J.E.C.

(1) P. Teilhard de Chardin, *Como yo creo*, 1934.

y de seminaristas considerar su obra como palabra del Evangelio.

P. — Muchos espíritus bondadosos le defendieron también.

J. — Bondadosos espíritus jesuitas, jesuíticos o jesuitizantes. La revista *Etudes* se sacrificó para protegerla y el Rdo. P. De Lubac hizo de perro de Terranova. Fue la época en que los jesuitas de Lyon se pusieron a rivalizar con los dominicos de Saulchoir. El padre De Lubac, en particular, con dones de estilo eminentes, difundió ensayos literarios y filosóficos, que manifestaban siempre el celo del modernismo, no vacilando en apartarse de la filosofía tomista. Lyon se convirtió así, gracias a esta célula jesuita, gracias a monseñor Ancel, totalmente entregado al trabajo social, y gracias al seminario del Prado, el más liberal de Francia, en el foco de una propaganda dedicada al catolicismo progresista.

P. — ¿No finge creer que esto no correspondía a los deseos de la opinión?

J. — La opinión se fraguaba en ese momento allí; ella soportaba el martilleo de un equipo nuevo, activo, bien organizado, que no descuidaba nada para modelarla a su antojo; la confiscación masiva de los periódicos acusados de haber aparecido bajo la ocupación daba la ocasión y hacía la operación poco costosa. Cada partido no tenía más que servirse; los comunistas se quedaron con la parte del león, pero ellos no contaban con un estado mayor lo bastante bien provisto para utilizar a pleno rendimiento su *razzia*. Sus «simpatizantes» fueron más afortunados. A su cabeza

visible, M. Beuve-Méry, no le faltaba ni valor ni astucia. Corresponsal de periódicos franceses en Praga de 1934 a 1938, patrocinado por la embajada de Francia, sirvió después al mariscal Pétain en la escuela de Uriage y lo hizo a su manera; luego sirvió a la «resistencia»; en 1945, «rescata» *Le Temps* y lo hace el centro de un sistema, en torno del cual gravitan *Témoignage chrétien*, redactado para los violentos, la *Vie catholique illustrée*, destinada al gran público sencillo; el viejo *Esprit* para los cuadros intelectuales de la democracia más o menos cristiana; la *Quinzaine*, donde el padre Chenu daba las directrices religiosas; *La Actualité religieuse* para los militantes del catolicismo social; *Radio-cinéma-télévision*, que servía de brulote y penetraba en todas partes. Añada *La Vie Intellectuelle*, *La Vie spirituelle*, de los padres dominicos, las *Editions du cerf* de la misma obediencia, el grupo financiero «Editions du Temps Présent», que explotaba una parte de estas hojas, el periódico *La Croix*, que va pisando los talones de los otros, los jesuitas de Lyon y sus amigos y su revista *Etudes*. *Le Figaro* marcha al trotecillo detrás. Y todo rematado por M. François Mauriac, el gran escritor de la empresa hasta tiempo reciente, el cual ha revelado ya tarde un genio muy agudo de libelista. Pero, sobre todo, no olvidemos a este propagandista violento y retorcido que es el abad Laurentin.

P. — Usted describe el carro de Jaggernaut.

J. — No sonría, padre, porque, dirigido por Beuve-Méry, *Le Monde* ha ocupado el lugar de «periódico serio» en Francia; gracias a M. Sauvageot, *La Vie*

catholique illustrée se ha difundido en todas las familias cristianas; gracias al padre Chenu, la *Quinzaine* se introduce en todos los seminarios y *La Croix* difunde sus ideas en todos los presbiterios, y *Le Figaro* entre los mundanos o casi mundanos; es un trabajo bien hecho.

P. — ¿Qué trabajo? Sus suposiciones e insinuaciones me parecen pérfidas.

J. — Desde la liberación, F. Mauriac condenaba el anticomunismo y *Le Monde*, de Beuve-Méry, imprimía en 1945: «La hora eslava ha sonado en el reloj de la Historia» (muy buen ejemplo del estilo de *Le Monde*). Sin alabarlo nunca directamente, procuraba «valorizar» el mundo marxista, las ideas y los procedimientos marxistas a los ojos de los franceses y de los católicos. Sin atacar, por lo común, a las autoridades religiosas, se ponía en primer plano la ciencia, sus inventos, descubrimientos, procedimientos y «milagros»; se consideraba la «Evolución» como una verdad primordial y no se cesaba de reclamar, por procedimientos directos o indirectos, que las formas religiosas fuesen adaptadas al «espíritu moderno».

P. — ¿No es una posición sabia, prudente, apostólica?

J. — Ciertamente no, si uno toma el «marxismo» por moderno; esa es una vieja máquina de guerra, anticuada, ya superada, condenada por todas sus aplicaciones y es una blasfemia compararla con la doctrina de Cristo. Era igualmente ridículo minimizar todas las iniciativas americanas para magnificar las de los soviéticos, dejar entender que el despotismo bolche-

vique constituía una forma de democracia y podía servir de modelo; era, en fin, un error de juicio imperdonable ignorar que la U.R.S.S., cogida entre el nacionalismo chino y el odio de los pueblos que ella mantenía bajo su yugo, llegaría hasta fin de siglo sin obstáculos.

P. — Nadie es profeta.

J. — Al menos se puede abrir los ojos en lugar de taparlos. *Le Monde* y todos los periódicos de esta obediencia no han cesado de esconde a sus lectores el horror del mundo marxista; han dominado tan bien el espíritu de los católicos franceses que ya no se oye, o apenas se oye, en las iglesias de Francia rezar por esos perseguidos, nuestros hermanos, cautivos en la inmensa prisión de la Europa central, que son los verdaderos héroes de la Fe.

P. — ¿No es natural admirar el inmenso éxito ruso?

J. — No, porque él es esclavitud, despilfarro, crueldad, prisiones. Es tanto menos prudente hacerlo cuando se desprecia al pueblo más poderoso del mundo, los Estados Unidos, y cuando se desprecia al propio país.

P. — ¿Fue tan brillante Francia en 1945 a 1958?

J. — Ciertamente, no. Nuestros ejércitos, batidos en Indochina por culpa de nuestros políticos, que arrojaron por la borda Indochina (1954), Túnez (1956), Marruecos (1957) y que no supieron encauzar la guerra de Argelia; nuestra economía dominada por la de la Alemania renacida; nuestra vida artística y literaria eclipsada por Nueva York y Londres, tal es el balance lastimoso de nuestra posguerra. Sin embargo, nos queda nuestro pasado y nuestro porvenir. Ahora

bien, estos «cristianos de izquierda» (para nombrarlos como M. Mauriac) tenían suficiente desprecio hacia aquél y nos preparaban un lindo comunismo casero para éste, arruinando dondequiera que ellos podían la fe tradicional.

P. — No sigamos, no sigamos —exclamó el padre, el cual se mostró tan enojado que desapareció muy rápidamente, sin casi decir «Adiós».

CAPITULO III

UN CONCILIO ORIENTADO

—Yo admiro, señor, la destreza con que usted transforma los actos más naturales en artificios y complots, la forma en que no deja de denunciar la astucia —declaró el padre al principio de nuestra tercera conversación, no sin alguna aspereza.

»Un mundo nuevo intenta nacer, un mundo de metrópolis y de industrias, un universo de sabios, de ingenieros y de obreros, en el que la previsión reemplazará a la prudencia, en el que la invención destronará a la tradición, en el que la cifra sustituirá a la palabra; tratándose de una inmensa creación tan gloriosa como la primera, ¿cómo no pretendería expresarse y por qué no buscaría, con las estructuras que le son necesarias, el humanismo que le conviene? La religión ¿qué responde a sus aspiaciones espirituales? ¿Qué se puede reprochar a los filósofos, a los escritores, a los periodistas que trabajan en esta elaboración, al igual que a los sacerdotes que a ella se asocian? ¿No se debería, por el contrario, alabarlos por preparar una colaboración con el porvenir?

El tono del padre me pareció falso y respondí bastante secamente:

—Yo no sabría alabar a los hombres que quieren un Dios acomodado a sus deseos y que tienen por más importantes sus costumbres que los dogmas de su fe.

P. — En toda época, el catolicismo se ha puesto la librea del tiempo, lo que no le impidió conservar lo esencial de su credo, de su moral, de sus principios. Es la adaptación necesaria del Eterno Divino a las formas de nuestras vidas temporales, secuelas y consecuencias de la encarnación de Cristo. A falta de lo cual nuestra religión perdería el contacto con los hombres y las generaciones se desarrollarían privadas de este apostolado que el Salvador nos ordena difundir.

J. — En toda época, la Iglesia ha sabido hablar el lenguaje que convenía, Dios no ha permitido jamás que ella fracasase en hacerse entender por las almas de buena voluntad. Ello es así aún hoy día. Si su lenguaje parece oscurecido, hay que acusar a sus amigos progresistas y a su política solapada, que pretende esclavizar la Iglesia al materialismo marxista.

Creí que el padre iba a estallar de tanto como su rostro se enrojeció. Se dominó, sin embargo, y gritó más que dijo:

—¡Cómo se atreve usted a formular tal acusación cuando cardenales, arzobispos, obispos, teólogos respetados defienden esta causa y la Santa Sede se ha guardado de condenarla!

J. — Entre tanto, la verdad la condena. Los años 1958-1959 facilitan la operación; la muerte del grande y santo papa Pío XII precipita a la Iglesia

en un desorden que es aprovechado fácilmente. La accesión al poder del general De Gaulle proporciona a los soviéticos un nuevo punto de apoyo en Occidente, mientras que la guerra de Argelia, sangrienta y feroz, les abre nuevos teatros de intriga. Los partidos de izquierda, tomando posición por los árabes, en guerra con Francia, arrastran con ellos a una parte del clero: a sus amigos, padre. Y las mismas autoridades romanas sufren demasiado la influencia italiana para no ver de un modo favorable el esfuerzo de los árabes. El ejército francés, los patriotas y los tradicionalistas se hallan empeñados en un combate desigual contra la opinión de la izquierda, los manejos políticos franceses, las intrigas rusas y las hostilidad americana, puesto que los Estados Unidos son contrarios en principio a las colonias y a su mantenimiento.

P. — Usted mismo ve que la prudencia está de parte de los progresistas.

J. — No la prudencia, padre; la opinión y las facilidades. En esto, se reunió el Cónclave. Se creía en la elección del cardenal de Milán, monseñor Montini; pero fue elegido el patriarca de Venecia, el excelente, simpático y espiritual nuncio de París, Roncalli.

En él, la humildad, la piedad, una bondad incansable, se unían a la delicadeza de un espíritu siempre dispuesto a la comprensión. Sus críticos —todos los tienen— aducen que carecía de ciencia teológica, de ideas generales y de autoridad, porque gustaba de hacer sus felicitaciones en forma de broma, sus críticas en forma de burla. Sin embargo, por dondequiera que había pasado se le amaba, dondequiera que había vi-

vido se le quería. Sus orígenes muy humildes, su vasta experiencia diplomática, su celo de apóstol conferían a su elección un carácter democrático que le hacía ser aclamado por la prensa mundial. No pasaba por modernista, se le tenía incluso por responsable de la supresión de los «curas-obreros», se conocía el fervor de su culto por la Virgen y el recogimiento de sus retiros en la abadía de Solesmes durante su nunciatura parisiense. Comenzaba su pontificado bajo los mejores auspicios. No se veía más que una sombra en este cuadro: su edad de setenta y siete años. Algunos periódicos predecían: «Reinado breve, papa de transición», lo que no dejaba de molestarle. Este sentimiento, muy humano, ha podido influir sobre algunas de sus importantes decisiones.

P. — ¿Quiere usted decir la convocatoria del Concilio?

J. — Es usted, padre, quien acaba de decirlo. Un sacerdote tan celoso debía juzgar que Dios no le ponía en el puesto supremo sin esperar de él una gran obra y ¿qué obra más grande, más seria que un concilio? Conocía muy bien, asimismo, por sus viajes, el inmenso esfuerzo de descristianización que realizaba la U.R.S.S. ¿No era ya tiempo de reunir a todas las fuerzas del catolicismo, de galvanizarlas para responder a este asalto con medidas apropiadas, con un redoblamiento de generosidad apostólica?

P. — Estoy convencido de que usted analiza aquí de manera probable su pensamiento.

J. — Los legajos que él encontró en el Vaticano deberían estimular aún más este deseo, particularmen-

te los que procedían de Polonia. El más revelador concernía a un cierto Piasecki, militante polaco, que los soviéticos tenían encarcelado y se preparaban a ahorcar después de haberle torturado como sólo saben torturar los empleados de los soviéticos y de Mao. Este Piasecki prefirió sobrevivir y lo consiguió prometiendo convertirse en agente del poder. El procedimiento es corriente.

La policía secreta de Moscú le empleó en una obra especial: neutralizar la Iglesia católica dislocándola (1945). Se le entregó dinero y hombres y él creó el movimiento «Pax». Era la época en que la propaganda soviética tomaba la forma de una paloma, dibujada por Picasso. Pasar del partido nacionalista antisemita al catolicismo marxista no le preocupaba en absoluto. Se introdujo entre los obispos, fingiendo consultarles, registró secretamente sus conversaciones, que se convirtieron en las mejores pruebas en los procesos que se les formó y que los condujo a la prisión. Llevado a buen término este gran trabajo, Piasecki tiene el campo libre; publica entonces una obra-programa: *Problemas esenciales* (1955) y lanza un periódico; su casa editorial posee el monopolio de las publicaciones periódicas católicas. El y sus amigos se presentan como «reformadores clarividentes y providenciales de la Iglesia», capaces de organizar «el primer encuentro entre la Iglesia católica y la revolución socialista». Se sostiene que «el lastre en la Iglesia es la jerarquía», que los más grandes santos del pasado habían pecado contra la caridad, tributarios como eran de regímenes retrógrados. Se menospreciaba la redención y se procla-

maba el valor absoluto del trabajo, que glorifica a Dios cualquiera que sea la intención del trabajador. Se reclamaba una «Iglesia de los pobres», «un nuevo tipo de sacerdote» y se denunciaba a los obispos.

A pesar de un viaje de gran éxito por Francia en 1956, que le permitió encontrar a la flor y nata de los progresistas franceses y hallar ecos para sus ideas en *Esprit*, el Santo Oficio condenó su libro (1955). Pero, sobre todo, el cardenal Wychinski fue liberado (1956). En la lucha que el prelado entabló contra el agente de los soviéticos, éste perdió la confianza de los católicos polacos. El cardenal le prohibió reproducir sus sermones y el concilio de obispos polacos prohibió a los sacerdotes colaborar en las publicaciones de Piasecki. Este, quemado en su país, debió orientarse hacia el extranjero. En él, también los comunistas contrarios a Stalin le denunciaron.

En Suiza, los católicos fieles acababan de alertar a sus hermanos. Claude Naurois publicó en las ediciones Saint-Paul, en Fribourg (Suiza), un libro intitulado *Dios contra Dios*, en el que describía los medios y el objeto de Piasecki: «Anegar y esclavizar a la Iglesia». Este libro claro, formal, preciso, no impidió a buen número de católicos franceses, sacerdotes y laicos, dirigirse a Polonia en la comitiva de los primeros «peregrinos» que había conseguido y adoctrinado Piasecki. Cuando ya nadie en su país le concedía crédito, logró mantener una constante oleada de propaganda en Francia.

Así iba viviendo cuando la proclamación de Juan XXIII le dio su nueva oportunidad; sus cré-

ditos fueron aumentados: 100.000.000 de zlotys en lugar de 50. Su misión exacta: levantar al episcopado francés, al Concilio y al Papa contra los obispos polacos, retrógrados, de estrecho espíritu y acusados de poner obstáculos a la paz del mundo, a la reconciliación Este-Oeste, al desarrollo de la evangelización más allá del Telón de Acero.

Tiene usted en Piasecki y en su propaganda el modelo de todo lo que hacen a través del mundo sacerdotes y laicos progresistas, sin que los soviéticos les hayan siquiera pagado. Así lo harían mejor todavía.

P. — Usted se atreve a acusar a Juan XXIII, usted denuncia el Concilio.

J. — No tema, padre. No acuso ni denuncio; hablo con usted, intento comprender y, si usted lo desea, hacer comprender igual que yo le pido que me ayude.

P. — Yo llegaría acaso a ello si no me llevase sin cesar a caminos secundarios.

J. — Piasecki no tiene nada de personaje secundario; es un caso típico de la propaganda marxista; su movimiento «Pax» está en el centro de la batalla de las ideas.

P. — Polonia me parece un caso muy particular...

J. — Los católicos polacos viven en la persecución constante, terrible prueba para su fe, pero, como los canadienses del siglo XVIII-XIX, los obispos guían a su pueblo fiel. Frente al Estado opresor, que gobierna en nombre y en beneficio de los soviéticos, sólo ellos forman el punto de unión nacional, espiritual, intelectual. Su posición, infinitamente más dura y difícil que la de los obispos franceses, es también más subli-

mo. Se comprende que los moscovitas no hayan podido cobarse en ellos, se comprende también por qué buscaron un punto débil en otra parte: los obispos de Francia y de Occidente.

P. — ¿En qué nuestros pastores merecen ahora sus sarcasmos?

J. — Nada de sarcasmos; una visión lúcida. Usted mismo lo sabe: los nombramientos romanos se hallan orientados por la inquietud de no dar cargos a gentes demasiado difíciles de manejar. Los gobiernos cuyos «deseos» tienen mucho peso cerca de los prelados romanos están más interesados en ello aún. Esta es, por lo demás, la tendencia de todos los parlamentarismos, de todas las democracias; no establecer jamás por encima de sí alguien que después pueda producir sombra. Un Clemenceau, un Churchill no se imponen más que en momentos de catástrofes. Lo ordinario son los Lebrun, los Chautemps, los Couve de Murville y sus semejantes, que gobiernan las naciones y diócesis. Anatole France lo ha dicho muy certeramente en el *Anillo de amatista.*

P. — Sus referencias parecen tan frívolas como impertinentes son sus teorías.

J. — Nuestros enemigos nos juzgan a menudo mejor que nuestros amigos. Por lo demás, el buen papa Juan XXIII esperaba de sus obispos comprensión, docilidad, cooperación, como lo prueban sus actas de 1959-1960. Se sabía enfermo y pretendía que las cosas marchasen francamente, sin vacilaciones ni titubeos. El declaró: «Los profetas de la desgracia repiten constantemente que el presente no cesa de empeorar respec-

to del pasado. Pero Nos vemos a la humanidad entrar en un orden nuevo y reconocemos ahí un plan divino.» No comprendía tampoco que los teólogos complicasen la tarea. «Cada vez que veo a un teólogo me debo defender contra la desconfianza», repetía. Quería llevar a tambor batiente su Concilio, el veintiuno. Atribuía la decisión a una «inspiración súbita». Desde el 17 de junio de 1959, creó una «Comisión antepreparatoria» presidida por el cardenal Tardini, que distribuyó trescientas circulares a fin de alertar a los príncipes de la Iglesia. En junio, lanzó la encíclica *Ad Petri Cathedram*, en la que definía el objeto del próximo concilio: «Favorecer el crecimiento de la fe católica, renovar los usos del pueblo cristiano, adaptar las reglas jurídicas de la Iglesia a las necesidades del pensamiento de nuestro tiempo.» No debería ser cuestión de dogma, que permanecía intangible; no debería tampoco pronunciar ninguna condena; este Concilio habría de propagar la luz, el amor, la unidad. A medida que pasaban los días, el pensamiento de Juan XXIII se animó, estimulado por su corazón generoso y lo que le rodeaba; el 30 de agosto de 1959, invitó al Concilio a «los hermanos separados», todos los ritos pretendidamente ortodoxos, todas las denominaciones pretendidamente reformadas, etc. El 30 de mayo de 1960 reveló a los cardenales reunidos en asamblea que creaba nueve comisiones para preparar los «esquemas» (las amplió a diez) sobre los cuales se discutiría, y una secretaría especial, la cual se ocuparía de la unidad de los cristianos. Allí instaló, para presidirlo, al anciano confesor de Pío XII, el cardenal Bea, a quien le dijo:

«Yo le llamo "secretaría", no "comisión"; así seremos más dueños de su estructura». Desde hacía tiempo sus afectuosas relaciones con el patriarca Atenágoras de Constantinopla le hacían esperar una reconciliación con la antigua Iglesia de Bizancio. En este espíritu lleno de celo, en este corazón afectuoso, soplaba una ráfaga de entusiasmo. Este Concilio renovaría el apostolado y lanzaría a la Iglesia por la vía de nuevas conquistas.

P. — ¿Le parece que hay algo que oponer?

J. — Uno no puede sino admirar el empuje, el fervor y la fe de Juan XXIII. Pero se puede discernir también lo que tal actitud tiene en sí de imprudente. Frente a la Iglesia se alza siempre el Enemigo, el que osó tentar a Cristo y dominó a Judas; dondequiera que el bien se afirma, él procura plantar el mal. Hoy día, su mejor agente en la tierra se encuentra en Moscú; aquél no debía desaprovechar tal ocasión.

P. — ¿Cómo lo entiende usted?

J. — Toda la historia de la Iglesia lo enseña. Puede denominarse la «política del ermitaño». Este animal deforme, usted lo sabe, se apodera de la concha de otro animal para hacer su vivienda.

P. — ¿Qué tiene que ver con esto?

J. — Puesto que la Iglesia iba a montar un organismo nuevo de predicación y apostolado, se trataba de revolverlo contra ella, contra Cristo.

¿P. — Eso sí que es extravagante.

J. — Tal era, sin embargo, la misión de Piasecki en Polonia, en Francia y en el universo.

P. — Usted exagera la importancia de este hombre.

J. — Piasecki no es nada por sí mismo; como utensilio en manos de los marxistas, simboliza el método que ellos emplean. Pero Piasecki no es más que un espía de baja calidad y la operación exigía mayores matices, más sutileza, más subterfugios, varias etapas. Como en todas las revoluciones sólo los moderados, gentes honradas, dignas y respetadas, podían comenzar el trabajo de deformación.

P. — Yo no comprendo; me parece que usted persigue fantasmas.

J. — No, al contrario; buenos y grandes prelados de carne y hueso, el «grupo renano», cuya influencia se extendió desde Basilea hasta Rotterdam, desde Viena en Austria hasta Lille en Francia.

P. — ¡Siempre sus complots!

J. — No, padre, fraternales y discretas conferencias entre eminentes obispos que se preocupaban por el porvenir de la Iglesia y deseaban responder dignamente a las intenciones de Juan XXIII. Unidos por un mismo sentimiento de fe en la democracia, persuadidos, asimismo, de la importancia de los problemas sociales, sensibles a los argumentos de su cofrade Karl Rahner, del P. Schillebeeckx, del P. Chenu, de Hans Küng, del P. Congar y de algunos otros, se preparaban a fin de no abandonar el Concilio a la deriva, o zozobrar en la vulgaridad o aun adormecerse en la tradición. No ignoraban que encontrarían un vigoroso apoyo en la prensa y la corriente de opinión de la que ya hemos hablado. Contaban también con los simpatizantes de América y de otras partes. El venerable cardenal de Lille, monseñor Liénart; el poderoso car-

dinal de Munich, monseñor Frings; el arzobispo de Colonia, el enérgico monseñor König; el arzobispo de Viena en Austria, parecían formar los tres el núcleo del grupo. Pero no hay que olvidar ni al primado de Holanda, el cardenal Alfrink de Utrecht, ni al primado de Bélgica, monseñor Suénens, cardenal de Malinas, cuyo celo debía confirmarse esplendorosamente.

P. — Usted parece creer que sólo estos prelados se pusieron de acuerdo. ¿Cada tendencia no hacía otro tanto?

J. — No, padre, y eso resulta evidente. La victoria de los aliados soviético-anglosajones en 1945 y el hundimiento de las dictaduras de la Europa central había ocasionado la desaparición de muchos obispos conservadores o tradicionalistas. Sensible a la corriente de opinión, a los deseos de los gobiernos, a la presión de las circunstancias, Roma había enviado prelados al gusto del día. Cuando lo descuidó, se encontró ante una resistencia tenaz. Juan XXIII, que quería nombrar a monseñor M. Lefèvre, arzobispo de Dakar, para un cargo importante en Francia, no pudo imponer su voluntad. ¡Debió, al fin, nombrarle arzobispo-obispo de Tulle! Sin duda, los obispos de España, de Portugal, de América del Sur y de los países ocupados por los soviéticos sustentaban, en general, puntos de vista muy diferentes de los que favorecían los renanos, pero las circunstancias, la geografía, su respeto para la Curia romana les disuadieron de organizarse en equipo con vistas a una batalla.

P. — Es indecente considerar un concilio como una batalla.

J. — Muchos de ellos fueron terribles combates en los que se intercambiaron golpes. Otros fueron deliberaciones, vivas o serenas, orientadas por una autoridad reconocida por todos: el Papa o el emperador. El Concilio Vaticano II, como lo llamó Juan XXIII, vigilado, alentado por la prensa internacional, frenado antes bien que dirigido por la Santa Sede, fue una batalla de opinión. La profunda, la sorprendente ignorancia de la gran mayoría de los obispos facilitaba estas maniobras, de las que los periódicos se complacían en dar cuenta a sus lectores, deformándolas completamente.

P. — Usted parece no comprender que todos los concilios sufrieron, de alguna forma, las coyunturas de su tiempo. El Vaticano I fue un concilio autoritario, en la época en que la Prusia militarista, autoritaria, intentaba dominar Europa. ¿Por qué no comprender que el Vaticano II quería contribuir a la propagación de la democracia, de la libertad y la igualdad a través del mundo? La emancipación de los pueblos coloniales proporcionaba entonces un ejemplo evidente.

J. — ¡Habría mucho que decir sobre el desarrollo de la libertad en el mundo entre 1945 y 1962! Sería preciso consultar a los alemanes del Este, a los checos, polacos, húngaros, rumanos, búlgaros y servios para hacerse una idea exacta. Es verdad, sin embargo, que tanto soviéticos como americanos en su propaganda difundieron estas nociones. Es verdad, igualmente, que el giro tomado por la guerra de Argelia, su atrocidad y las dificultades que demostraba Francia en dominar esta rebelión parecían probar la valía combatiente de

la «Libertad». Los agitadores lo aprovecharon para propagar en el clero francés el culto de la revolución, la alabanza de la sangre, la simpatía por el marxismo ruso. Un sacerdote, el abad Robert Davezies, más animoso que otros, aunque traidor a su patria, sufría por la causa árabe. Su caso, que fue aprovechado por Jean-Paul Sartre para su propaganda, arrastró a otros jóvenes sacerdotes y suscitó entre los obispos de Francia menos indignación que emoción. Esta se tiñó de simpatía cuando el poder decidió dejar ganar la partida (1962) a los argelinos. Una victoria más para la revolución, la rebelión y Moscú; una vergüenza más para Francia; una pérdida más para Argelia, donde las iglesias fueron profanadas, violadas, transformadas en mezquitas, cuando no lo eran en excusados. En fin, los sacerdotes que habían escapado a la matanza, al asesinato, al campo de concentración, no encontraron en Francia más que la miseria y el desprecio. A sus cartas los obispos ni siquiera contestaban; la jerarquía los ignoraba y si algún cura caritativo los utilizaba en su parroquia se le veía con muy malos ojos. Un reducido número de sacerdotes de Argelia se «recluyó», muchos acabaron por aceptar el retiro miserable que, al fin, les entregó el arzobispo de Argel. Esta victoria de la «Libertad» no fue la de la caridad y los obispos franceses, que se dirigían a Roma para la apertura del Concilio, no tenían ninguna razón para enorgullecerse.

P. — Su comportamiento no debería suscitar sus sarcasmos; ellos colaboraron sincera y simplemente en el Concilio.

J. — Se puede decir también «humildemente», porque se fundieron en el bloque renano y no sacaron la nariz más que en caso de que sus grandes aliados tuviesen necesidad de ellos. Lo hicieron con mucho agrado, puesto que la actitud del Papa, en el discurso de apertura, parecía orientar el Concilio en el sentido que deseaba este bloque.

P. — ¿Qué quiere dar a entender usted con esto? ¿Va a dudar de la imparcialidad, de la santidad de Juan XXIII?

J. — En absoluto, pero él es de los santos que se han dejado ridiculizar. El Padre Santo se mostró primero lleno de optimismo, elogió el tiempo presente, luego, después de haber proclamado su fidelidad al dogma católico, definió el objeto de este veintiún concilio ecuménico como un esfuerzo para instaurar «una penetración doctrinal y una formación de las conciencias», que contribuyesen a la difusión del catolicismo. A este efecto, se deberían «utilizar los nuevos métodos de investigación y las formas literarias del pensamiento moderno»; se trataba, ante todo, de una «pastoral». Sin ignorar el peligro de las doctrinas erróneas, el santo Papa declaró que la Iglesia, en lo sucesivo, en lugar de condenar, emplearía como antídoto la misericordia. «Ella responderá mejor a las necesidades del momento presente, demostrando la validez de sus enseñanzas más que con las condenas.» En fin, habló del Espíritu Santo y recomendó a todos los miembros de esta numerosa asamblea (2.400 miembros) «la serenidad de espíritu, la concordia fraternal, la moderación en las proposiciones, la dignidad en la discusión,

la prudencia en la deliberación». Todo esto, que irradiaba bondad más que prudencia, debía facilitar la tarea de los renovadores.

P. — No se reúne un concilio para machacar.

J. — Se reúne un concilio para servir a Dios y a las almas de los hombres.

P. — ¿No es lo que se hizo?

J. — Veamos. Se ocupó, por de pronto, en disputarse los puestos en las diez comisiones. Sólo el bloque romano parecía preparado; como se propagó que la Curia había preparado una lista de candidatos, se decidió insistir para que cada delegación nacional pudiese presentar los suyos. El cardenal Frings, presidente de la conferencia episcopal alemana, se puso de acuerdo con el cardenal Liénart, presidente de la conferencia francesa, para organizar la maniobra. Cada comisión debía incluir un cardenal-presidente, nombrado por el Papa, y veinticuatro miembros, un tercio nombrado por el Papa y dos tercios elegidos por los miembros del Concilio.

Esto es lo que explicaba el arzobispo Félici, secretario general del Concilio, en la primera asamblea, cuando, de pronto, el cardenal Liénart se levantó, pidió la palabra, la tomó y reclamó algunos días de reflexión para estudiar con detenimiento las cualidades de los diversos candidatos. Grandes aplausos, bien preparados, le respondieron; Frings apoyó su gestión y monseñor anunció que la petición era aceptada (13 de octubre 1962). La siguiente reunión tendría lugar el 16 de octubre a las 9. Al salir, uno de los miembros

del bloque, un holandés, gritó a un amigo: «He aquí nuestra primera victoria.»

La segunda, la más brillante, consistió en federar las proposiciones alemanas, austriacas, francesas, holandesas, belgas, suizas y de agregar, por mediación de un obispo holandés de Indonesia, las de Africa. De los 104 candidatos así escogidos, 79 fueron elegidos, cubriendo el 45 % de los puestos; como el Papa, en su selección, designó aún algunos de la misma obediencia, puede suponerse quién dirigió el Concilio a partir de este día. No fue la Curia, sino el bloque renano.

P. — Me parece que va a llamarles «progresistas».

J. — No, padre, porque usted llamaría, por represalia, a los otros «integristas». Ahora bien, me gustan los nombres exactos. He elegido para los miembros del bloque renano la denominación de «sociales», en contraposición a la de sus opositores, «espirituales», porque la gran inquietud de los primeros fue, evidentemente, asegurar la expansión social del cristianismo; la inquietud de los otros mantener su espiritualidad.

P. — En los dos casos usted exagera. Pero aceptemos, por un instante, sus denominaciones, con tal que no saque de ello ningún argumento.

J. — Quiero enumerar sólo hechos patentes. ¿Quién podría negar que con el apoyo ya declarado, ya tácito, de Juan XXIII, el bloque renano logró alcanzar sus objetivos negativos y positivos? La Curia y las comisiones, bajo la dirección del cardenal Ottaviani, acababan de hacer un gran trabajo, a decir verdad precipitado, de tanta prisa como tenía el Papa por preparar

las bases de discusiones, los famosos esquemas. Con el objeto de alcanzar sus fines, los sociale debían, por tanto, impedir ante todo que se aceptasen y, a ser posible, descalificar al cardenal Ottaviani. La operación fue prestamente llevada a cabo. Y eso gracias al trabajo preconciliar de los teólogos del bloque renano. Cuando la Santa Sede hubo comunicado los primeros esquemas, a fin de que los obispos los estudiasen y diesen su opinión, una reunión de prelados holandeses en Hertogenbosch aprobó al P. Schillebeeckx, que tomó violentamente posición contra los esquemas sobre las «fuentes de revelación», «la fe», «el orden moral cristiano», «la castidad», «el matrimonio», etc. Se resolvió editar sus críticas para distribuirlas entre los Padres conciliares (julio de 1962). Schillebeeckx no se ocupaba sino del esquema de la liturgia, porque el Soberano Pontífice había confiado la redacción a un conjunto de obispos y teólogos renanos, que insertaron sus temas preferidos. En este asunto la opinión conciliar, debidamente preparada, debía seguirles.

P. — ¿Qué hay de malo en todo esto? ¿Acaso estos prelados y sacerdotes no se conformaban al deseo del Papa?

J. — Sin duda, pero ¿no había ahí engaño frente a los demás miembros del Concilio, que creían acudir para una libre discusión y encontraban las cartas ya marcadas, con una minoría organizada dispuesta a imponer su voluntad?

P. — No lo hubiese podido hacer sin el asenso de la mayoría y la sanción del Papado.

J. — No sería inexacto hablar del «rapto de la

mayoría». Para descalificar a Ottaviani se empleó hasta la injuria y la irrisión. En el transcurso de discusiones muy vivas sobre el uso del latín, sobre la santa misa, la concelebración y el orden a seguir para el estudio de estas cuestiones, el cardenal se alzó contra los cambios propuestos por los sociales en la liturgia de la misa. «¿Pretendemos difundir el asombro o el escándalo en el pueblo cristiano, cambiando ritos venerables, aprobados por tantos siglos y familiares hoy día a todos?», exclamó y su indignación le impulsó a alargar los diez minutos permitidos a todo orador. A los quince minutos, Alfrink hizo sonar la campana; luego, como el orador no se diese cuenta, se desconectó el micrófono. Finalmente, cuando el anciano retornó a su sitio, avergonzado, se produjeron sonrisas (30 de octubre). Otros aplaudieron ruidosamente esta victoria de los obispos sobre la Curia. Esto, seguramente, no correspondía a la consigna de caridad fraterna y de respeto mutuo dada por Juan XXIII, pero como técnica electoral ahí están los procedimientos más seguros de la vida parlamentaria.

P. — Encuentra usted placer en subrayarlo.

J. — Nosotros, laicos, debemos ayudar a los sacerdotes en la senda de la santidad y Cristo nos prohíbe la hipocresía.

La maniobra tuvo éxito. Los sociales pudieron alzarse contra la duración de la misa, reclamar el empleo de lenguas vulgares, indispensables para las misiones, sugerir una alteración de los ritos; lograron hacer comenzar el debate, a pesar de las intenciones de la Curia, por el esquema sobre la liturgia; obtuvieron que

de les mostrase por completo, que se decidiese la creación de tres formas de misa diferentes, sin respetar la integridad del canon; obtuvieron, además, que, sin suprimir el secreto teórico de las reuniones, fuese admitido que se violase, lo que les daba el apoyo apasionado de la prensa progresista, liberal, protestante y agnóstica, con el sostén más discreto de las hojas marxistas. A partir de este día, el Concilio tuvo lugar bajo la mirada de los periodistas; numerosos grupos de obispos dieron conferencias de discusión y de información. La más activa y la mejor información fue la de los obispos de lengua alemana. Se reunían todos los lunes al atardecer con el cardenal Frings para preparar el trabajo de la semana. Eran más de cien miembros, con los prelados de Suiza y Escandinavia.

P. — Los alemanes tienen el sentido de la organización.

J. — Se hubiera dicho que conservaban un algo del espíritu de Lutero y que pretendían tomarse el desquite con los latinos, ya demasiado tiempo señores y directores del catolicismo.

P. — ¡Qué extravagante idea!

J. — Ante la extravagancia del comportamiento y de los artificios de estos sacerdotes sólo una hipótesis extravagante es posible. Su éxito también fue extravagante. So pretexto de promover la piedad personal, algunos renanos reclamaron la supresión de la Cuaresma; otros, la disminución del breviario de los sacerdotes; otros, la abrogación del deber de la misa dominical; otros, la autorización para decir misa y demás oficios en lengua vulgar, lo que tendría la ven-

taja de transferir el control de todos estos ritos de la Curia romana a las asambleas nacionales de obispos.

Cuando Ottaviani, el 14 de noviembre, llegó a presentar y defender el esquema sobre las fuentes de «revelación», Alfrink, Frings, Bea, Liénard protestaron con vehemencia. Se denunció el texto como opuesto al espíritu de pastoral. Cuando Ottaviani quiso defenderlo afirmando que todo esquema aprobado por el Papa era intangible, se le rieron en sus barbas y se pasó el asunto por alto. Monseñor De Smedt, de Brujas, acabó de destruir el esquema diciendo que era un obstáculo al ecumenismo que deseaba el Papa. Los sociales no lograron, sin embargo, hacer votar que se zanjase la discusión, pero obtuvieron del Papa que se sometería el proyecto a una comisión especial que lo revisaría, lo abreviaría y que, además, estaría compuesta por una mayoría de elementos sociales. Una vez más el bloque renano quedaba victorioso.

P. — Ya se lo he dicho: no se puede luchar contra el espíritu de la época.

J. — ¿O el espíritu de intriga? El intervino de nuevo antes de finalizar aquella sesión. El 23 de noviembre, los Padres conciliares supieron que habrían de discutir un esquema sobre la unidad de la Iglesia, luego otro sobre la Virgen María; siguió uno más sobre la «unidad cristiana», preparado bajo la dirección de Ottaviani, y un cuarto sobre «el ecumenismo católico», redactado bajo la dirección del cardenal Bea. Se entabló una violenta discusión y, el 30 de noviembre, los sociales obtuvieron un sufragio abrumador que decidía la fusión de los tres esquemas relativos al ecu-

menismo en uno solo. Así, el proyecto de Ottaviani desapareció.

Cuando presentó, el 1 de diciembre, el esquema sobre la Iglesia y pidió que se comenzase por el que estaba consagrado a la Virgen, más simple y más breve, se le rechazó categóricamente y se inició el trabajo sobre la Iglesia. Los sociales se levantaron. Monseñor De Smedt declaró este texto «plagado de triunfalismo, clericalismo y legalismo». El obispo de Segni le respondió que, obsesionados por el ecumenismo, los Padres conciliares perdían el juicio. «No se podía ya hablar de la Virgen, no se podía tratar ya a nadie de herético, se prohibía la expresión "Iglesia militante", no se podía, en suma, atraer ya la atención sobre los poderes inherentes a la Iglesia católica.» La discusión subió tanto de tono que fue preciso crear una «comisión de coordinación» para organizar y dirigir el trabajo del Concilio. De los seis miembros de la comisión tres pertenecían al bloque renano y el presidente era un conciliador. El Papa decidió, igualmente, que todos los esquemas serían revisados entre la primera y la segunda sesión del Concilio. Luego, el 5 de diciembre, declaró clausurada esta sesión.

P. — Esta sesión, usted mismo lo dice, no llegó a nada positivo, salvo a la inclusión de san José en el canon de la misa, decisión personal de Juan XXIII. En suma, las famosas intrigas, que denuncia, no parecen haber sido tan eficaces como usted declara.

J. — Desengáñese; como decía un teólogo del bloque renano: «¡Este es el mayor, más asombroso y más positivo de los resultados!» Se había deshecho el tra-

bajo de la Curia, arruinado el prestigio de su jefe, antes tan respetado, y colocado en todas las comisiones hombres que harían prevalecer el programa de los sociales. Ahora, sus ideas, proclamadas en todas direcciones, difundidas en los periódicos, aplaudidas por los jóvenes sacerdotes, fueron ganando un terreno tal que se impusieron inmediatamente.

Hans Küng lo declaró sin ambages: «Nosotros éramos una pequeña minoría y no nos atrevíamos a pensar que tal resultado sería posible.» Y añadía: «Ninguno de los que vinieron aquí volverá a su casa como era antes.»

P. — En suma, a usted le indigna que se haya dejado hablar libremente a los obispos, preocupados por el porvenir de la Iglesia.

J. — No, padre, yo me muestro indignado de que se haya impedido hablar a los que defendían una tradición milenaria y el espíritu de Cristo.

Estas últimas palabras suscitaron en mi interlocutor tanta acritud que hube de aplazar para el día siguietne la prosecución de nuestra discusión.

CAPITULO IV

LO SOCIAL Y LO ESPIRITUAL

P. — Usted abruma de reproches a la mayoría de los Padres conciliares y no quiere ver el espíritu de tolerancia, las atenciones respetuosas que testimoniaron al Santo Padre; ellos le dejaron hasta incluir por propia iniciativa, en pleno Concilio, el nombre de san José en el canon de la misa sin siquiera consultar al Concilio.

J. — Yo podría admirar esta «amplitud de miras» si olvidase que esa medida, preconizada desde hacía largo tiempo por numerosos sacerdotes y laicos piadosos, había sido reclamada por un alud de cartas, telegramas y súplicas.

P. — No por ello continúa siendo menos cierto que el buen Juan XXIII realizó allí un acto más piadoso que conforme a los usos y que nadie se le opuso.

J. — El bloque renano, bien dirigido, no cometió la equivocación de indisponerse con el auxiliar más eficaz, más poderoso y más dócil.

P. — ¿Va a decir que el Santo Padre era uno de los «conspiradores» que usted ve en todas partes?

J. — No, y esto plantea esta pregunta: ¿Por qué Juan XXIII, en el cual todos en Francia pudieron comprobar sus opiniones tradicionalistas en materia de religión, cambió de actitud?

P. — La experiencia del poder, los legajos del Vaticano, en fin, el Espíritu Santo, sobre todo, fueron, sin duda, los agentes de su mutación.

J. — Yo busco cuáles fueron las palomas que le iluminaron. ¿Quién le hizo aceptar tan de buena gana al yerno de Kruschev y le persuadió para que le abrazase en público? ¿Quién le impulsó a ejercer una presión violenta sobre cardenales ancianos y respetados como el cardenal Gaetano Cicognani? Este viejo, ya casi agonizante, rechazó apostillar el documento que creaba una nueva comisión destinada a revisar el texto sobre la liturgia. Ahora bien, sin su firma no se podía seguir adelante y los jefes del bloque renano se irritaron. Juan XXIII envió al cardenal Amleto Cicognani, entonces secretario de Estado, para apremiar a su hermano; el anciano firmó llorando y murió cuatro días más tarde. ¿Por qué Juan XXIII consagraba, a pesar del cáncer que le carcomía, tantos esfuerzos a apresurar el envío de los esquemas a todos los Padres conciliares, por qué instaba a éstos a que se ocupasen de ellos sin dilación, por qué se dio prisa en anunciar que acababa de fundar, el 28 de marzo, una comisión pontifical para revisar el derecha canónico, por qué casi hasta la víspera de su muerte permaneció en una euforia delirante?

P. — Tenía un alma generosa y llena de esperanza.

J. — Durante su nunciatura en Francia poseía esas

cualidades y añadía a ellas una gran agudeza, que hizo de él un prudente diplomático. En el Concilio, sólo se inclinaba hacia los alemanes, actitud muy diferente a la que mantuvo en Francia.

P. — Todos los hombres cambian.

J. — Las gentes que se hallan en el poder cambian bajo la influencia de sus consejeros. En este caso, se mencionaba en Roma el nombre de monseñor Capovilla, su consejero voluntario e íntimo. Se habla también de algunos otros.

P. — ¿No ataca, al mismo tiempo, al papa Pablo VI, sucesor y amigo de Juan XXIII, su continuador y su émulo?

J. — No. Todo opone a estos dos hombres que el destino acercó un instante. Juan XXIII poseía todas las cualidades y algunas imperfecciones del campesino piadoso, astuto, pero sencillo en resumidas cuentas. Pablo VI, hombre cosmopolita, tiene sus virtudes y sus límites. De una espiritualidad profunda, de una inteligencia precisa, de una virtud sólida, acepta las fórmulas que pregonan los diarios en las calles y su liberalismo atribuye a los movimientos de las masas una importancia desmedida, que le impide percibir el poder de una autoridad, aun desprovista de sanciones.

P. — ¿Dónde ve usted eso? ¿En la manera en que se hizo elegir?

J. — No, yo no soy romano y no puedo controlar el rumor que hace de monseñor Capovilla su gran elector; el cardenal Montini obtuvo una mayoría decisiva porque se le sabía ligado al último pontífice, liberal,

y porque se le creía dispuesto a llevar más lejos que Juan XXIII la reforma de la Iglesia.

P. — Los conservadores se sumaron a su nombramiento.

J. — Ellos conocían su profunda fe y no podían, por lo demás, hacer otra cosa. El bloque renano, durante el intermedio del Concilio, no habían perdido el tiempo. Por de pronto, reunidos en Munich a principios de febrero, redactaron proposiciones de enmienda para los diversos esquemas y las enviaron en seguida al Vaticano. Luego, cardenales, obispos y teólogos reunidos en Fulda, bajo la tutela dogmática del padre Karl Rahner, S. J., pusieron a punto la doctrina que ellos impondrían durante la segunda sesión y prepararon los medios para tener éxito. A partir de entonces, se les sabía dueños del juego y, por esto, todos los débiles se unieron a ellos. Sería demasiado decir que han elegido a Pablo VI, pero lo cierto es que, sin ellos, él no podía haber sido elegido.

P. — Olvida usted al Espíritu Santo.

J. — No lo olvido, pero le respeto bastante para saber que sus caminos son insondables. Pablo VI pareció haberse dado cuenta de lo que él debía al bloque renano y, poco después de su elección (22 de junio de 1963), creó un nuevo comité para dirigir y orientar el trabajo del Concilio. De los cuatro «cardenales moderadores» tres pertenecían al bloque renano y el último era uno de los espíritus más liberales de la Curia (13 de septiembre). Al mismo tiempo, suavizó las reglas, disminuyó el poder de los presidentes de comisión, aumentó la facilidad de hacerse oír para todo

miembro del Concilio y permitió a cinco miembros de una comisión sugerir nuevas enmiendas. En fin, para rechazar un esquema bastaba el voto de una simple mayoría. Así, los obispos del bloque renano tenían el Concilio a su merced. Para no perder en lo más mínimo su supremacía y explotarla a fondo, se reunían cada lunes en el Colegio de la Anima, a fin de modificar su estrategia si había lugar a ello. Pero, frente a ellos, no se presentaba ningún grupo sólido. No obstante, comenzaba a irritar acá y acullá su prepotencia. Un antiguo sentimiento güelfo brotaba y podía servir a los defensores de la tradición espiritual cuando llegase la ocasión.

P. — Usted se agarra siempre al pasado, que no tiene nada que ver aquí.

J. — La vida del hombre es breve, el presente una ilusión; la existencia se decanta al futuro anterior para el idealista, al pasado para el realista. Se vio claramente en el discurso de apertura de la segunda sesión por Pablo VI (29-11-63). El Papa saludó a los observadores de los cultos cristianos disidentes, con afecto, aunque dignamente; habló también de las religiones no cristianas con respeto. Por último, definió los fines principales de esta sesión: hallar una definición de la Iglesia, «verdadera, profunda, completa», porque él creía ver en esto la esperanza de una colaboración más eficaz entre Papa y obispos.

P. — ¿Todo esto no significa sabiduría?

J. — Las palabras más sabias pueden suscitar las más perfectas locuras si los dementes o los sectarios la cogen por su cuenta. Esto no tardó en verse. Desde

el principio, la batalla por la «colegialidad» fue áspera y sutil. Algunos pretendían que los apóstoles practicaban ya la colegialidad y que ésta se remontaba a tiempo tan remoto como el poder de Pedro. A lo que los tradicionalistas respondieron que jamás la Iglesia había sido gobernada por un parlamento de obispos presididos por el Papa, sino por el Papa, asistido, tan sólo cuando él lo consideraba oportuno, por los obispos.

Tal fue la tesis de monseñor Sigaud, arzobispo de Diamantina (Brasil), del obispo de Ségni y de monseñor M. Lavèvre, Superior de los Padres del Espíritu Santo. Este último insistió en que presentía en la colegialidad un temible peligro para los mismos obispos, que se exponían a ver suprimir su responsabilidad pastoral y su autoridad. ¿No era una forma de colectivismo eclesiástico lo que así se insinuaba? Desde el principio de la discusión se advirtió que allí iba a haber una llamarada de discordia. La Santa Virgen fue otra más. El P. Rahner había redactado un folleto, que hizo distribuir el bloque renano para demostrar que el esquema sobre la Virgen, si se votaba tal como estaba, podía «ocasionar un perjuicio inimaginable, desde el punto de vista ecuménico, a nuestras relaciones con los orientales y los protestantes». Se aferraba, sobre todo, a la noción de que la Virgen pudiese ser la mediadora de las gracias divinas. Tales fueron los argumentos presentados en Roma por los obispos sociales, quienes pedían una transformación de este esquema y su fusión con otro. A pesar de las violentas protestas, ellos ganaron la partida, el 29 de octubre, en el mo-

mento de la votación final, que les dio una mayoría de diecisiete votos.

P. — Usted parece desaprobar siempre las decisiones que se derivan, en suma, de una preocupación por la caridad.

J. — La caridad que consiste en sacrificar la vida espiritual del catolicismo para satisfacer a los incrédulos o poco crédulos, es una caridad falsa. Después, se discutió sobre el diaconato, al cual sostenían los mismos prelados, cuando los tradicionalistas veían ahí, a vencimiento más o menos largo, una amenaza para el celibato de los sacerdotes; sufrieron un nuevo fracaso en la votación del 30 de octubre.

¿P. — ¿No era esto restablecer una antigua costumbre de la Iglesia?

J. — Una costumbre muerta y superada que se quería restablecer para emprender una maniobra, cuyo desarrollo vemos hoy día. Después, a bombo y platillos, los renanos llevaron adelante su texto relativo al laicado; como los superiores de Orden querían que se hablase de sus problemas, el cardenal Döpfner, de Munich, entonces moderador, intentó hacerles callar. Los Padres conciliares, ofendidos, protestaron y, esta vez, Döpfner tuvo que excusarse y luego leer un resumen de las opiniones que él reprobaba. El escándalo pareció tan chocante que se comenzó a hablar de la «dictadura germánica» (11-11-1963) y se creó un grupo en el que se mezclaban obispos y superiores de Orden para resistir a la tiranía imperante. La Unión Romana de los Superiores Generales hizo lo mismo; recurrieron al Papa y obtuvieron que se preparase un

esquema consagrado a las Ordenes religiosas. Esta fue la primera derrota del bloque.

P. — ¿Reconoce por lo menos la imparcialidad de Pablo VI?

J. — El comportamiento de este Papa fue conmovedor; durante las tres últimas sesiones del Concilio se pudo discernir allí, alternativamente, su voluntad de imparcialidad, su preocupación por ser fiel a los dogmas y la inclinación de su espíritu hacia la tesis del bloque. Pronto se iba a ver claramente. Del 5 al 11 de noviembre, se desencadenó una discusión en extremo violenta en torno al problema de la Curia romana y la colegialidad. El cardenal Richaud y el cardenal König pidieron que la Curia fuese enteramente reformada, incluyendo obispos diocesanos y que el Papa consultase regularmente a los obispos en las reuniones anuales. El arzobispo Souza de las Indias reclamó la formación de una especie de Senado para la Iglesia. El Papado se hallaba directamente amenazado en su autoridad. Y la Curia, después de la ejecución de su jefe Ottaviani, siguió el mismo camino. Ya el 30 de octubre los renanos habían de obtener una votación triunfal para un texto que reconocía al obispado como el grado más alto del sacramento del Orden; proclamaba, además, que todo obispo formaba parte del Colegio de los obispos, el cual descendía directamente del Colegio de los apóstoles y gozaba del supremo poder en la Iglesia, bajo la primacía del Papa; ellos lo tenían por derecho divino. Cuando Ottaviani quiso protestar contra estos votos emitidos sobre proposiciones equívocas, y que no tenían en cuenta las pala-

bras de Cristo, por las cuales sólo se confería a san Pedro la autoridad, fue desatendido y hubo de oír las críticas más duras sobre el trabajo del Santo Oficio sin que Pablo VI interviniese.

P. — ¿Olvida usted que se trataba de reformar los derroteros de la Iglesia y que, en semejante materia, la franqueza es un deber?

J. — Tanto no lo olvido que ya le he definido este Concilio como una asamblea de tipo parlamentario. Las elecciones en las comisiones (28-11-1963) acrecentaron el embargo del bloque renano sobre la asamblea; de hecho, se había convertido en un bloque mundial de liberales, cuyos miembros se reunían cada viernes en la «Domus Mariae» y recibían las consignas de los teólogos del grupo. Como el Papa aumentase el número de las comisiones y cada tendencia presentase sus candidatos, los del bloque fueron todos elegidos, incluso los que no poseían más que una competencia mediocre. Le bastaba seguir las consignas del centro.

P. — Eso no les impidió en absoluto hacer un trabajo inmenso.

J. — Sin duda, pero fueron a veces tan lejos que provocaron una reacción contra ellos. Cuando quisieron rechazar el esquema sobre los «medios de comunicación» y cuando uno de ellos, para mayor seguridad, se puso a distribuir circulares en las escalinatas de San Pedro, la mayoría se negó a seguirlos y el cardenal Tisserant censuró solemnemente este procedimiento. Los moderadores le obligaron a excusarse después, pero, esta vez, el Papa le dio la razón prohibiendo la propaganda pública (4 de diciembre).

Sin embargo, el mismo día los sociales lograron una victoria decisiva, en el cual ellos trabajaban desde hacía tres años e incluso más. El esquema sobre la liturgia, su principal preocupación y su obra maestra, pasó con cerca de 2.100 votos contra 36, 30, 43, 21, 19 (se votaba por capítulos). La votación oficial, el 4 de diciembre, dio 2.147 votos contra 4, pues es muy cierto que la multitud atrae a los débiles y que los fuertes atraen a la multitud. Para coronar su obra, el Papa publica, el 29 de enero de 1964, un *motu proprio* que anunciaba la aplicación gradual del decreto a partir del 16 de febrero, y el 5 de marzo da a conocer la creación de una comisión de cuarenta y dos miembros, presidida por el cardenal Lercaro, para aplicar esta reforma. Como Lercaro pertenecía al bloque, éste conservaba la autoridad sobre la liturgia de la Iglesia católica por tiempo indeterminado. Así, el bloque tomaba posesión de una de las funciones más esenciales de la Iglesia: la que pone al sacerdote en contacto regular con los fieles y que expresa del mejor modo para éstos lo que debe ser para él la Divinidad. Se puede decir que, desde este día, el bloque social-liberal ganó la partida.

P. — Si usted y sus amigos tuviesen al Espíritu Santo respeto se inclinarían ante esto.

J. — Para inclinarse sería preciso desconocer la malicia del Maligno, haber alvidado los concilios en los que los malvados parecieron por de pronto triunfar por la violencia, los concilios en los que la intriga, la astucia, las influencias exteriores dictaron soluciones que se debieron después declarar nulas y sin efecto.

Alejandría, Antioquía, Basilea conocieron influencias de este genero.

P. — ¿Y se atreve a compararlos con el segundo Concilio Vaticano?

J. — Como historiador, en que me complazco ser a veces, me lo permito a causa del hecho de sus similitudes. Un grupo de obispos y de teólogos, grupo bastante restringido, logra arrastrar a la mayoría de los Padres conciliares gracias a fórmulas muy adecuadas a la época y a la debilidad humana. Todo les ayudó: el orgullo, el deseo de dominar y el pretexto de un renacimiento espiritual «adaptándose al mundo», «modernizando la Iglesia». La palabra «aggiornamento» hizo furor en el mundo como una moda femenina. La democracia estaba de moda; se democratizaría la Iglesia. La palabra «libertad» gozaba de universal veneración; con la palabra «igualdad», se las utiliza de manera constante, junto a la fórmula «la Iglesia de los pobres», que disimulaba mal una voluntad de poder y el deseo de halagar a las masas.

P. — ¿Sería usted capaz de decir que los concilios más regulares, el Concilio Vaticano I, por ejemplo, no conocieron ni conflicto, ni astucia, ni luchas de influencias?

J. — Pío IX dirigió el Concilio del Vaticano con autoridad y no dejó a la minoría liberal expresarse tanto como ella lo deseaba. Pero él era el Papa reinante y, en esa hora trágica en que comenzaba un conflicto europeo, debió utilizar su autoridad, que aprobaba la mayoría del Concilio.

P. — ¿No acaba de decir que el papa Pablo VI,

reinante como su predecesor Juan XXIII, favorecía a la mayoría liberal?

J. — La expresión «mayoría liberal» no es exacta; el bloque renano arrastraba con él a todos los débiles y los ignorantes del Concilio, en un momento en que, yo lo confieso para vergüenza nuestra, muchos obispos se muestran muy desorientados. El bloque se aprovechó de esto hasta tal punto que se vio llorar a Pablo VI cuando advirtió el engaño, cuya víctima había sido él.

P. — Usted recuerda un momento de confusión.

J. — No fue una confusión, sino el resultado de una política concertada. Se mutilaban los esquemas molestos y se pretendía escamotearlos. Tal era el trabajo de la «comisión de coordinación», dominada por los sociales. Se reemplazaban las fórmulas claras por los términos más vagos, que se evitaba definir a fin de facilitar la discusión, la votación y después se pasaba de largo en las actas.

Este éxito no les bastaba a los vencedores; el cardenal de Munich invitó a todos los obispos del bloque y a los representantes de sus aliados a reunirse en Innsbruck en mayo de 1964. Allí se prepararon las nuevas enmiendas; se repartieron los papeles, se discutieron los métodos y técnicas, se prepararon, por último, la estrategia y la táctica para la siguiente sesión. Al mismo tiempo, en Roma, los Padres conciliares del bloque, instalados en las comisiones o como moderadores, obtenían una modificación de las reglas a seguir en las discusiones, de forma que todo se desarrollase del modo mejor posibles para ellos y sus fórmulas.

P. — Usted olvida, por supuesto, decir que sus adversarios hacían otro tanto.

J. — No podían, porque no disponían de las plazas que el bloque renano había sabido recuperar durante las dos primeras sesiones y que ocupaban firmemente sin olvidar aprovecharlas. Irritados de verse así escarnecidos, los obispos y teólogos que sostenían la tradición y la espiritualidad de la Iglesia, procuraban agruparse. Pero no tomaban la misma dirección puesto que formaban seis grupos, con lo que sobraban cinco.

P. — No minimice la acción del «secretariado de los obispos», ni del grupo del cardenal Siri, ni de la «Conferencia San Pablo», que dirigía monseñor Sigaud, de Diamantina (Brasil), que tuvo su oficina, su prensa, su boletín. Distribuyó raudales de circulares, advertencias y críticas antes de la discusión de cada esquema. No lo olvide.

J. — No olvide tampoco que los cardenales del bloque renano querían «mandarle al infierno», que su agencia («Katholische Nachrichten Agentur») le describía como a un archiconservador que luchaba secretamente contra el Concilio y contra sus fines. No, no había allí costumbres apostólicas. Si usted no lo olvida, recuerde que el bloque disponía a la vez de interpeladores preparadísimos y designados de antemano, de la mayoría en las comisiones y de la mayoría en los organismos directivos, en el «comité de coordinación» y en los «moderadores». La lucha no era igual y era aún más desigual puesto que, llevado de su celo, el bloque no retrocedía ante ninguno de los procedimientos más audaces del parlamentarismo. Una mayoría en

una comisión de unos pocos miembros podía neutralizar una mayoría diez veces más grande de votantes; si las cosas tomaban mal cariz, podían siempre parar en seco la discusión y lo hacían, a fin de que contradictores peligrosos tomasen la palabra. Podían también, como ya se vio, cambiar las reglas en el último momento; si tenían que «revisar» un esquema después de una votación negativa, podían transformarlo completamente y presentar las mismas ideas bajo diferente forma, después de haber dejado pasar el tiempo y llegar el olvido. Podían, sobre todo, por medio de aplausos masivos y violentos de unos cuantos dar la impresión de una fuerza que ellos no poseían en absoluto y hacerla exagerar aún más por los periódicos.

P. — Para creerle, se necesita un hecho preciso.

J. — Aquí lo tiene: cuando la violentísima discusión sobre la libertad religiosa, el grupo internacional reclamó un estudio profundo de la versión que acababa de ser modificada. El bloque quería una inmediata votación. Empujado por éste, monseñor De Smedt leyó el informe sobre el texto y fue apasionadamente aplaudido. Sus admiradores acababan de firmar un ruego dirigido al Padre Santo para obtener la votación inmediata de este esquema. Los periódicos describieron esta escena en términos líricos, hablando de una rebelión masiva, de una petición firmada por lo menos por 500, 1.000, 1.500 Padres conciliares. En total, la petición contaba con 441 firmas.

P. — No se puede impedir a la prensa que deforme, que exagere todo.

J. — Hay en ello matices. Durante el Concilio, la

exageración se inclinaba siempre hacia la izquierda y el maestro de coro era M. Fesquet, de *Le Monde*, que parecía el más inteligente, el que estaba más al corriente, el más sutil, el mejor informado, al que su pasado clerical daba prestigio particular y que, sostenido firmemente por su periódico, desempeñaba a veces un papel que hubiesen envidiado muchos teólogos. Sólo Karl Rahner, siempre en la brecha, y el P. Congar, con sus brillantes conferencias, le igualaban en prestigio, así como en influencia.

P. — ¡Qué frivolidad para hablar de materias serias!

J. — Es preciso adaptar el lenguaje a la materia de la cual se habla. La agitación reinó en el Concilio, la aspereza se manifestó sin cesar y se recurrió a todos los ardides que emplean los hombres en sus luchas.

P. — La Iglesia no es solamente del Cielo; lo es también de la tierra.

J. — Ciertamente y el hombre queda totalmente enligado en esta tierra, que se pega a sus pies, que embota su alma desde el pecado original. El Concilio lo ha olvidado, porque ha vivido en una euforia de optimismo exaltado, como si la Iglesia fuese a conquistar el mundo, cuando en la opinión de los prudentes el mundo estaba a punto de conquistar la Iglesia.

P. — Este es el punto de vista de sus amigos.

J. — Ponga atención, considere los hechos: del 14 de septiembre al 7 de noviembre se habló, ante todo, de la «libertad religiosa». Antiguamente, la Iglesia, sobriamente, con humildad, reclamaba la libertad para ella, para la verdad que Dios la había confiado. Esta vez,

el bloque obtuvo, a pesar de la dura batalla que libraron los Padres tradicionalistas, que el esquema reclamase la libertad para *todas* la religiones, es decir, que la Iglesia saliese fiadora de todas las locuras, las crueldades de los cultos africanos, los delirios de algunas sectas protestantes, los ritos de las religiones de las espesuras y selvas sudamericanas. ¿Usted no llama a eso optimismo?

P. — Se trataba de defender el principio de libertad.

J. — Este principio bajo su forma actual se relaciona con una doctrina racionalista del siglo XVIII, pero en absoluto con las palabras de Cristo ni con las nociones cristianas. Después se discutió sobre los judíos. Es verdad que éstos fueron tratados de manera bárbara por Hitler, pero los obispos alemanes, en lugar de hacérselo expiar a éste, quisieron que los católicos cargasen con su culpa y que la Iglesia eximiese de toda responsabilidad a Israel en la muerte de Cristo. Si los patriarcas y los obispos del Próximo Oriente no hubiesen protestado, los Padres conciliares, llevados de su caridad y su optimismo, hubiesen proclamado la inocencia de Israel rotundamente.

La tendencia a sacrificar el alcance espiritual de un texto para amoldarse al espíritu ecuménico aparece claramente en el debate sobre la Virgen; numerosos cardenales y obispos, Suénens incluido, pedían que se hablase de ella con más calor, que se la nombrase «Madre de la Iglesia» y «Mediadora». El bloque renano logró escamotear el primer título y relegar el segundo entre una serie de adjetivos apartados a fin

de frase, para enumerar las invocaciones que el católico dirige a María. Ésta fue de las «victorias del bloque» y una de las que los obispos tradicionalistas les reprocharon más amargamente. El Papa no lo ignoraba. Él comprendía claramente que, en este capítulo, la inmensa masa de los fieles seguían oponiéndose.

P. — Un Concilio debe guiar a los fieles, no seguirles.

J. — Un Concilio arriesga mucho despreciando las tradiciones de la Iglesia. El bloque renano, sin embargo, se obstinó ávidamente en hacer aceptar su nueva fórmula sobre la libertad religiosa, cuidándose de no definirla, lo que hacía la discusión más difícil, la controversia más delicada. A fin de hacer aceptar esta fórmula ambigua, monseñor De Smedt declaró que era necesario protestar en nombre de todos los católicos y cristianos perseguidos por los materialistas, pero también que la Iglesia se honraría y mitigaría muchos odios reclamando la libertad para toda religión sinceramente practicada. La oposición, que desde hacía dos años retrasaba el pasaje de este texto, no estaba, sin embargo, desarmada. Los cardenales Ottaviani, Ruffini, Quiroga hablaron con tanta energía que, al final, hubo que devolverlo para una nueva redacción. Tuvo que volver a escribirse seis veces.

P. — ¿No demuestra esto el trabajo inmenso realizado durante el Concilio por todos los que en él participaron, en particular por los que ocupaban un puesto en dirección?

J. — Es verdad. Una parte selecta de entre los Padres del Concilio realizó un esfuerzo inmenso, ya

fuesen del bloque o de las organizaciones tradicionalistas; mas la masa principal de los obispos fluctuó inerte, pesada y pasiva entre estos dos polos, influida, sobre todo, por la prensa, pero también por las circulares, las conferencias, los corredores e incluso por las palabras y los actos del Padre Santo, que siguió muy de cerca todas las discusiones. En enero había visitado Constantinopla para preparar con el patriarca Atenágoras una reconciliación solemne entre las dos Iglesias; después, él realizó el peregrinaje a Tierra Santa. Se verían los resultados en diciembre. Pero, a despecho de todos sus trabajos y de todas las fatigas de una minoría laboriosa, las sesiones, durante los meses de octubre y noviembre, se desarrollaron en medio de una gran confusión, de un desorden permanente y de una agitación poco digna. Parecía, a veces, que ellas girasen sobre sí.

P. — Así ha ocurrido en todos los Concilios.

J. — Salvo en los casos de que una autoridad respetada logró imponerse a la unanimidad de los espíritus y conducir la empresa directamente a su fin. No hubo nada de esto en 1964. Alternativamente se discutió de los patriarcas de la Iglesia oriental, de las misiones, de las órdenes religiosas, de la «Iglesia en el mundo» y de la colegialidad, a veces con violencia, a menudo con astucia, siempre en medio de un sordo conflicto.

Se satisfizo a los patriarcas dándoles un lugar de honor delante de los cardenales, pero no deberían conservarlos. El esquema sobre las misiones, despreciado por la mayor parte de los obispos misioneros, fue de-

vuelto para su revisión (9 de noviembre), a pesar de acabarlo de aprobar el Padre Santo. El texto relativo a la «Iglesia en el mundo», escrito según las ideas de Juan XXIII, orientaba la Iglesia hacia el mundo, en el que ella no debía desatender ninguna de las actividades humanas, ninguno de los problemas sociales. El bloque renano lo cuidaba como las niñas de sus ojos y, para sacar todo el provecho posible, adjuntó un enorme suplemento de cincuenta y siete páginas a título documental; pese a la oposición de algunos Padres españoles, africanos, etc., que censuraron su falta de espiritualidad, su óptica estrictamente europea, fue votado, aunque no halló su forma definitiva hasta la cuarta sesión.

Las luchas más ásperas sobrevinieron cuando se examinó el esquema sobre la vida religiosa y el que trataba de la colegialidad. El bloque, deseoso de atraer a todo y a todos en la Iglesia a su punto de vista práctico, social y ecuménico, procuró, ante todo, hacer admitir el principio de que todos los religiosos deberían en el futuro participar en el trabajo pastoral, practicar el apostolado en el mundo como los seglares; ansiaban también establecer entre las órdenes más uniformidad. Pero chocaron con la oposición mejor organizada que hubiesen encontrado hasta entonces. En el período intermedio entre las dos sesiones, un duelo sutil acababa de librarse entre el cardenal Valerio Valéri, de la Curia, y el cardenal Döpfner, del bloque, el primero presidente de la comisión de religiosos, el segundo miembro de la comisión de coordinación del Concilio. La muerte del primero dio la victoria al cardenal

Döpfner y el esquema, reducido a ciento dieciocho líneas, fue al fin presentado para discusión. Los dos organismos —la «Unión romana» y la «Oficina de los obispos»—, lo atacaron inmediatamente por su falta de espiritualidad, de claridad, de profundidad. En vano los moderadores intentaron reducirlos al silencio. Los tradicionalistas dirigieron una petición que firmaron 1.503 Padres conciliares y, cuando la votación, obtuvieron que el esquema fuese profundamente modificado (13 de noviembre).

P. — No olvide decir que, en este terreno, se acabó con un entendimiento entre los que usted llama los miembros del bloque y la oposición.

J. — Es verdad; no se llegó a lo que debe llamarse una «mala inteligencia aceptable». No fue lo mismo para la colegialidad. Sobre este capítulo, el bloque había prudentemente escogido una redacción moderada, pero vaga, que disimulaba sus intenciones ulteriores sin suprimirlas. Su profunda intención era reemprender las tesis del Concilio de Basilea (1499): superioridad de los concilios sobre los papas. El Papa no debe tomar una decisión grave más que si es aprobada por la mayoría del Concilio y no debe discutir nada sin consultar a los obispos. Pablo VI, espíritu liberal, aceptó de buena gana el principio de que el Padre Santo debe consultar a los obispos frecuentemente, pero no olvidaba las palabras de Cristo a san Pedro y mantenía la supremacía de la Santa Sede en los concilios. El debate se entabló desde la segunda sesión; el texto revisado, criticado por los teólogos de la Curia, revisado por el Papa, volvió a ser presentado ante los

Padres del Concilio el 21 de septiembre de 1964. En este momento, el «grupo internacional», que reclamaba la palabra para algunos de sus miembros, viéndose enredado e ignorado, protestó ante el Papa. Al mismo tiempo, treinta y cinco cardenales y superiores de Ordenes enviaron al Padre Santo una seria carta para advertirle que este texto ambiguo permitía interpretaciones funestas para la supremacía de la Santa Sede. Pablo VI respondió que él no lo creía. Pero, unos días más tarde, uno de los miembros del grupo pudo procurarse una carta de uno de los obispos liberales, que indicaba su intención de sacar el máximo de estos textos y utilizarlos contra la Santa Sede. Se mostró el escrito a Pablo VI. Éste pudo comprobar el engaño de que era víctima y se echó a llorar. Luego, por mediación del Santo Oficio, ordenó que estas frases fuesen corregidas para indicar claramente la supremacía de Pedro y de sus sucesores. Quiso incluso que la comisión teológica preparase una nota como preámbulo a este capítulo. Ésta redactó sin demora una nota en este sentido (14 de noviembre); la secretaría general añadió una solemne declaración sobre el asenso que todos los Padres conciliares debían conceder a este capítulo, que, sin constituir un dogma, no dejaba de ser «la enseñanza de la Iglesia», a condición de que se entendiese en el sentido de la nota del 16 de noviembre. Así se había evitado lo peor; no se volvía a caer en el atolladero de Basilea, aunque el espíritu de Basilea imperaba siempre en la minoría dominante del Concilio.

P. — Este «espíritu de Basilea» que usted denuncia tan ásperamente, ¿no es una saludable emulación?

Esos obispos desearían servir a la Iglesia y aligerar el peso excesivo de las llaves de san Pedro. Después de todo, ¿no están ellos más cerca de los fieles que el Pontífice, tras las murallas del Vaticano y los papeleos de la Curia?

J. — Usted olvida a la multitud romana, la muchedumbre más viva y humana del universo, cuyas olas baten noche y día estas murallas y cuyos hijos sirven en esta «Curia» que usted detesta. Olvida también que ella ocupa un lugar indispensable en la Iglesia a fin de arbitrar entre las diversas tendencias que tiran de la Iglesia, como todo organismo que está aquí abajo.

La última semana de la tercera sesión lo demuestra mejor que ninguna otra. El bloque renano mantenía apasionadamente el esquema sobre la libertad religiosa y la nueva interpretación que ellos daban a esta fórmula. Los grupos tradicionalistas deseaban también vivamente aportar a él modificaciones. El «grupo internacional» reclamó, pues, más tiempo para discutirlo. El cardenal Tisserant, en nombre de los moderadores, respondió que se consultaría a los Padres conciliares y que se les haría votar sobre este asunto. Pero monseñor Carli, obispo de Segni (Italia), protestó de nuevo y demostró que, según las reglas del Concilio, este punto no podía arreglarse con una votación. El consejo de los presidentes le dio la razón. En masa, los adeptos del bloque se agitaron, firmaron peticiones y acosaron al Papa, que rehusó seguirles a causa del reglamento y del «respeto debido a la libertad de los demás Padres conciliares». La lección produjo su efecto; a partir de este día, los amigos liberales de Pablo VI

desconfiaron de él. El resentimiento se insinuó entre los obispos sociales y la prensa se expresó de la forma más sonora.

P. — Es preciso reconocer que ésta fue una inmensa decepción. El universo entero esperaba que la Iglesia llevase a cabo entonces este acto. Todos los espíritus liberales de la tierra se afligieron por esta negativa inexplicable.

J. — Sus «liberales» son más autoritarios que los déspotas. Se vio de nuevo cuando se trató del ecumenismo. Unas 421 modificaciones o adiciones habían sido sugeridas en el curso de este debate; la comisión, dominada por el bloque, no incluyó más que 26. Los autores de los textos rechazados protestaron cerca del Papa. Éste consideró no sin razón, que el texto perdería una gran parte de valor al no contar con al apoyo de una parte importante de los Padres conciliares; instruyó al cardenal Bea, a fin de que el secretariado para la unidad cristiana, que él presidía, insertase esos matices. Por lo menos un total de 19. Al día siguiente, en el momento de la votación, aquél lo explicó ante la Asamblea. Se puede imaginar la irritación e incluso la indignación suscitada entre los partidarios del bloque, que deseaban su victoria completa y que no perdonaban a la Santa Sede esta nueva intervención.

Ellos se vengaron al día siguiente, poniendo cara de palo cuando el Padre Santo apareció en San Pedro en su «silla gestatoria»; rehusaron, asimismo, santiguarse cuando él dirigió la bendición en su dirección (21 de noviembre).

Después de la misa, sin embargo, se acabaron de

votar los textos sobre la «constitución de la Iglesia» (y sobre la colegialidad, sobre el ecumenismo, sobre las «Iglesias católicas orientales»), con tanto éxito que con una mezcla de sentimientos, porque Pablo VI, en su alocución final, anunció «para la gloria de la Virgen María y para nuestro propio consuelo que proclamaba a ésta "Madre de la Iglesia", es decir, de todo el pueblo de Dios.» Los aplausos inmensos, siete veces repetidos, que saludaron estas palabras, mostraron claramente el asentimiento entusiasta de la gran masa de los Padres conciliares. Pero esto fue una amargura más para el bloque, que no se vio suficientemente consolado con la garantía que le dio el Pontífice de reformar la Curia, tanto más cuanto que dijo también que enviaría una delegación oficial a Fátima para llevar allí una rosa de oro. Así, procuraba mantener el equilibrio entre las necesidades espirituales de las masas de fieles y las aspiraciones del equipo social.

P. — No por ello deja de ser menos cierto que la opinión mundial se sintió profundamente ofendida. Se puede decir que esto echó a perder el afortunado efecto que produjo el Concilio en el universo.

J. — ¿Usted lo cree? Se puede decir, sobre todo, que el inmenso trabajo de atiborramiento intelectual emprendido por los periodistas liberales, progresistas, marxistas, que describían a la Iglesia como mudando de piel, fue molesto. De ahí la indignación que usted ha hecho constar; nada se podía hacer contra la fe, la religión y la piedad. Esto indicaba, simplemente, la inquietud de unos partisanos, temerosos de ver comprometida una operación audaz que ellos juzgaban bien

emprendida. Pero, de pronto, temían por su éxito y aullaban.

P. — Menos que sus amigos habían aullado durante la mayor parte del tiempo.

J. — Mis «amigos» no poseían ni diarios, ni organización mundial. Esta masa cristiana, que se espantaba de los trastornos con que se amenazaba su vida religiosa, so pretexto de renacimiento, sentía claramente, sabía bien que, después del horror y las mentiras de la pretendida «reforma» del siglo XVI, se le preparaba una espantosa «deformación» en el XX, en el que el celo social reemplazaría a la caridad, la fe en la Trinidad y que la autoridad pasaría del Tíber al Rin.

P. — He ahí razonamientos de conservadores españoles o portugueses.

J. — No, mis testimonios son americanos e ingleses. Ellos se preguntan por qué la derrota de Hitler ha vuelto tan poderosa, tan hábil, tan formidable a la Iglesia de Germania, por qué el espíritu de Lutero y de Hegel destrona así a Aristóteles y a santo Tomás de Aquino.

El reverendo padre me lanzó una mirada muy sombría, a la cual sucedió una sonrisa burlona.

«Cálmese —me dijo—. Usted no ha acabado de indignarse.»

Luego se retiró jovialmente, prometiéndome volver al día siguiente a escuchar mis divagaciones y hacerme entrar en razón, si es que esto era posible aún.

CAPITULO V

LA DEFORMACIÓN DE LA IGLESIA

El padre comenzó dulcemente y usó de una suave caridad para demostrarme mi error, que él se guardaba de llamar locura, pero que consideraba un delirio.

P. — Véalo usted, señor: en resumen, esas gentes que acusa de duplicidad acabaron por reunir tras ellas a la inmensa mayoría de los Padres conciliares y las «astucias», que usted denuncia tan amargamente, no sirvieron más que para asegurar el éxito de esta santa empresa; ninguna reunión humana, aun compuesta de personajes augustos, celosos, enamorados del bien, podría ser encauzada si no se hallase en su seno este elemento activo que fija las tendencias de la mayoría, que las sabe expresar cuando los demás andan a tientas. El bloque renano, que usted no deja de incriminar, rindió este servicio inapreciable al Concilio Vaticano II y el Padre Santo lo aceptó con tan buena voluntad que no vaciló en tomar su derrotero y luego en rodearse de ellos como consejeros. ¿No es ésta la obra del Espíritu Santo?

J. — Lo dudo, a menos que usted considere a los

jacobinos 1790-1795 y a los maximalistas de 1917-1935 inspirados por el Espíritu Santo. En todos los casos, una minoría atrevida, bien ejercitada, maniobrando con disciplina llega a arrastrar a una mayoría torpe, informe y engañada, que no sabe comprender a tiempo a donde se la lleva.

P. — ¿Osa comprarar el Concilio con las mascaradas sangrientas?

J. — Yo no hablo sino como historiador. La maniobra viene a ser idéntica. Antes que indignarse, vea lo que se hizo durante la cuarta sesión y cómo se hizo. Desde mediados de diciembre, el «grupo internacional», asustado de lo que se había votado, inquieto por lo que se preparaba, sugirió unas enmiendas para el esquema relativo a la libertad religiosa. Su inquietud se acrecentó ante el embargo total de los renanos y sus hermanos sobre todos los textos. En efecto, cuando la revisión de los esquemas relativos a las misiones y a la Iglesia en el mundo, la comisión que examinaba este último no halló nada mejor que someter su trabajo al cardenal de Munich y al de Viena. Los últimos enviaron también diez páginas de observaciones sobre las misiones (el Papa no escribió más que una, pero ésta aclara el trabajo realizado entonces). Refiriéndose a los deberes de los misioneros, nada ha sido omitido, ¡salvo la obediencia! Los jefes del bloque pensaban raramente en esta virtud, excepto cuando encontraban frente a ellos alguna resistencia. Se atrevieron a quejarse incluso al Padre Santo del «secretariado de los obispos». Molestos por la independencia de este grupo, le acusaron de intriga. Podían

hacerlo, porque en esto se reconocían ellos. Lograron tan bien turbar el espíritu del Papa, que éste encargó al cardenal Cicognani advertir a los directores de esta asociación contra el espíritu de intriga. Ellos debían dejar toda la libertad para sus cofrades.

P. — Usted advierte que Pablo VI hacía justicia a los obispos alemanes.

J. — El presidente de este grupo, monseñor Perantoni no se dejó intimidar y explicó al Padre Santo que la minoría no podía pasar sin tal organismo si quería hacerse oír y desbaratar las maniobras del bloque renano, seguro de sus dos moderadores, gracias a los cuales se reducía al silencio a sus contrarios. «Mientras eso continúe —concluyó el obispo— nosotros nos mantendremos.» No eran ellos los únicos en indignarse por los procedimientos que empleaban los sociales. En agosto, monseñor Sigaud, monseñor M. Lefèvre y el padre Prou, abad de Solesmes, se reunieron en Solesmes para preparar la próxima sesión. Enviaron una petición al Padre Santo (25 de julio) para señalarle los procedimientos abusivos del bloque renano; según las reglas de actuación se debía leer en la Asamblea general, antes de la votación de los esquemas, el informe de la mayoría y el de la minoría. De hecho, lo más frecuente era que no se leyese más que el primero. Ellos indicaron otros diversos puntos y sugirieron los medios de hacer las discusiones más lúcidas y más honradas.

P. — Los vencidos se quejan siempre de los procedimientos de los vencedores.

J. — Los vencidos tienen muchas veces razón. Pero parece cínico predicar a cada instante la libertad

cuando se emplean todos los recursos de la inteligencia, de la autoridad, de la fuerza en amordazar a los interlocutores. Volvemos a la técnica jacobina.

P. — Reconozca al menos que era recíproca.

J. — De ningún modo; un gesto de defensa, cuando se es atacado, puede parecer análogo al del asaltante, pero difiere por su carácter. Los oponentes se esforzaban por salvar lo que ellos consideraban esencial en la tradición católica.

P. — Y el grupo mayoritario se esforzaba en responder a la expectación de todo el pueblo cristiano, que deseaba un renacimiento de la Iglesia, un nuevo impulso del celo apostólico, una pastoral renovada que conviniese al tiempo, al espíritu contemporáneo, a las necesidades de la actual generación y que no arrastrase con él las brumas de la Edad Media, los prejuicios de los siglos autoritarios, las supersticiones de las multitudes atrasadas.

J. — Padre, es preciso juzgar el árbol en sus frutos; Cristo nos lo ha dicho. De ningún modo los actos en la intención que los inspira en teoría o en apariencia. Yo creo que los debates que se desarrollaron entre el 14 de septiembre y el 7 de diciembre de 1965 dan una idea exacta de los deseos de cada uno, de los medios empleados y de los principios defendidos. En cuanto a «la expectación del pueblo cristiano», ésta era oscura y confusa como todos los sentimientos de las masas, salvo ahí donde un jefe, un periódico, un movimiento la orientaba con grandes voces de propaganda. Aquí aún, sus amigos, sin ser una mayoría, tenían ventaja, porque la prensa del mundo entero,

surgida de la última guerra y teñida de izquierdismo, sin preocuparse por la religión, defendía y estimulaba estas tendencias. Ellas convenían tan bien al «liberalismo» protestante de los Estados Unidos como a los secretos designios de los soviéticos. Sus amigos hallaban, por tanto, en la opinión mundial una maravillosa caja de resonancia.

P. — Volvemos al mismo punto. No se puede luchar contra el espíritu de una época.

J. — Sin embargo, Cristo lo hizo siempre y triunfó siempre. Pero el Padre Santo comenzó por ceder al espíritu de la época. Desde el primer día de la cuarta sesión, anuncio que creaba un «Sínodo de obispos», al que consultaría sobre las principales cuestiones pendientes y sobre las dificultades del momento. Ponía en marcha de esta manera una especie de parlamentarismo eclesiástico, que correspondía a la vez a las costumbres del tiempo presente, a sus tendencias intelectuales y a los deseos del grupo que imperaba en la Iglesia.

P. — Su falta de caridad no puede sino indignarme.

J. — Es muy necesario estar al «gusto del día», aunque no sea más que para ser comprendido. Sus amigos han puesto el estado de guerra de moda en la Iglesia; uno debe, en adelante, atenerse a él. Se vio claramente en las interminables discusiones que tuvieron lugar entre el 14 de septiembre y el 4 de diciembre de 1965 en torno a la «libertad religiosa» y al papel de la Iglesia en el mundo. El bloque no concebía ya la «libertad» más que como la definieron los filósofos del siglo XVIII veían en ella un principio abstracto que

debía aplicarse a todo. La tradición de la Iglesia, por el contrario, ligaba la idea de libertad a la de verdad. Sólo la verdad merece completa libertad, porque sólo ella sirve a los hombres y rinde homenaje a Dios. Los Padres conciliares intentaron en vano mantener este punto de vista y libraron una lucha épica para conseguirlo. La polémica entre monseñor di Meglio, un especialista italiano en derecho internacional, y el abad Courtney Murray (3 de diciembre) marca de un modo evidente esta oposición. El primero protestaba en nombre de la conciencia católica contra una definición que el segundo defendía en nombre de la conciencia democrática. El respeto por la verdad debería inclinarse ante el culto al ser humano, tal como la democracia anglosajona lo concebía. La unión de los angloamericanos y del bloque renano debía asegurar la victoria de este esquema, retocado varias veces, mas no transformado.

P. — ¿No es indispensable que la Iglesia hable el lenguaje empleado por los hombres de su tiempo?

J. — ¿No es el deber de la Iglesia hablar el lenguaje que Cristo nos enseña y que pone las realidades espirituales por encima de las costumbres sociales de los hombres? Este deseo apasionado de precipitar a la Iglesia en el mundo, de hacerla participar en todas las actividades de los hombres a fin de desempeñar un papel social, aun a costa de su magisterio espiritual, apareción más claramente todavía en los sociales durante el transcurso de los debates sobre «la Iglesia en el mundo». Fiel a los deseos de Juan XXIII, Pablo VI consideraba con un optimismo juvenil la parti-

cipación de los obispos en todo lo que interesaba entonces a sus contemporáneos. No se trataba de un dogma, sino de un punto importante: la actitud del sacerdote ante los hombres. Cristo había hecho de él un mensajero que debía ir por todas partes a anunciar una incomparable nueva y todo lo que ella significaba. El Concilio, o al menos el bloque renano, quería hacer de él un compañero en todas las empresas sociales y asociarle a ellas para ayudar y «testimoniar».

P. — Usted exagera.

J. — No, ciertamente; yo me limito a precisar lo que sus amigos presentaron, con juiciosa ambigüedad, en un halo de universal benevolencia, hasta tal punto que incluso un obispo alemán, el de Munster, reprochó estas frases, que dejaban pensar que la humanidad llegaría a la perfecta justicia social si todas las naciones cooperaban de buen grado. Otros juzgaron que se olvida completamente el pecado original. Y a esto se inclinaban los obispos renanos. Se decidió, pues, devolver el texto para su revisión.

P. — Nueva prueba de la buena voluntad de todos.

J. — Lo dudo, porque en vano se volvió a escribir. No se cambiaron ni el espíritu, ni las frases-clave. El texto sobre las misiones, revisado por el P. Congar y el teólogo del cardenal Frings, acabó por ser aceptado después de más de veinte escrutinios sucesivos. Pero el problema de la dirección de las escuelas católicas suscitó incidentes muy vivos. El bloque se proponía ponerlas bajo la autoridad de los obispos, de los que procuraba constantemente acrecentar los poderes a costa de los del Papa y del papel de los sacer-

dotes. Pero las comunidades de enseñanza protestaron y lograron reconquistar su autonomía. Faltó poco, no obstante, para que la perdieran de nuevo. Los miembros de la comisión posconciliar sobre los obispos rehicieron la fórmula condenada por la votación y la hubiesen insertado en las instrucciones relativas al esquema «Sobre el cuidado de las almas» si el Papa no lo hubiese impedido. Así, su astucia fracasó, porque era una sola e indicaba bien el deseo de dominio de estos prelados.

P. — Usted parece creer que ellos no se preocupaban más que de sí mismos. Olvida las tan prolongadas discusiones sobre los sacerdotes, los laicos y el matrimonio.

P. — No las olvido ni las ignoro. Veo ahí también una de las maniobras más sutiles del bloque renano, uno de los síntomas más evidentes del peligro que sus ideas, sus tendencias, sus maniobras representaban para la Iglesia. Detrás, en efecto, toda una turba de agitadores e intrigantes —unos subvencionados por los soviéticos, otros estimulados por sus pasiones— se esforzaban en introducir desorden y desarreglo en la Iglesia. Algunos difundieron el rumor de que pronto se vería a los sacerdotes casados y que había llegado la hora de integrar a la mujer en todos los escalones del catolicismo renovado. ¿Era difícil discernir en qué medida los jefes del movimiento progresista y liberal les temían o les alentaban?

P. — Este proceso tendencioso es el colmo de la injusticia. La conferencia episcopal francesa denunció la maniobra desde el 25 de noviembre de 1964 e in-

sistió solemnemente en su fidelidad y la de toda la Iglesia al principio del celibato eclesiástico. En mayo de 1964, los obispos de lengua alemana lo repitieron con más energía aún cuando su reunión en Innsbruck. El *Observatore Romano* del 13 de octubre de 1964 publicó un mentís del mismo género y no lo hubiese hecho sin el consentimiento del Padre Santo. Al presentar el texto sobre el sacerdote a la Asamblea general del Concilio, monseñor Marty, de Reims, comenzó por una afirmación idéntica.

J. — No deja de ser menos cierto que la idea de un diaconato conferido a los laicos casados permitió a los partidarios del matrimonio de los sacerdotes reanudar su propaganda durante la cuarta sesión. Uno de los miembros del bloque, un holandés llamado Pedro Koop, obispo de Linz en el Brasil, no dudó en proclamar que, para salvar a la Iglesia en la América latina, no se podía prescindir de sacerdotes casados. Añadió, con desenvoltura o inconsciencia, que no sería necesario para eso cambiar la ley del celibato. Usted puede ver, por tanto, que la misma lógica de su empresa llevaba a los miembros de este grupo a tomar una actitud de hecho contraria a los grandes principios que ellos enunciaban en público. Un obispo —Kemmerer, de Argentina— le apoyó y se vio circular por Roma un manifiesto redactado en este sentido, firmado por ochenta y un laicos. El Papa acabó inquietándose por esta propaganda. Suspendió la discusión del esquema y envió una carta al cardenal Tisserant, que la leyó a los Padres conciliares. El celibato eclesiástico, decía, es materia delicada; más valía

no discutirla o disertar en público. Que los Padres conciliares deseosos de expresar una idea a este respecto le escribiesen; examinaría detenidamente sus sugerencias. Pero él mantenía su conservación, su reforzamiento incluso. Se aplaudió su carta y el esquema pasó sin dificultad, aprobado por votaciones masivas el 12 y el 13 de noviembre de 1965. La mayoría de los obispos aprobaron, por consiguiente, el punto de vista, la actitud, la firmeza del Padre Santo. Pero éste tenía que tomar precauciones. ¿De quién, pues, desconfiaba?

P. — ¿Por qué suponer que él desconfiaba de los obispos alemanes o renanos? Simple juicio temerario.

J. — La continuación del debate prueba que se trataba de ellos y que el Papa tenía razón. Se llegó entonces (28 de noviembre) al estudio del matrimonio y la moral conyugal. Sobre este asunto, también delicado, dos puntos de vista se oponían: unos, fieles a la tradición, opinaban que el objeto esencial del matrimonio reside en la formación de una familia y la educación de los hijos; los neomodernistas veían en él, por el contrario, una institución destinada a consagrar el amor conyugal en su más amplio sentido: «dos en una sola carne». Desde el primer día del debate, el cardenal Suénens tomó una firme postura. Se olvida demasiado, decía, las palabras de Cristo: «dos en una sola carne». Era necesario dar su valor a esta fórmula e incluirla; para esto, él solicitaba que la comisión vaticana que estudiaba el control de nacimientos no la olvidase y que el Padre Santo publicase los nombres de los miembros, a fin de que, en todo el universo,

los fieles pudiesen enviarles sus opiniones sobre esta cuestión. Al día siguiente, el cardenal Ottaviani protestó contra esta teoría. Pablo VI se sintió tan turbado que quiso ver sin tardanza a Suénens. Después de esta entrevista, el cardenal declaró al Concilio que la comisión vaticana debía sólo ocuparse del asunto y que «habían sido mal comprendidas sus palabras».

P. — Ya lo ve usted; Suénen tendía a evitar todo equívoco. Por lo demás, eso no concierne en absoluto al celibato eclesiástico.

J. — Suénens, que había avanzado demasiado, debió retroceder. Pero todos habían notado esta tendencia de los renanos, que querían suavizar la disciplina católica, siempre estricta ante las pasiones sexuales. Ellos, por el contrario, procuraban introducir en este terreno, como en todos los demás, endulzamientos, concesiones a la naturaleza humana, que consideraban indispensables para conquistar a las multitudes. Lograron también deslizar en una nueva redacción del esquema una frase ambigua, de la que resultaba que la esposa podía por sí misma decidir si el matrimonio utilizaría medios artificiales para limitar el número de los hijos, aun cuando faltase el motivo de la preocupación por el amor conyugal. Algunos vieron en esto una singular hipocresía. El Papa fue requerido tan insistentemente que hizo añadir por el secretario de Estado cuatro enmiendas a este esquema: la primera denunciando las drogas anticonceptivas como una deformación de la dignidad conyugal; la segunda exigiendo la supresión de la palabra «también» en la fórmula que indicaba el objeto o los objetos del ma-

trimonio. La tercera era en el mismo sentido. Eso significaba que, a pesar de las protestas de sus cofrades, los jefes del bloque renano habían conseguido presentar en este esquema el matrimonio, ante todo, como basado en el amor conyugal y destinado a satisfacerlo. Pablo VI no lo admitió y confirmó sus órdenes el 3 de diciembre de 1965. En efecto, se descubrió aquel día que la comisión, al redactar el texto definitivo, acababa de escamotear la referencia que indicaba la página de la encíclica *Casti Connubii*, donde el Santo Padre condenaba los anticonceptivos. Una vez más el Papa hubo de intervenir.

¿Será usted capaz de decir, después de esto, que los renanos y sus aliados no usaron, durante el Concilio, astucia, obstinación, espíritu partidista, con una voluntad empeñada en deformar las doctrinas de la Iglesia?

P. — El celo del Señor puede parecer indiscreto a algunos.

J. — Digamos la preocupación por complacer a los hombres. Y a algunos en particular.

P. — ¿Qué significa esta insinuación?

J. — Sólo lo manifiesto. A partir del 21 de noviembre se discutió sobre el ateísmo. Desde fines de septiembre, un grupo de veintisiete obispos reclamaron, a este propósito, que se condenase el ateísmo marxista; en octubre, el grupo internacional presentó otra petición en el mismo sentido, firmada por cuatrocientos cincuenta nombres. A pesar de estas gestiones, cuando el esquema revisado volvió a ser puesto en discusión no se encontró en él ninguna alusión al ateísmo marxis-

ta. Monseñor Carli protestó, el mismo día, ante la presidencia del Concilio. Demostró que una enmienda, presentada a tiempo, y que habría debido, según las reglas del Concilio, ser discutida en asamblea, acababa de ser ignorada. El incidente produjo alboroto. Se hizo una investigación: la comisión fue, al fin, considerada culpable y su secretario, monseñor Glorieux, de Lille, responsable. Gracias a él, el Concilio acababa de evitar toda condena del marxismo ateo. En esto aún hubo de intervenir el Papa. El 24 de noviembre ordenó a la comisión anotar la doctrina de la Iglesia condenando el comunismo y citar sus precedentes en este asunto. El bloque continuaba, sin embargo, siendo bastante fuerte para hacer votar el esquema por una mayoría masiva de obispos.

P. — ¿Negará usted que ellos se habían ganado la confianza de sus cofrades?

J. — Yo aseguraría que sus procedimientos y sus ardides les habían permitido dominar la opinión del Concilio. Y de esto se halló una prueba más en la discusión sobre la bomba atómica: consiguieron hacer votar el texto que condenaba indistintamente a cualquiera que poseyese la bomba atómica, pese a las protestas y los esfuerzos de numerosos obispos americanos, que, demasiado tarde, reclamaban se distinguiese el caso de «legítima defensa».

El Concilio debía terminarse con una oración por la unidad de la Iglesia y luego con la votación de los esquemas que se acababan de discutir. Aun los más criticados fueron votados masivamente.

P. — ¿No ve en ello la acción del Espíritu Santo?

J. — Veo en ello, situándome en el plano histórico, el triunfo de un buen método de propaganda; veo también la deferencia, natural en los viejos, para las causas favorecidas. Veo en ello, en fin, la inquietud de los obispos por no verse señalados por una obstinación que los aislaría de sus hermanos. En suma, nada sale tan bien como el éxito.

P. — Hay en esto puntos de vista muy humanos.

J. — Las flaquezas humanas desempeñaron un gran papel a todo lo largo de estas cuatro sesiones. Cierto sábado, el 13 de noviembre, los Padres acababan de recibir ciento cincuenta y dos páginas sobre el matrimonio, las virtudes conyugales y la anticoncepción que, no sin apasionamiento, se acababa de discutir; esto no impidió a quinientos de ellos, en lugar de estudiar la versión nueva que se les había remitido, partir para visitar Florencia, donde se celebraba el séptimo centenario del nacimiento de Dante. No regresaron hasta el atardecer del sábado, pero votaron irreflexivamente el esquema propuesto, posiblemente sin haberlo leído.

P. — Puesto que lo habían oído discutir, sabían lo que contenía.

J. — Lo que debería contener, pero no lo que contenía, porque las comisiones escamoteaban, a veces, las sugerencias o reclamaciones que se les presentaban. La respuesta corriente bastaba para disculparse: «¡Ha llegado demasiado tarde!» Pero cuando se investigaba, como fue en el caso del esquema sobre «Cristo en el mundo moderno», se pudo comprobar una negligencia

involuntaria o... voluntaria. Esto permitió al bloque renano dirigir el Concilio a su antojo.

P. — Reconozca, sin embargo, a pesar de sus prejuicio, que, sin el cardenal Frings y sin la organización a la que usted llama el bloque renano, aún hoy día no habría terminado el Concilio.

J. — No tengo el menor inconveniente y lo reconozco con mucho gusto. Si los prelados de lengua germánica y sus aliados no hubiesen dirigido el Concilio, la discusión hubiese durado mucho más tiempo, porque hubiera sido libre. Pero sus amigos entendían defender el principio de libertad suprimiendo ésta en el Concilio; se puede afirmar que el cardenal Frings, como usted dice, fue la clavija maestra del Concilio, así como su inspirador fue Karl Rahner, cuyo espíritu, tendencias y, a veces, fórmulas se encontraron en todos los esquemas del Concilio.

P. — ¡Alto ahí! Sus amigos, los tradicionalistas y los del grupo internacional, hicieron insertar también un número considerable de textos.

J. — Ciertamente. Se ha podido decir que el Concilio dio nacimiento a monstruos, de tantas fórmulas votadas como se ensartaron sin concordar y a menudo en plena contradicción. Pero poco importaba eso a los renanos. Lo esencial para ellos era hacer mantener las frases que habían preparado, meditado y puesto a punto desde hacía largo tiempo y que les permitiría, en consecuencia, sacar de los esquemas lo que les serviría para imponer sus puntos de vista.

P. — ¡Alto ahí! ¡Alto ahí! ¿Qué me dice usted de la Curia?

J. — ¡La Curia! Gracias a los insultos con que se le llenó, Ottaviani se halló en lo sucesivo descalificado a los ojos de la mayor parte de las gentes y aun de numerosos cristianos. El lo sabe y comprueba que ha perdido su autoridad, aunque pueda todavía aconsejar y el Padre Santo le consulte a veces. La Curia, anegada por numerosos elementos germánicos, franceses, americanos, no constituía ya un bloque, ni un equipo, sino un conjunto de funciones que desempeñaban hombres divididos por sus opiniones, divididos por su orientación, divididos incluso por su fe.

P. — ¿Su fe?

J. — Ciertamente. Unos creían en Cristo y en sus palabras, que consideraban siempre como la norma de su conciencia; otros, tenían en cuenta, sin duda, esto, mas se reservaban la interpretación, que variaba según las necesidades del ecumenismo, las exigencias del humanismo y las evoluciones de la filosofía. La desviación es grande y no cesa de ensancharse, tanto más cuanto que la presión del marxismo, ya sensible durante el Concilio, no deja de acrecentarse. Desde primeros de diciembre de 1965, monseñor Béran, que residía en Roma, pudo comunicar a sus hermanos conciliares un artículo de un periódico soviético que declaraba que en *todas las comisiones del Vaticano se habían infiltrado elementos marxistas*. Luego, ellos no se detuvieron aquí; en buen número de parroquias, sobre todo en Francia, los sacerdotes se entregaban abiertamente a la propaganda soviética o maoísta. Se cita a Nanterre como un tipo de este género.

P. — Usted no habla más que de algunas excepciones.

J. — Que la Iglesia conserva una masa de buenos sacerdotes en su seno lo sé y es un hecho que conviene no dejar de repetir, porque el público se expone a olvidarlo.

P. — ¿Cómo puede decir eso?

J. — ¿La evidencia no le ha sorprendido, Padre? A continuación del Concilio, antes incluso, en algunos países se ha visto a los sacerdotes abandonar la sotana que les hacía ser respetados, se les ha visto imponer a sus fiele, del modo má arbitrario y sin consultarles nunca, costumbres nuevas y a menudo ofensivas; se les ha visto, se les ha oído predicar sobre «la Iglesia de los pobres» y lanzarse a cambios costosos, a despilfarro, pero también a la destrucción de ornamentos, de altares, de cuadros y de estatuas a menudo queridos por los feligreses, a veces preciosos y de una rara belleza. ¿Y piensa usted que, con tales procedimientos, el clero podía conservar el prestigio que poseía desde siglos atrás? No; se ha querido mezclar con la muchedumbre y la muchedumbre lo ha absorbido. Por esto es necesario repetir que son numerosos los sacerdotes piadosos, virtuosos, creyentes y que siguen la corriente por humildad sin prestar a ella más que su obediencia pasiva. ¿Los podemos censurar? Una inmensa campaña de prensa, que ha repercutido en los periódicos neutrales y también en las hojas marxistas, exalta la obra del Concilio, alaba el *aggiornamento* de la Iglesia y celebra a coro la «nueva cara»

del catolicismo. Por lo demás, el Padre Santo reclama obediencia e impone el respeto del Concilio.

P. — Usted no parece inquietarse.

J. — La verdad es uno de los deberes profesionales del historiador, y recuerde que yo obtuve una licenciatura de historia en mi juventud, lo que me permite examinar los acontecimientos de las cuatro sesiones bajo un ángulo de pura exactitud. No ignoro que, al hacerlo, parezco tomar partido. Es un riesgo que es preciso correr cuando se intenta esclarecer una discusión, cuando ésta hace estragos. Ahora bien, la clausura del Concilio lejos de poner fin a la lucha en la Iglesia la ha agudizado más aún. El bloque renano logró hacer instaurar cinco comisiones posconciliares, a fin de aplicar las medidas votadas por los Padres conciliares y aprobadas por el Papa. Estas comisiones, empapadas del espíritu liberal, dominadas por los elementos neomodernistas, no se contentan con aplicar las decisiones; las llevan a sus últimos extremos. Las rebasan incluso.

P. — No son más que comisiones consultivas y sus decisiones no se convierten en ejecutivas más que después de la aprobación del Papa.

J. — El Padre Santo tiende a continuar en la línea del Concilio. Su espíritu, formado en la tradición liberal, se presta fácilmente a las sugerencias de las comisiones, que son apoyadas por sus amigos instalados en los cuatro rincones del Vaticano y en los consejos episcopales de las naciones occidentales. La «reforma» o, antes bien, la deformación de la Iglesia sigue, pues, sin interrupción; se aumenta incluso de año en año,

bajo la presión de jóvenes sacerdotes audaces que desbordan a sus mayores. Esto es así en todas las revoluciones.

P. — Usted demuestra el mal humor de los vencidos en lugar de considerar el día radiante que nace para la Iglesia.

J. — Yo veo los grandes seminarios que se vacían y se cierran, las órdenes que languidecen, los sacerdotes que abandonan su ministerio por millares y los fieles que buscan en vano un rincón en la Iglesia para rogar a Dios en el recogimiento.

El padre me miró gravemente como si fuese a responder. Pero, esbozando una sonrisa, salió.

II

LA MITOLOGIA MODERNA CONTRA LA FE

«...Llegará un tiempo en el que no se soportará ya la santa doctrina y en el que, siguiendo sus propios apetitos, recurrirán a un tropel de maestros para satisfacer sus oídos; se apartarán sus oídos de la verdad y los aplicarán a las fábulas.»

San Pablo, *II Epístola a Timoteo,* 4.

CAPITULO I

EL MITO DEL MUNDO

«Yo no ruego por el mundo.»
Evangelio según san Juan, XVII, 9.

Tú quieres nuevas noticias, mi querida prima; me apremias para que reanude mis conversaciones, pero te debo manifestar que mi interlocutor, descontento de su fracaso cuando pretendía persuadirme, desapareció sin querer discutir y me he visto en un gran embarazo para encontrar un nuevo compadre o, más bien, adversario. Estos excelentes eclesiásticos encomian el diálogo, pero sólo el que ellos pueden dirigir a su antojo e imponer silencio a sus contradictores.

Para servirte, he tenido que trabar conocimiento con uno de esos sacerdotes de parroquia que devastan en este momento nuestras iglesias alterando la decoración, las ceremonias, los principios, los hábitos, las creencias y hasta el dogma si tienen ocasión. Pronto será vicario general; dirige ya buen número de esos comités, más o menos ocultos, más o menos espontáneos y todopoderosos. Son ellos quienes guían a los obispos, hacen cambiar por completo a los laicos y

deciden en todo, sin que se pueda adivinar de dónde vienen las consignas que les guían: Utrecht, Bruselas, Colonia, Viena...

Me expongo a atemorizarte: es alto, flaco y atezado, con negros ojos que horadan todos los objetos sobre los que se posan y cuya voz parece siempre salir de un fonógrafo de lo metálica, seca y sin resonancia que es. En su uniforme de clergyman, que lleva cuando se halla en territorio enemigo —pero que abandona en cualquier ocasión por un pantalón azul con un jersey de cuello castaño enrollado—, se le creería un discípulo de Calvino muy malhumorado. Sobre todo, que no se le haga reír. El rumor de su risa, ronco, violento y brusco, te inspiraría un temor muy legítimo. Y no mires sus manos: morenas y secas, animadas de movimientos vivos y bruscos, parecen siempre dispuestas a romper alguna cosa.

«¿Es usted, señor —me dijo a bocajarro como preámbulo—, es usted, señor, quien recusa el Concilio Vaticano II?»

J. — Error, señor abate; yo no recuso más que lo que conozco y comprendo.

A. — Así, pues, ¿Vaticano II no está claro a sus ojos?

J. — Ciertamente, no. Entre la interpretación del cardenal Suénens, la del Papa y las de diversos teólogos, un humilde laico, como yo lo soy, no sería capaz de pretender haber comprendido. ¿No ha dicho Pablo VI el 17 de septiembre de 1969: «El Concilio ha dado a la Iglesia numerosos y firmes impulsos, pero todos no han sido dirigidos en buena dirección, es de-

cir, en la construcción de la Iglesia de Dios»? No ha precisado. Por tanto, yo espero.

A. — ¿Qué espera usted? ¿No ha visto ya a un obispo y sus conclusiones no le han mostrado lo que significa Vaticano II?

J. — De ningún modo.

A. — Esto es escandaloso; usted debe obediencia a su ordinario.

J. — Estoy presto a obedecer a mi obispo, pero no a los que obedece mi obispo, quienes obedecen no a Vaticano II, sino a los mitos que han sido difundidos gracias a la obstinada propaganda hecha durante el Vaticano II y después de él.

A. — Todos estos sacerdotes obedecen a su vocación sacerdotal; lo que usted se atreve a denunciar como «mitos» no son más que las calumnias propagadas por los integristas.

J. — La consigna de Vaticano II no es una idea de calumniadores, ni la inquietud de la «pastoral», la voluntad de «ir al mundo», de «volver a encontrar el mundo» y de «comprometerse» con él para llevarle un mensaje nuevo.

A. — Es muy necesario «ir al mundo» después de todos estos siglos de torre de marfil, de piedad para los piadosos, de religión encerrada en sí misma; nuestro deber en lo sucesivo es abrirnos al mundo, insertarnos en el mundo, practicar la pastoral de la palabra y restituir el cristianismo a las multitudes que lo han perdido. Los apóstoles lo hicieron antiguamente, yendo por todas partes, predicando en todas partes, jamás cansados, jamás a disgusto, siempre prestos a

dar testimonio si hacía falta, a predicar si era necesario. ¿Qué querella presenta usted a estos apóstoles del siglo xx?

J. — No he sido yo, ha sido Cristo quien ha dicho: «Yo no bendigo el mundo.» «Yo os envío como a corderos en medio de los lobos.» El les enviaba a predicar a las almas y conquistarlas; a ustedes se les ha visto ahora evitar a enfermos, viejos, agonizantes y afanarse en torno a los jóvenes, procurando atraérselos a fin de obtener la victoria sin preocuparse por el trabajo espiritual; lo que les preocupa son las multitudes; ustedes hacen obra social, no religiosa. En lugar de llamar a sus enemigos «integristas», lo justo sería llamarles cristianos espirituales y admitir que ustedes son «cristianos sociales». ¿No he oído varias veces en el púlpito en Francia, Suiza, Bélgica, decir a los curas: «Cantad al ir a la comunión, cantad al volver y no os preocupéis por vuestra acción de gracias. Lo mejor que podéis hacer es *comprometeros* con vuestra familia, con vuestro sindicato, con vuestro partido político»? Si eso no es eliminar la vida espiritual en beneficio de la vida social, ¿qué lo será entonces?

A. — Vaya; despotricar y negarse a comprender, he ahí su método. Pero yo le digo que el gran error de la Iglesia fue durante siglos ignorar los problemas sociales y dejar a los ricos, los poderosos, los afortunados absorber todos sus cuidados. Nosotros, al menos, nos dirigimos al pueblo, buscamos a los obreros, olvidados por los sacerdotes durante cerca de dos siglos.

J. — Esto, señor abate, es una calumnia. La Iglesia del siglo XIX no ha dejado jamás de predicar a los humildes y de socorrerlos. La aversión del Estado, la aversión de los sectarios y la aversión de los ricos la han impedido a menudo tener éxito en su tarea. Ante tanto rencor, ella tuvo la sabiduría de crear una cristiandad sólida, unida, consciente de su fraternidad en Dios; mientras que el clero contemporáneo se esfuerza en dislocar el cuerpo de los fieles, suprimiendo todo lo que les da este sentimiento y todo lo que les une en una disciplina ostensible: abstinencia del viernes, ayuno de Cuaresma, procesiones públicas, símbolo de la Cruz ampliamente difundido, siempre circundado de honores, de belleza, así como las iglesias, que se procuraba adornar a fin de ofrecer a Dios lo más hermoso, lo más noble que el hombre hacía, todo eso ustedes lo rechazan; una sala desnuda, un pueblo amorfo es todo lo que piden. Allí por donde ustedes pasan se diría que una banda de devastadores ha estropeado todo. Ustedes tiran las sotanas, rechazan el latín, que el Concilio declaró «la lengua de la Iglesia» y que servía de vínculo entre todos los grupos cristianos diseminados por el mundo; rechazan el canto gregoriano, demasiado solemne para su gusto, y se complacen en emitir, en hacer emitir, sonidos más o menos distintos que gustan de puntuar con címbalos, tambores y tam-tams como los negros. Ustedes pretenden así «ir al mundo, ir al pueblo»; olvidan que el pueblo ama la grandeza, la dignidad, las bellas ceremonias y que es sensible a la belleza.

A. — Los apóstoles hablaban los idiomas de su

tiempo: griego y latín. Nosotros queremos hablar los de nuestro tiempo.

J. — Como si el latín no hubiese sido la lengua universal de nuestro tiempo.

A. — No la de los humildes; nosotros imitamos a Cristo buscando a los pobres, los humildes, los perseguidos, y nos mezclamos con ellos, diga usted lo que diga. Deseamos mezclarnos a los obreros, frecuentar sus sindicatos.

J. — El obrero de hoy día no es ya, en Occidente, el desheredado de antaño; se debe incluso decir que aparece como privilegiado. Sólo él posee sindicatos capaces de intimidar al gobierno y de hacer retroceder al Estado; sólo él puede impunemente infligir las huelgas más ruinosas, los peores inconvenientes, las más grandes molestias a sus compatriotas sin sufrir castigo. La monarquía había sabido dominar a los feudalismos aristocráticos; las democracias están inermes ante los feudalismos sindicales. Y ustedes, sacerdotes, se apresuran a halagarlo, a sostenerlos y blandir su estandarte rojo o negro en toda ocasión. Los obispos hasta dirigen cartas pastorales para apoyar sus clamores. Como antiguamente los jesuitas, ustedes procuran introducirse en la clase reinante, pero esto no es apostolado espiritual.

A. — Su polémica furibunda ignora el valor de nuestros esfuerzos. Por la Acción Católica, la J.O.C., la J.E.C. y sus otras ramas nosotros penetramos en todos los medios. Sobre todo, bajo nuestro impulso, las parroquias recobran vida; nosotros unimos a todos los fieles en un espíritu de comunión eclesial —comidas

en común, discusiones, diálogos, conferencias—, no descuidamos nada para establecer entre nuestros fieles, antes tan aislados, este espíritu comunitario, que hace revivir los primeros tiempos del cristianismo y que usted desconoce; nuestras comunidades parroquiales son acaso el más bello florón de nuestro apostolado, el que lleva en sí más futurismo, sin renunciar por eso a su tan saludable inmediatez. Contrariamente a sus dichas, no hay una clase social a la que no nos inclinemos, una profesión en la que no procuremos penetrar.

J. — Es verdad; todos los aspectos del mundo les preocupan y les agradaría «comprometerse». No ignoro que muchos de ustedes desearían tomar un oficio aun continuando como sacerdotes. En mi pueblo, el vicario se hizo vendedor de manzanas tres días por semana; en la villa vecina, uno se dedica a los seguros; un poco más lejos, otro tiene una tienda de ultramarinos. Eso les molestaba para el catecismo, si es que no habían descargado este trabajo sobre la espalda de buenas mujeres voluntarias. En cuanto a los sacramentos, todos ustedes desearían que se creasen diáconos que pudiesen dar la comunión en su lugar. La confesión no les preocupa apenas: una pequeña bendición sobre el conjunto de los fieles después de haberles recomendado pensar en sus pecados y consideran su función cumplida. No sueñan más que en escamotear su papel religioso para entregarse al mundo en cuerpo y alma. El Papa se lo ha dicho el 17 de septiembre de 1969, deplorando «la debilitación de las funciones del sacerdote como ministro del Evangelio».

Organizar tam-tams, danzas más o menos orgiásticas, como en Saint-Germain-des-Prés, bambulas sobre el mismo altar, como en Nancy, eso les gusta, pero, por lo demás, prefieren la sala de conferencias al púlpito, la fábrica a la iglesia.

A. — Ustedes no viven más que de símbolos trasnochados; nosotros vivimos de realidades. ¿Qué importa si la juventud se muestra torpe, si mete la pata algunas veces, si es indiscreta muchas veces? Lo esencial es atraerla de nuevo a la Iglesia, hacerla meditar sobre su vida, reactivar su inteligencia, obligarla a comprometerse. Eso nos obliga a algunos sacrificios, pero necesitamos realizarlos valerosamente. Si para instalar la Iglesia en el mundo hemos de rechazar las cosas y los hombres del pasado, tanto peor. Esto es preciso comprenderlo si usted quiere hacer justicia a los nuevos sacerdotes en lugar de calumniarlos.

J. — Yo les hago plena justicia y no ignoro que algunos de ellos son también buenos sacerdotes; algunos creen también en Dios y en Jesucristo. Pero eso no les impide herir, ofender, rechazar a todos los creyentes en los que la fe es profunda y recogida para crear una religión totalmente ruidosa, confusa, llena de clamores y de ritos nuevos, un culto en el que ya no hay reclinatorio, ni genuflexiones, ni todos esos gestos tradicionales con los cuales los creyentes expresaban con cariño su adoración para las personas divinas. Ustedes no divinizan más que el mundo y, por él, no vacilan en asolar la Iglesia, en imponerse como dictadores, en revolucionarios por medio de todos los ardides, delaciones, campañas de perfidia y ultrajes

propios de los extremistas. Jamás se ha visto clero más imperioso, que más desdeñe a esos laicos, que pretende «promover», pero que manda a la baqueta según sus fantasías.

A. — Para crear es preciso partir de cero; para servir es preciso organizar; para abrirse a las formas del porvenir es necesario rechazar las de ayer y repeler a todos los que obsesiona el pasado.

J. — Cristo no es el pasado, sino la eternidad. A lo mejor, lo que ustedes crean es un «minicristianismo» que consiga atraer a los débiles, los flojos, los tibios, los ovejunos, gracias a sus «misas de sábado» que dispensan de ocuparse de Dios todo el domingo, gracias a todas las componendas para el ayuno eucarístico, que facilitan las comuniones precipitadas, ligeras, frívolas o sacrílegas, gracias a sus procedimientos ruidosos y chillones, gracias a todos sus compromisos con la política, las opiniones de moda, las modas más extremas y las filosofías más delirantes. Sus «oficios» aparecen ya como pequeñas reuniones sociales fastidiosas y charlatanas, ya como ferias más coloridas que ordenadas. Hay en ellos todas las variedades, pero no se halla allí nunca recogimiento, humildad, fervor. La misma palabra «penitencia» no resuena jamás en sus reuniones, que no puedo llamar misas. La creación del mundo así como su fin no se evocan nunca y la muerte apenas es mencionada en los entierros, en los que se contentan con celebrar la simpatía de todos, el espíritu comunitario y la solidaridad parroquial, pasando ligeramente a los destinos eternos. Esclavos del mundo, no sueñan más que en tender la mano a sus cela-

dores, los francmasones, enemigos de la divinidad, y a los discípulos de Marx, esclavos del materialismo y perseguidores de sus hermanos. Ustedes reniegan de esa vida espiritual que Cristo enseñaba a sus discípulos y que su Iglesia debía difundir por toda la tierra a fin de acercar a Dios las almas de los hombres en un amor eterno. Ustedes reemplazan los dones de Nuestro Señor por la excitante novedad, el oropel de las modas y el culto del mundo. Se dirigen al mundo, pero lo hacen sin Cristo.

En esto yo me callé, porque el abate, en su cólera, acababa de salir dando un portazo tras él.

CAPITULO II

EL MITO DEMOCRATICO Y SOCIAL

«...Que cada uno se someta a las autoridades pertinentes. Porque no hay autoridad que no venga de Dios...»

San Pablo, *Epístola a los romanos*, 13, 1.

Mi buen abate progresista no me podía ya soportar, pero no renunciaba a convertirme. Así, pues, me envió a un cofrade suyo, dulce, regordete, cortés e insistentemente suave. Me di cuenta en seguida de que, a pesar de mostrarse gentil, el abate no era menos obstinado, vehemente y duro.

Le pregunté de primera intención por qué sus amigos preferían el culto de la democracia al de Dios y por qué no vacilaban en rechazar las órdenes más precisas de Cristo, las tradiciones más antiguas de la Iglesia, las costumbres más augustas, para demoler y someter todo al principio democrático como a una regla absoluta.

Con una amable sonrisa el abate me respondió: «¡Ah! La Iglesia, señor, ha sido siempre toda para

todos y, al igual que Jesús quiso tomar un cuerpo, unas ropas, una personalidad judaica para presentarse entre nosotros, así la Iglesia se reviste con las vestiduras del tiempo en que debe dar testimonio; monárquica en las épocas monárquicas, debe ahora adaptarse a los tiempos democráticos, plegándose a las costumbres democráticas. Eso no mancilla en absoluto su carácter ni su santidad, porque no la aparta de su misión, puesto que puede, por el contrario, cumplirla mejor de esta manera.

J. — En resumen, ¿usted acepta la doctrina o el mito democrático como regla para la disciplina contemporánea? Esto es, por lo demás, lo que advierte todo observador imparcial: los vicarios dando órdenes a los curas párrocos, quienes mandan a los obispos, los cuales, a su vez, mandan al Papa. ¿No es éste el esquema? Todo poder legítimo procede a sus ojos de la masa.

A. — Su descripción es simplista, pero se deduce de la naturaleza de las cosas que el Padre Santo no sabría gobernar sin el concurso de los obispos, éstos no podrían pasar sin el apoyo comunitario de su clero y cada cura gana al unirse en una comunidad parroquial con aquellos que le ayudan en su trabajo. ¿No está aquí el espíritu del Evangelio?

J. — Para llevar su visión hasta el último extremo, ¿importa que el Papa no haga nada, no ordene nada sin la aprobación de los obispos?

A. — Se puede considerar, en efecto, como adecuada a los tiempos modernos una organización que permitiría al Padre Santo y a los obispos una colabora-

ción íntima constante, en la que sus voluntades se fundirían en una sola decisión, un solo impulso, que darían al universo ese admirable modelo de obra apostólica y colegial. Una delegación permanente de obispos, elegidos por sus hermanos y residiendo en Roma para aliviar la tarea del Papa, iluminarle y guiarle, ¡qué sublime ejemplo para un mundo que se esfuerza tan penosamente en crear verdaderas democracias!

J. — ¿Qué quedaría entonces de las palabras de Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»?

A. — El Padre Santo no perdería nada y lo ganaría todo apoyándose en la entrega vigilante de sus obispos.

J. — Cristo dio sólo a Pedro la facultad de atar o desatar.

A. — Los sucesores de Pedro no dejan de ser elegidos por los obispos.

J. — Son elegidos por los cardenales, pero escogidos por el Espíritu Santo. El Papa no recibe su poder de los cardenales sino sólo de Dios y, desde el nacimiento de la Iglesia, él confiere el poder espiritual a los obispos, que no son obispos más que por las unciones que reciben de él o de sus representantes.

A. — No se trata de suprimir estos símbolos respetables, sino de extender el uso de la elección conforme al espíritu moderno.

J. — Según el mito democrático, todo poder viene del pueblo, de la colectividad; según el Evangelio, todo poder viene de Dios. Según el mito democrático, todo detentador de poder es responsable sólo ante el

pueblo; según el Evangelio, es responsable ante Dios. Cristo edificó su Iglesia sobre este principio; ustedes no pueden poner el edificio patas arriba y pretender que respetan el espíritu de Cristo. De hecho, dejan de ser cristianos y deben abandonar su Iglesia. Ustedes no se mantienen en ella más que a manera del ermitaño instalado en la concha de otro animal para apropiársela. Se trata de una captación, de un robo. Y eso en el momento en que el mito democrático pierde cada día terreno.

A. — La última guerra ha marcado su triunfo mundial.

J. — ¡Bello triunfo que abandona a la tiranía comunista más de la mitad del globo, a la anarquía todas las antiguas colonias de Africa, a dictaduras más o menos enmascaradas los pueblos de Asia y la mayor parte de los de Europa! Como siempre, ustedes los sacerdotes llegan con un siglo por lo menos de retraso. Los pueblos más democráticos, como Suiza, sienten disgusto por la votación; el elector tiende más a su bienestar, su automóvil, su frigorífico, su televisor que a su papeleta de voto. Reconozca, en fin, que la creciente influencia de los tecnócratas disminuye de día en día en todo país civilizado el papel de la democracia, que va reduciéndose antes de desaparecer. Ningún Estado industrial puede pasarse sin la «planificación». La planificación es el enemigo del principio democrático y en un mundo en el que la industria no deja de ganar terreno se comprende a donde conducirá la planificación. Su democratización de la Iglesia es una idea anticuada, superada. No se conforma ni a las

órdenes de Cristo ni al espíritu de esta época. Parece cada vez más absurdo a todo hombre razonable remitirse para cuestiones precisas y graves a esta regla de la mitad más uno, como si una multitud emotiva, negligente, mal informada, pudiese orientarse así en problemas tan complejos del tiempo presente como economía, política internacional, genética... finanzas incluso. Esta noción aparece como irrisoria.

A. — Le es fácil volver en irrisión uno de los aspectos de la vida colectiva cuya ambivalencia se presta a ciertas críticas. Pero usted no podría negar que el mundo moderno concede un espacio mucho más considerable que antaño a todo lo que es vida colectiva, a lo social.

J. — Eso es verdad. Los pueblos diferenciados y libres de antaño tienden a dejar sitio a masas uniformes y desarmadas; los celos democráticos con sus impuestos expoliadores, sus crisis económicas y sus guerras inhumanas de los cien últimos años han destruido a la *élites* y nivelado a los pueblos.

A. — Cualesquiera que sean las causas, los hechos permanecen y la Iglesia lo debe tener en cuenta en un universo de masas su evangelización debe tener el carácter que conviene. Disciplinas comunitarias, colegialidad, solidaridad social y espiritual nos son dictadas por las circunstancias.

J. — Usted habla de circunstancias, pero, en realidad, todos ustedes obran como sonámbulos fascinados por el «Dios social». En sus sermones, en sus reuniones, en sus retiros y congresos no se trata ya de Cristo, ni de Dio, del Dios espiritual que adoran los cristia-

nos, ni de los deberes del hombre para con El; no piensan más que en formar bloques compactos de humanidad, cantando en coro poco importa qué, hablando juntos, comiendo juntos, salmodiando juntos; ustedes repiten sin cesar lo de la «justicia social», «la ayuda social», «los deberes sociales», «el espíritu comunitario», «la colegialidad», como si Cristo, cuando hablaba a las multitudes, no se dirigiese a las almas, mientras que ustedes, cuando hablan, se dirigen a las masas.

A. — Las multitudes, olvidadas por la Iglesia del siglo XIX, necesitan que se ocupen de ellas; es preciso que comprendan las palabras de la salvación.

J. — Este es un asunto del cual ustedes hablan poco. En sus prédicas o discursos raros son los que, entre sus amigos, hablan de lo fines últimos, jamás pronuncian los términos «cielo» ni «infierno». Para ellos todo eso parece anticuado; la muerte y las enfermedades, el mal moral y el mal físico parecen extraños a su vocabulario. Sólo los problemas sociales les interesan; de éstos hablan indefinidamente, mezclando a veces un vago sentimentalismo a estas teorías, sentimentalismo que se esfuerza en invocar a Cristo sin comprometerse demasiado. No se trata ya de rezar; en sus iglesias ya no se arrodillan ante la hostia ni el crucifijo; todo el mundo está sentado, a veces de pie, pero, sobre todo, sentado, mientras el sacerdote habla, habla, habla y trata a sus fieles como antiguamente se trataba a los niños en el catecismo: «levantaos», «sentaos», «cantad», etc. Se trata para ustedes de formar multitudes maleables que puedan dirigir a su capricho.

Ustedes ya no hacen genuflexiones ante el tabernáculo, eliminado o escondido en un rincón. El mismo crucifijo ocupa poco lugar; el que se transforma en el centro de la iglesia, de la liturgia, de la vida parroquial es el sacerdote (cuyo sillón ocupa el sitio central en el coro), que reclama una sala de conferencias en lugar de la iglesia, que por sí mismo escoge a su antojo las oraciones de la misa, los cantos, los motivos de rezo, de homilía, etc.

Ustedes establecen la dictadura del sacerdote sobre el conjunto plástico de los cristianos.

A. — ¿No es natural que, en la Iglesia, el sacerdote, instruido en las verdades de la religión, desempeñe en ella el papel de educador para los hombres, para las mujeres, que viven en un medio descristianizado? Por lo demás, si usted lo observa con más detenimiento, advertirá que nosotros hacemos leer las oraciones por los laicos y que éstos ocupan en la Iglesia contemporánea más sitio que antaño.

J. — Ustedes apartan de sus templos, en la medida de lo posible, a las gentes instruidas, devotas y místicas, las cuales les molestan; ellas saben demasiado y se preocupan demasiado de Dios, pero ustedes se complacen en utilizar a jóvenes sencillos, humildes e ignorantes para hacerlos figurar en sus ceremonias como asistentes, seguros de que ellos no les molestarán jamás. Y, para atraer más a este género de público, organizan sesiones de tam-tam litúrgico, de bambula negroide. Se atreven a llamar a eso «experiencias de apostolado». Pero cuando se trata del catecismo, honradas mujeres los reemplazan. Confieso que su gran

inquietud pastoral no es de ningún modo formar a las almas, sino consolidar los medios.

A. — Frente a las muchedumbres ateas es necesario formar sólidas congregaciones cristianas, aunque no sea más que para poder afrontar la persecución.

J. — La experiencia prueba que, ante la persecución, resisten y persisten los mejores, los cristianos que ustedes rechazan, los que tienen una fe profunda, personal y mística. Una multitud pasa fácilmente, por completo, de una fe a otra doctrina, siempre que se la sepa enredar, lo que no es muy difícil. Por lo demás, ustedes no preparan a sus seminaristas y jóvenes sacerdotes para una vida de apostolado, sino para una vida de propaganda; no precisan ya una estricta disciplina, ni ascetismo, ni doctrinas teológicas; lo que ellos piden es lo social, de lo que ustedes no cesan de hablarles. Aunque conocen mediocremente el Evangelio y menos aún la Biblia, saben, en cambio, organizar una reunión pública, excitar a una multitud, jugar al fútbol, cantar la *Internacional* y declamar contra las clases privilegiadas. En las huelgas, blanden bandera roja y bandera negra. Ellos saben anegar una sociedad, hacer publicidad e insinuarse en los medios laicos; son numerosos los que toman un oficio para sentirse más firmemente anclados en la vida social de la época. En cuanto a la oración, al breviario, no es preciso pedirles nada. Se apresuran a transformar las parroquias en «comunidades parroquiales» donde todos los curas son igualmente párrocos, todos igualmente vicarios. Una necesidad de prepotencia, de autoridad abusiva distingue al clero de nuestro tiempo, al

menos a los «nuevos curas». Crean en secreto comités a fin de dominar a sus obispos y lo consiguen muy bien.

A. — ¿Va usted a atacar este maravilloso espíritu de comprensión que reina ahora entre obispos y sacerdotes y que desemboca en colaboraciones tan eficaces?

J. — Espantados por la indisciplina de los jóvenes sacerdotes, rodeados por todos esos comités que nacen espontáneamente en todas partes entre el clero, los obispos pierden terreno cuando no son cómplices. Su situación es extraña. En otro tiempo, según el derecho canónico, un obispo dirigía una diócesis, que le había asignado la Santa Sede y, por esto, es de creer que Dios le concedía las gracias de que tenía necesidad. Hoy día, todas las diócesis de un país son dirigidas por una asamblea anónima, «el colegio episcopal», y, en su diócesis, el obispo, dominado, no sirve más que de ejecutante de las órdenes del «colegio», que las aprueba o desaprueba en conciencia, lo que es frecuente, porque estas asambleas, como todas las colectividades, están siempre dominadas por los violentos, los astutos y los que consagran sus cuidados a urdir complots.

A. — No critique la «colegialidad»; es la gran novedad de la Iglesia contemporánea y el Concilio Vaticano II la ha consagrado.

J. — Ciertamente, no. Esto es un error difundido a raíz del Concilio. Ninguna de las actas de Vaticano II menciona la colegialidad, aunque sobre ello se haya discutido muy largamente. Jamás este término ambiguo fue allí definido y si el Padre Santo lo empleó en su discurso del Jueves Santo de 1964, lo hizo para

desear que el Concilio definiese el género de colegialidad que Jesús había dado a los apóstoles. Desde entonces, él no lo ha utilizado más que con esos matices. Por el contrario, ha hablado de la «estructura monárquica y jerárquica de la Iglesia» en su discurso de clausura de la tercera sesión (21 noviembre de 1964). Que hay comunidad de vocación, de preocupación, de servicio entre los obispos y el Papa, eso es sabido de siempre, pero nunca se ha podido decir que los apóstoles hayan profesado ni practicado la colegialidad. Ellos obedecieron a Cristo y Pedro, siendo el centro, quedó como jefe. Ni san Pablo, ni san Juan, ni ninguno de los evangelistas empleó la palabra o mencionó el hecho. Que los sacerdotes y los obispos celebren asambleas, esto se vio y se hizo siempre, pero cuantos actos decidían o firmaban ellos no se convertían en «colegiales» más que en el momento en que el Papa intervenía para sancionarlos. Cristo no ha establecido la Iglesia del Dios social, sino la del Padre y ha dejado a san Pedro, y después a sus sucesores, para dirigir su familia.

A. — Usted emplea mucha violencia para discutir puntos oscuros para los cuales yo me remito al sínodo.

J. — Eso es lógico en usted, pero un sínodo no puede cambiar la forma jerárquica de la Iglesia fundada por Cristo. El esfuerzo hecho para imponer al Papa el control de los obispos, para crear una organización parlamentaria paralela a la Curia y establecer a su cabeza una especie de antipapa recuerda los peores errores del siglo xv. De ello sólo podrá resultar anar-

quía para la Iglesia, impotencia para el Papa e infortunio para la cristiandad.

A. — Sin embargo, este principio triunfa en la «concelebración», antigua institución de la Iglesia y que ha sido repuesta por el Concilio.

J. — La concelebración no cambia en absoluto la jerarquía de la Iglesia. Ella constituye un espectáculo edificante para los fieles, pero no puede dar plena satisfacción al alma de un sacerdote preocupado por la unión íntima y personal con Cristo si ella se reproduce muy a menudo.

A. — En suma, usted no quiere comprender de ningún modo que, para arraigar en un mundo obsesionado por lo social y dominado por sociedades enormes, el clero debe adoptar los métodos que corresponden en cierta forma a las costumbres de la época.

J. — Comprendo muy bien que obsesionados por el poder de las sociedades, por la propaganda marxista (1), en particular la que es hecha en los seminarios, las sacristías y los presbiterios, ustedes se dejen arrastrar a quererlos imitar, reunirlos, cuando no se trata de unirse a ellos.

A. — Escuche: usted, señor, sí que parece obcecado por esta idea de propaganda marxista. Que la haya, lo creo. Pero comprenda que el problema de la cristianización de este pueblo inmenso y fecundo es para nosotros, por fuerza, un problema urgente y que para conseguirlo no debemos negarnos al diálogo.

J. — El diálogo con gentes que siguen una lógica

(1) Véase Pierre de Villemorest. *L'espionnage sovietique en France*, Nouvelles éditions latines, París, 1969, pp. 163-176.

tal que su primera afirmación es la denegación de la espiritualidad no puede ser más que una equivocación. En cuanto a su conversión de los eslavos, debo hacer notar la diferencia que hay con los antiguos misioneros: éstos iban al encuentro de los paganos para convertirlos; ustedes van al encuentro de los marxistas para convertirse. Adoptan sus ideas, sus técnicas, sus manías y muchas veces su jerga. Como ellos, se encarnizan con las «clases favorecidas»; como ellos, halagan bajamente a los «obreros»; como ellos, practican el lavado de cerebro, que ustedes llaman «reactivación cíclica». Ustedes ponen a sus sacerdotes al gusto del día y les limpian de todo pensamiento cristiano, a fin de que sean puramente sociales, socialistas, marxistas. Ustedes no escapan al vértigo que ha empujado a tantas gentes de buena voluntad hacia una doctrina ya superada, anticuada y desmentida por los hechos. Lo que queda de Marx, de hecho, es lo que él había tomado de Hegel: su dialéctica. Adoptando los términos del marxismo se ven obligados a entrar en su disciplina. A cada instante se les oye hablar de «alienación», como si la peor de todas no fuese esa servidumbre que los soviéticos imponen entre ellos.

A. — El mal que hagan entre ellos no nos dispensa de luchar contra el que se hace entre nosotros.

J. — Ciertamente, no. Pero el mal que hacen entre ellos, las persecuciones despiadadas que imponen desde hace medio siglo a nuestros hermanos católicos y cristianos, deberían obligarles a ustedes a quererlos socorrer, a denunciar a un país enemigo de Dios y enemigo de los hombres. Soljenitzin lo ha probado en

El primer círculo del Infierno: la prisión es el núcleo necesario de la sociedad soviética, el gran recurso del gobierno, que no se mantiene más que por procedimientos violentos y policiacos en el interior; en el extranjero con mentiras, espionaje e impostura, como acaba de demostrarlo Kuznetsov. Ningún régimen ha recurrido a tales hecatombes para establecerse, mantenerse y extenderse; ningún régimen ha perseguido más despiadadamente a los pueblos sometidos a su yugo; ningún régimen ha practicado el odio hacia Dios con tanta impiedad, audacia, continuidad y crueldad. Es verdaderamente monstruoso ver a sacerdotes, que se llaman cristianos, atreverse a ensalzar este infierno de los vivos, este jardín de las torturas.

A. — ¿Se puede insultar a aquellos a quienes se quiere atraer a una visión más justa, más religiosa de la vida?

J. — Se puede convertir a las almas. Pero aquí ya no se trata de conversiones. *Témoignage chrétien*, su equipo y el P. Cardonnel claman a grandes voces, chillan por dondequiera que se pueden introducir, desde París hasta la isla de Reunión, que sólo la revolución renovará al mundo y que Marx completa afortunadamente a Cristo corrigiéndole. El buen P. Cardonnel añade que una vasta matanza de sacerdotes mejoraría la situación del cristianismo. Todo eso no es ya del terreno de la religión, ni de la razón, sino del delirio social.

A. — En toda causa puede haber exaltados. ¿No los hay entre ustedes también?

J. — Cuando se defiende la fe no se puede hablar

de exaltación. San Pablo lo ha dicho: es preciso predicar a tiempo, a destiempo, sin descuidarse y sin medir sus dificultades. Lo que más sorprende en sus «católicos marxistas», o más bien «marxistas católicos», es la obstinación que ellos ponen en aferrarse al catolicismo. ¡Como si se atuviesen a él! Aun cuando por sus palabras, sus pensamientos y sus actos trabajan para arruinar a la Iglesia, aun cuando desobedecen a los papas, que no han cesado de condenar desde 1917 marxismo y comunismo, ellos no dejan de llamarse cristianos y católicos.

A. — Vea una oculta necesidad de fe y, al menos, respete eso en ellos.

J. — En modo alguno; yo veo en eso un método: siempre el del ermitaño. Sus amos les han encargado que pudran el catolicismo interiormente y que se agarren a él para arrastrarlo al abismo del error, de la objeción. Y hacen su trabajo concienzudamente, porque en esto, al menos, son concienzudos. Son malos cristianos y buenos destructores del cristianismo.

A. — ¿Cómo se atreve usted a negar su sinceridad? Muchos son gente de valía.

J. — Yo lo creería si no fuesen marxistas. Todo ha refutado al marxismo. La Historia ha probado que los marxistas no podían organizar una economía viable después de haber abolido la propiedad privada; la Historia prueba que han destruido la vida intelectual así como la espiritualidad de un gran pueblo. En fin, la revolución prueba que incluso la fascinación de su doctrina no influye ya sobre las masas humanas ni sobre las *élites*. La Rusia soviética se mantiene gra-

cias a la inmensa riqueza del país y gracias a la férrea disciplina que ejerce una oligarquía de déspotas sobre un pueblo todavía esclavizado, pero su influencia no se ejerce más que sobre masas ciegas o histéricas. La Revolución Francesa llevó hasta el absurdo la filosofía racionalista del siglo XVIII y ésta le sirvió de pretexto para enviar a la muerte a algunas decenas de millares de franceses; la revolución rusa abusa de las doctrinas de Hegel, deformadas por Marx, para asesinar a millones de hombres; la revolución china prefiere el frenesí. Ella conduciría a una anarquía delirante dominada por Mao. Es ésta la que fascina a una juventud trastornada por la aceleración absurda de los «progresos materiales» o, más bien, de las condiciones de vida.

A. — Noto que usted rechaza todo lo de los tiempos contemporáneos. ¿Se puede vivir así?

J. — El hombre debe ser dueño de su destino. No debe convertirse en esclavo de las máquinas que ha creado, ni de esa máquina que él ha construido en su cerebro y que se llama «la ciencia».

A. — Entonces usted ataca ahora a la ciencia.

J. — No ahora, sino mañana si usted quiere, señor abate.

En esto, nos despedimos en bastante buena armonía, aunque él se fue del color de la grana, sin duda por haber oído criticar demasiado a sus amigos rojos.

CAPITULO III

EL MITO CIENTIFICO

«En este momento, Cristo se estremeció de gozo bajo la acción del Espíritu Santo y dijo: "Yo te bendigo, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra por haber ocultado eso a los sabios y a los hábiles y haberlo revelado a los más humildes".»

San Lucas, x, 21.

Al día siguiente, el buen abate se me presentó con una franqueza bastante resuelta y una bondadosa sonrisa.

«He admirado mucho, muy señor mío y querido interlocutor, la profundidad de su fe, el vigor de su sentido apostólico, la lozanía de su elocuencia así como sus inquietudes de lógica. Pero, a medida que usted hablaba y yo escuchaba, me parecía cada vez más oír una voz venida del siglo XVII, el eco lejano de un sermón de Bossuet o de Bourdaloue. Ya ve usted que le trato bien, pero en lo que concierne a cuanto pueda convenir a nuestro tiempo, a cuento se aplique a los problemas contemporáneos, su impotencia para comprender lo que es el espíritu científico, su desconoci-

miento de las necesidades de la inteligencia moderna, hacen muy difícil una discusión coherente con usted. Pertenece usted a ese grupo de fieles cristianos que, a través de una época pagana, han conservado la fe, prolongando la Iglesia, mas que, desgraciadamente, no pueden ya hoy día servir para relanzarla y difundirla en el mundo. Se lo digo con toda franqueza.»

J. — Soy muy sensible a sus bondades, señor abate, para no darle las gracias. Pero, en suma, ¿qué me reprocha usted?

A. — Parece ignorar completamente las exigencias del método científico y no comprender en absoluto que para devolver a nuestra religión, a nuestras creencias, el lugar central que deben tener en la sociedad, se hace necesario pensar detenidamente en este contexto para expresarlas en ese lenguaje.

J. — Temo, por mi parte, señor abate, que usted tome el mito científico por ciencia y la ciencia-ficción por cultura científica contemporánea. Seamos exactos. ¿Acepta usted esta definición de la ciencia?: «Conjunto de conocimientos de un valor universal, caracterizados por un objeto y un método determinados y fundados sobre relaciones objetivas verificables.» La he tomado de un diccionario moderno, el «Robert», para servirle a usted.

A. — Estoy dispuesto a creerla válida.

J. — Muy bien. En este caso, ¿reconoce, sin duda, que el campo de las «ciencias» así definidas es bastante limitado? Todo lo que no pueda ser comprobado de manera precisa y exacta escapa a ella.

A. — Esto es ir acaso un poco lejos.

J. — El espíritu científico es un espíritu de precisión. ¿Es así o no?

A. — Sea, pues; partamos de esta definición.

J. — Si es así, debemos, ante todo, eliminar de la ciencia a uno de sus héroes: Teilhard de Chardin.

A. — ¡Qué error! Teilhard fue un gran sabio; él descubrió al *homo sinicus*, fue admirado por los sabio de ambos mundos y sus libros se desenvuelven con una amplitud sublime en el plano de la ciencia, de la filosofía y de la teología.

J. — El *homo sinicus* parece desaparecido para siempre. ¿Sabemos si no encontró al hombre de Piltdown? Yo añadiría que la paleontología, contrariamente al caso de la geología, no debería ser tomada por una ciencia exacta, sino por una serie de conocimientos hipotéticos, cuyos vínculos y síntesis están aún en gestación. Ningún experimento, ninguna comprobación es posible en paleontología. Ella no responde a nuestra definición.

A. — Admite, al menos, que Teilhard es un gran pensador científico.

J. — «Pensador», si usted lo quiere. Yo le cedo esta palabra tan fea como tonta. Pero científico, ciertamente no. Su gran preocupación fue insertar la evolución en la fe católica y presentar una síntesis en la que las teorías aceptadas por la mayoría de los paleontólogos y los sabios pareciesen fundirse en la visión bíblica. Pero todo eso no era más que un escamoteo, un compromiso incoherente que no podían admitir ni los verdaderos creyentes ni los hombres de ciencia dignos de este nombre.

A. — Usted maltrata entonces bajamente a uno de los espíritus más sublimes, a una de las almas más fervientes y celosas que haya conocido la Orden de los jesuitas. Teilhard fue un gran apóstol que intentó tender un puente entre la teología y las ciencias. Su obra facilitó la aceptación del catolicismo por innumerables contemporáneos y preparó esta reconciliación, de la cual usted habla, y que podría ser tan fecunda para la Iglesia.

J. — Teilhard fue un buen cristiano al principio de su vida, pero el hombre que escribía esto (poco más o menos): «Si yo hubiese perdido toda fe en Dios, me quedaría la fe en el cosmos», este hombre reconocía llegar, finalmente, a una especie de paganismo más o menos teñido de cristianismo, pero cuyo fondo era una apología del universo y una profesión de fe en él. Si él facilita la aceptación del catolicismo por algunos, hay en esto un *quid pro quo* molesto, porque Teilhard no les prepara ni a concebir la creación divina, ni a reverenciar el pecado original, la redención y los fines últimos: infierno o cielo. ¿Qué queda entonces del cristianismo?

A. — ¿Qué hace usted del amor al prójimo? Parece que lo olvida de un modo singular.

J. — El amor al prójimo es nuestro segundo mandamiento; el primero es el amor a Dios. Y el que no ama a Dios ante todo y por encima de todo no puede practicar el segundo mandamiento como un cristiano. No puede amar a su prójimo en su alma y con vistas a su salvación eterna, que es lo esencial de la caridad cristiana.

A. — Esas triquiñuelas no impiden que la interpretación teilhardiana de la evolución le coloque en la primera fila de los sabios internacionales.

J. — La evolución no es un «hecho científico»; es una hipótesis de la que numerosos sabios se sirven como de un postulado, como un punto de partida para sus razonamientos. Para ellos, en resumidas cuentas, reemplaza cómodamente a Dios. El más honrado, y uno de los más serios, M. Jean Rostand, no ha vacilado en publicar que, si bien consideraba la evolución como una hipótesis indispensable, declaraba que ésta no estaba probada, ni era probable. Para un sabio creador, fecundo, seguro de su método, como Pasteur, como Termier, como Maurice de Broglie, la ciencia no impide en lo más mínimo la adhesión a la fe católica tradicional, porque la ciencia se ha situado en el mundo de la materia, mientras que la fe está establecida sobre la espiritualidad. Lo que se llama «ciencias humanas» no son más que aventuras ora gloriosas, ora penosas, pero siempre al margen de la ciencia verdadera. Se revelan hoy día como una logomaquia, en la que se deleitan ignorantes y astutos, pero en la que el observador crítico ve cohetes lanzados a menudo al azar en el oscuro cielo. Michel Foucault lo reconoce en la página 359 de su obra *Las palabras y las cosas*. Habla en ella de las ciencias humanas, de «su condición precaria, su incertidumbre como ciencia, su peligrosa familiaridad con la filosofía, su apoyo mal definido sobre otros dominios del saber, su carácter siempre secundario o derivado...»

A. — Sin duda, pero, puesto que habla de Michel

Foucault, debe usted reconocer al menos que sus demostraciones sobre la crisis del lenguaje contemporáneo van lejos y obligan a revisiones dolorosas de todos nuestros propósitos.

J. — Michel Foucault no está falto ni de flexibilidad, ni de ingeniosidad, ni de fuerza en sus definiciones, pero parte de informaciones inexactas o mal comprendidas. Parece ignorar que la obra de Mallarmé es el reconocimiento de un fracaso, el de un hombre que no puede crear una literatura pura y liberar la palabra de su contenido, de su representación. Afirma (p. 313): «La palabra es de reciente época como es reciente también, en nuestra cultura, el aislamiento de un lenguaje singular cuya modalidad propia es ser literario.» Nada hay más dudoso: Píndaro, Homero y sin duda también los autores del poema de Gilgamesh, el más antiguo que conocemos, usaban un lenguaje literario, especializado, autónomo. M. Foucault parece desconocer e interpretar mal el pensamiento griego. Su libro, penosamente escrito, puede pasar por un maravilloso juego de espíritu, posmarxista, pero de ningún modo como una demostración.

A. — Usted pretende que nuestro lenguaje es tan vivo como antiguamente y que guarda los mismos significados. ¿Sería capaz de decir eso?

J. — Las palabras guardan su valor y su significado en la medida en que representan permanencia en su integridad; la palabra «muerte», la palabra «nacimiento», la palabra «enfermedad» significan en la actualidad exactamente lo que ellas significaban en los siglos XVIII, XVI y XIV. Lo mismo ocurre con la

palabra «Dios», que sus amigos proscriben. Allí donde rezo, meditación, comunión frecuente y ferviente se mantienen, la palabra «Dios» conserva el sentido que Cristo le dio; allí donde la práctica religiosa se limita a ceremonias verbosas, confusas, con comuniones atropelladas y sermones totalmente orientados hacia la solidaridad con el prójimo y la vida comunitaria, aun cuando el nombre de Cristo sea ahí a veces pronunciado, ¿cómo los «fieles» comprenderán y percibirán la trascendencia del término «Dios»? El problema del lenguaje no existe nada más que para aquellos cuya vida es «hueca» o social; ahí donde se mantiene la vida interior, ahí donde se afirma la vida espiritual, las palabras utilizadas conservan su sentido, su trascendencia, su realidad. El libro de Michel Foucault no podría aplicarse más que a la Rusia posmarxista, a la China maoísta y a los que ceden a su vértigo.

A. — Usted demuestra una irrazonable severidad hacia uno de los grandes sabios de los tiempos presentes.

J. — Michel Foucault no es un sabio, ni un prudente, sino un fabulador maoísta. Su pensamiento se mueve en las imágenes antes bien que en la lógica; su lenguaje no logra jamás llegar a la realidad, ni, con mayor motivo, contenerla. Emplea las palabras feas, vagas, mal construidas, abstractas, pero nunca definidas, que emparentan su andadura con la de Teilhard; sus «pasigrafías», sus «finitudes», sus «epistemas», sus «positividades», todos estos horribles sustantivos, que acumula un pensamiento titubeante entre los mitos y la nadería, no podrían persuadir más que a los espí-

ritus que ignoran la lógica o que están dominados por los mitos posmarxistas.

A. — Yo admiro que un hombre sin cultura especial, sin título ni autoridad particular, ose demoler así, en algunas frases, a uno de los autores más reconocidos y admirados del tiempo presente. Eso me parece paradójico.

J. — ¿Ha leído usted el cuento de los *Hábitos nuevos del Gran Duque*? ¿Sabe que Georges Ohnet estaba considerado como un gran escritor, reconocido por todos en el siglo XIX? ¿Sabe que Paracelso, Van Helmont y sus compadres pasaban también por grandes «filósofos» en su tiempo? Todas estas reputaciones de pandillas o de clases no tienen más duración que una edición de periódico, más solidez que un ministerio de la tercera República. A veces, sin embargo, estas falsas reputaciones se prolongan durante más tiempo; la escuela crítica alemana, que seducía a Renan y a tantos grandes espíritus del último siglo, se halla en este caso. Aunque los hechos hayan condenado su técnica, probado la falsedad de sus conclusiones y refutado sus máximas, algunos de sus amigos se complacen aún en recurrir a ella.

A. — Comprendo mal su nuevo ataque. ¿A qué se refiere usted ahora?

J. — A esa escuela tan pretenciosa como pedantesca que floreció más allá del Rin y que ejerció sus estragos en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera decena del siglo XX, la escuela que se dedicaba a estudiar, disecar y demoler los textos antiguos por la «crítica interna». Hacia 1910, afir-

maba aún que los textos bíblicos, griegos, latinos, en el transcurso de las edades, habían sido alterados, hinchados, transformados; veía en la *Ilíada* una obra compuesta, resultado de un trabajo popular; criticaba, igualmente, la Biblia y pretendía hallar en ella interpolaciones, errores y adiciones. ¿Qué queda de todo eso, que todavía me enseñaron en la Sorbona en mi juventud? Los descubrimientos de Schliemann y de Evans han probado que la civilización descrita por Homero existió como él la pintó, que había entonces poetas-cantores (aedos) y que uno de ellos pudo muy bien componer un poema en veinticuatro cantos, puesto que el de Gilgamesh, de mil o mil quinientos años más antiguo, tenía treinta y seis. También los descubrimientos de Qûm-Ran han demostrado que el texto de la Biblia no cambió desde el tiempo de Cristo. Ciertamente, existen, acá y acullá, en un texto antiguo, interpolaciones y adiciones breves, fáciles de reconocer y que no requieren el método sutil, exigente y abusivo de la escuela.

A. — Creo que veo a dónde quiere ir a parar.

J. — Quiero ir a parar a los ataques de sus amigos contra el Evangelio de san Lucas, al cual se agarran porque da una idea más concreta, más conmovedora del nacimiento de Cristo, sin que haya ninguna razón para poner en duda su autenticidad. Quiero ir a parar a esas bajas propagandas que se extienden por la Suiza germánica y por Alemania, donde un clero sin escrúpulos tiene la audacia de denunciar a la Iglesia tradicional por haber engañado y adormecido al pueblo con fábulas. Hay en esto un procedimiento infame

para arruinar la fe, sin que se consiga reemplazarla con nada sólido.

A. — Hay rabiosos en todas las causas.

J. — Quiero referirme, sobre todo, a Hans Küng y a su discípulo Manaranche, que se atreven a imprimir, decir y repetir que «Nuestro Señor ha conocido los límites de una psicología humana». Las citas de esos autores se remiten a los textos de los sinópticos, donde se han confundido la toma de Jerusalén y el fin del mundo. Se encuentra ahí no un «error» de Jesús, sino una falta de comprensión de sus oyentes; como ellos no se resignaron nunca, aun después de su resurrección, a eliminar la esperanza de un reinado actual sobre Israel y sobre las naciones, no comprendieron entonces la doble enseñanza de Cristo y su error parece tanto más natural cuanto que, en la caída de Jerusalén y en el horror que la rodeó, nuestro Salvador indicaba un símbolo del fin del mundo, su anuncio y sus primicias. El mismo error venial se halla, a veces, entre los evangelistas cuando cuentan dos parábolas bastante aproximadas la una a la otra: en particular la del rey que parte de viaje y deja a tres servidores partes de su fortuna para que la administren y la del rey que (también él ha salido de viaje) envía a los servidores a reclamar lo que le deben y en la que se mata a los enviados y luego a los hijos. Los evangelistas no nos han ocultado nada esencial de lo que ellos sabían ni han alterado ninguna enseñanza de su maestro; pero no comprendieron todo lo que les decía y, en los detalles, cometieron errores. En vida, El les reprochó su falta de inteligencia. Sin embargo,

imaginar que Cristo haya podido ser un hombre limitado, un hombre común, El que vivía en unión constante con el Padre, El que conocía el pensamiento de sus interlocutores, El que predecía el porvenir, El que resucitaba a los muertos y curaba a los paralíticos, El que cuenta a la Samaritana toda su vida y saca del sepulcro a Lázaro, eso es a la vez blasfemia, tontería y ceguera.

A. — Cuanto más hablo con usted más me admira su intolerancia.

J. — Si Hans Küng se reconociese protestante, marxista o ateo yo podría respetar su juicio, aun criticando su doctrina. Pero ante un sacerdote, un teólogo, que pretende ser católico y que rebaja a Dios, sólo puedo demostrar intolerancia.

A. — Ya basta. No quiero oír hablar más contra un amigo mío.

El abate se escabulló fuera, no sin dirigirme un breve «Hasta mañana», el cual me demostró que, si yo le ofendía, él tenía la misión de hacerme desembuchar todo.

CAPITULO IV

EL MITO DEL SEXO

«Habéis aprendido que ha sido dicho: "No cometerás adulterio".
»Pues bien, yo os digo: Cualquiera que mire a una mujer para desearla ha cometido ya en su corazón adulterio con ella. Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecado, arráncatelo y arrójalo lejos de ti; es mejor perder uno de los miembros que ver todo tu cuerpo ir a la gehenna.»

San Mateo, v, 27-29.

Al día siguiente, el abate volvió con un aire de gravedad afectada, aunque siempre benévolo.

«¡Ah, señor! —me dijo—. Su gran amor por la ciencia va tan lejos que, a fuerza de sublimarla, no deja nada de ella.»

J. — He quedado en esa definición que aceptamos usted y yo y que deja un muy vasto espacio tanto para las ciencias como para la ciencia: todo lo que permite estudiar con exactitud, y con posibilidades de verificación rigurosa, el mundo material y obrar sobre él, todo eso es del dominio de la ciencia, con todas las

industrias que de ella dependen, desde la imprenta hasta la bomba atómica. Más de dos tercios de los vivos trabajan hoy día en desarrollar la ciencia, en aplicarla o en vender sus productos.

A. — Si entiendo bien, usted admira entonces la ciencia y la considera beneficiosa, desde la bomba atómica hasta la imprenta.

J. — ¿Cómo no admirar el extraordinario poder del espíritu humano, su fecundidad, sus recursos aparentemente infinitos? En cuanto a aprobarlo, disto mucho de hacerlo ciegamente. La ciencia orienta el espíritu hacia la materia.

A. — ¿Ejerce también su censura en este campo?

J. — La ciencia, como todo ejercicio de la mente humana, me parece beneficiosa. En cuanto a sus aplicaciones, su valor depende de los deseos, inquietudes y pasiones que han animado a sus creadores. Es horrible, es monstruoso pensar que la ciencia ayuda al hombre a exterminar a los hombres por millones, indistintamente, con un solo ademán de la mano.

A. — Creo que somos todos de esta opinión. Pero, por lo demás, pienso que usted reconocerá lo beneficioso de una ciencia que permite a los hombres vivir en un estado más digno, más agradable, conocer más comodidad y disponer más libremente de innumerables recursos que Dios puso sobre la tierra a fin de que el hombre los descubriese y explotase.

J. — Para un discípulo de Cristo el problema no es tan simple. Nuestro Señor vino al mundo para predicar la penitencia, nos dio el ejemplo al principio de su vida pública. Tanto a los pobres como a los ricos

les enseñó el desprecio por las riquezas, el lujo y las voluptuosidades.

A. — Sin duda, pero para las masas del Occidente no hay más cuestión que el bienestar.

J. — Todos los países, salvo en los que reina la barbarie comunista, dan a las multitudes una serie de útiles que hubiesen parecido mágicos hace doscientos años y ofrecen a los humildes objetos que no contribuyen a satisfacer sus necesidades ni a endulzar su vida, sino que constituyen de hecho un alto grado de lujo: automóvil, radio, televisión, teléfono, cine, están desde ahora al alcance de los más sencillos obreros y de casi todas las gentes del campo. Todo eso que, en realidad, es superfluo y que no les impide envidiar a las personas más ricas y llamarse proletarios.

A. — ¿Y usted envidia de los pobres esas mezquinas satisfacciones artísticas, ese ensanchamiento de su vida?

J. — La clase que posee esas «satisfacciones artísticas» amaba antaño cantar, tocar algunos instrumentos simples y lo hacía con gusto. Ahora, permanecen sentados en una silla y, con ambas manos sobre los muslos, miran u oyen, inertes, pasivos e incapaces de analizar los placeres que gustan. Aguardan el periódico del día siguiente (si no han consultado el de la víspera) para saber lo que deben pensar del placer que ellos acaban de gustar (o de no gustar). En estas condiciones, no se podría negar la importancia del progreso material; en cuanto a saber si hay en ello «progreso humano», yo soy escéptico. Los industriales y hombres de ciencia han aumentado su poder, su pres-

tigio y su riqueza, pero sus pacientes tienden cada vez más a convertirse en un rebaño pasivo, maleable, ciego y falible.

Las civilizaciones rurales, aun negando al hombre muchas facilidades físicas, daban a su personalidad, a su inteligencia, a su experiencia, un desarrollo mucho más grande.

A. — ¿Por qué no esperar, creer que eso vendrá más tarde?

J. — Porque todos los signos, todos los síntomas niegan esta posibilidad. Se comprueba, asimismo, en todas las regiones en que este amplio y brillante bienestar se ha instalado, un descenso de la vida espiritual, una disminución de las devociones, un crecimiento de la sensualidad, de los vicios y la desaparición gradual de las vocaciones religiosas. Cristo nos había prevenido y no le hemos escuchado; nosotros recibimos el castigo con que El nos había amenazado. La incapacidad de ciertos curas modernos, de algunos obispos o cardenales, en comprender la vocación y el papel de la Virgen en el plano divino no tiene otro origen que esa materialización de nuestro espíritu y esa costumbre de ver todo bajo el ángulo carnal.

Sólo un alma pura en un cuerpo adecuado puede devolver a la Virgen el culto que le es debido. Sólo un espíritu sobre el cual no pesen las cargas científicas y la inquietud de la materia puede concebir la nobleza y la importancia de su papel en el orden divino. También se comprende que los obispos del último concilio, obsesionados por las chismorrerías de los periodistas, de la propaganda democrática y marxista, por los pro-

blemas materiales que ellos pretendían resolver (y que no han resuelto), se hayan negado a interesarse por la Virgen, de tal modo que el Papa debió, por propia iniciativa, proclamar la categoría sublime de María como «Madre de la Iglesia», con la sorpresa de los miembros del Concilio, obstinados en lo social, el progreso y sus ambiciones.

A. — Decididamente usted siente rencor contra el Concilio.

J. — No se trata del Concilio, sino de sus miembros. Y la obsesión materialista se sentía pesar incluso en este lugar consagrado, incluso en esa piadosa asamblea. Los renanos no soñaban todos sino en hacer la religión benigna y fácil, en acrecentar su papel y en dislocar la liturgia tradicional. Hasta pretendían cambiar el carácter del matrimonio cristiano y más de uno de ellos, al menos entre los del bloque renano, se esforzaban en iniciar una discusión sobre el matrimonio de los sacerdotes. Uno de ellos fue el jesuita Karl Rahner, quien preparó el «caballo de Troya», la idea de un diaconado teniendo puesto y funciones permanentes (febrero de 1963). En consecuencia, sus amigos volvieron a la carga con obstinación, como se ha visto. ¿Lo hubiesen conseguido de no ser por la firmeza de Pablo VI? El Papa se manifestó, en efecto, decidido a mantener el celibato de los sacerdotes en la Iglesia latina; pensaba que, lejos de renunciar a él, era preciso reforzarlo, porque «gracias a él, los sacerdotes podían consagrar todo su amor sólo a Cristo y dedicarse total y generosamente al servicio de la Iglesia y al cuidado de las almas».

A. — Nadie lo ignora, pero ¿por qué atacar siempre a los obispos renanos?

J. — La preocupación por la verdad me obliga a ello. Se puede decir que, desde hace años, «la suciedad viene de Holanda». ¿Quién, si no, antes del Concilio, han difundido el rumor de que se autorizaría el matrimonio de los sacerdotes? ¿Quién, si no, ha puesto incesantemente esta cuestión sobre el tapete, a pesar de la desaprobación, el descontento y luego la indignación del Padre Santo? Su Suénens, que sirve de peón a sus teólogos renanos.

A. — Grite, grite tanto como quiera, pero reconozca que diez mil sacerdotes italianos, aproximadamente, se han casado, con permiso de sus superiores o sin él; seamos discretos sobre la cifra de Francia, de Bélgica o de Holanda, pero usted ha debido oír hablar del miembro de la Curia que ha conseguido obtener el permiso de matrimonio, aun guardando, se me ha afirmado, su retiro. ¿Todo eso no le revela que es éste hoy día un problema que sus ancianos caballeros no quieren ver, pero que los jóvenes deben mirar de frente para asegurar el porvenir de la Iglesia?

J. — He vivido en América, en Inglaterra, en Grecia; he visto a pastores casados y puedo decirle que la presencia de su mujer quita al pastor todo recogimiento, todo prestigio y toda influencia espiritual; en cuanto al cura griego, o de cualquier otra región de rito griego, posee poco crédito entre la población; todo respeto va dirigido hacia los obispos y monjes célibes. La experiencia prueba que, para el servicio de Cristo, el celibato es el estado normal. ¿No lo ha indicado Él

mismo a sus discípulos diciéndoles: «Hay... eunucos que han nacido así del seno de su madre, los hay que lo son por la acción de los hombres y hay eunucos que se han vuelto tales con vistas al reino de los cielos. Quien quiera que comprenda» (Mateo, IX, 12). A todos sus discípulos les hizo abandonar esposa e hijos para el servicio de Dios. Tal es el modelo; aquellos que lo rechacen se delatan por sí mismos.

A. — A otros tiempos, otras costumbres. Un hombre que no ha conocido la carne no es un ser completo, maduro y capaz de inspirar confianza a todos en nuestro mundo contemporáneo, en nuestro mundo adulto y exigente.

J. — De hecho, el hombre puro, el hombre que reserva su fuerza, su fe, sus favores para Dios, inspira mayor confianza y resuelve mejor los problemas de aquellos que quieren elevarse por encima de la carne. En cuanto a los demás, se desenvuelven totalmente solos, sin buscar a Dios.

A. — Usted no comprende el papel de la carne en el mundo contemporáneo. El hombre dispuesto a emanciparse de las servidumbres pasadas, trabajo, enfermedad, vejez, tiende a aprovecharse enteramente de su cuerpo. ¿Por qué rechazarle si él acepta, al mismo tiempo, el honor de ser cristiano?

J. — El hombre que está entregado a la carne no es ya capaz de ser cristiano, a menos de renunciar a ella, como Cristo le dijo a la Samaratiana. Por lo que se refiere a la ola de suciedad en la que vivimos, suciedades en los periódicos, en las ilustraciones, en los cines, en la publicidad, en nuestros teatros, suciedades

ostentadas, expuestas como se hizo en Copenhague, suciedades aclamadas por los jóvenes, por los proxenetas y hasta por algunos que se atreven aún a llamarse sacerdotes, todo eso marca la confluencia de una propaganda marxista, deseosa de hundir al cristianismo debilitando al Occidente, y la podredumbre interna que este Occidente cultiva desde el Renacimiento. Esta sirve de utensilio a los que quieren quitar el sentido sagrado a la Iglesia y hacer que los fieles sean incapaces de comprender, de percibir el sentido espiritual de la vida. Por desgracia, demasiados clérigos, algunos de los cuales siguen siendo buenos sacerdotes, se muestran débiles ante esta ofensiva.

A. — Pienso que usted aplaude la encíclica de Pablo VI prohibiendo el uso de píldoras anticonceptivas.

J. — El Papa, que tiene una gran preocupación por la moralidad, no podía pensar, no podía actuar de otro modo. Tuvo, sin embargo, un auténtico valor al redactarla, publicarla e imponerla, porque no ignoraba la oposición que sus amigos ofrecerían, pero hubo de experimentar la manera poco cortés con que los obispos franceses le esquivaron y, sobre todo, la rebelión del obispo Shannon en América, que dimitió el 23 de noviembre porque no aprobaba la encíclica *Humanae Vitae*. La misma pandilla organizó en torno a este tránsfuga una especie de triunfo, se vio a monjas distribuir brazaletes «Shannon», hacer firmar peticiones, llenar las calles con sus aclamaciones y las de sus compañeros. En Holanda, en Bélgica, la oposición fue abierta; de los Estados Unidos, de la O.N.U., partieron otras censuras, porque esta asociación quiere li-

mitar el número de hombres gracias a la píldora que los adolescentes de uno y otro sexo compran a montones en California. Una asociación mundial patrocina esto y, en su Congreso de octubre de 1966, el profesor Lindsay reclamó la ayuda de todos los gobiernos, de todas las religiones y de la Cruz Roja de todas partes para instalar en la tierra un amplio sistema de anticoncepción.

A. — ¿Todo eso no le hace percibir la voz de las multitudes, la necesidad del progreso humano?

J. — Todo eso me hace ver la fuerza de la propaganda anticristiana y el trabajo siempre eficaz de Satanás, mostrando a mozas obscenas o sádicas o sucias a las religiosas, a los seminaristas, a los sacerdotes, organizando «semanas de los jóvenes», como las que anunciaron, en un rincón apacible de Suiza, un grupo de «responsables» (siempre la terminologa marxista). «¿Qué será esta semana? Todas las tardes, desde el lunes 29 de septiembre, muchachos y muchachas, en unión de los hermanos Jean-Marie y Christian, capuchinos, vamos a interrogarnos sobre todos los problemas que la sexualidad plantea a los jóvenes en el mundo de hoy. Habrá allí encuentros y exposiciones... Proyectaremos un montaje audio-visual, que nos ayudará a ver claro. La guitarra de... una orquesta improvisada, canciones y, para terminar, una misa, *no como las demás*, el 5 de octubre...» Es un trabajo hecho con esmero; se va hasta a los pueblos, se utiliza a religiosos para ayudar a mancillar a chicos y chicas... Se trabaja también activamente en la ciudad episcopal. He aquí la pregunta planteada en el curso de un

examen a las niñas de doce años por su catequista, que es, además, el director del seminario: «¿Qué pensar de la opinión de que no es Dios quien ha creado los órganos sexuales?» Al marqués de Sade le hubiese gustado participar en este examen de catecismo. No se puede ignorar que una inmensa red de propaganda sexual abarca el Occidente y se consagra, sobre todo, a los adolescentes. Para la generación más vieja, se ha visto a su buen abad Oraison predicando aquí, allá, de un club de estudiantes a un círculo católico, el buen uso del «matrimonio de ensayo», a fin de llegar a uniones «verdaderamente cristianas»; difunde sus detallados consejos en todos los oídos que se prestan a ello. Se le creería llegado de Holanda. Para los mayores, se ofrece el teatro de completo desnudismo, importado directamente de Nueva York o los cines obscenos en los que se multiplican las escenas de ayuntamientos, partos, nacimientos públicos y toda esa variada gama. Un seudocomité que se consideraba católico consiguió lanzar brillantemente uno de los más sucios y necios de estos filmes —«Teorema»—, al mismo tiempo que se proyectaba por todas partes la última blasfemia de Buñuel.

A. — Si se refiere a «La vía láctea» es usted demasiado injusto; este filme, que ha seguido, en verdad, a filmes blasfemos del mismo autor, revela una obsesión por el catolicismo que inspira simpatía.

J. — A través de la blasfemia. No hay una escena de este espectáculo que no convierta en irrisión una palabra o un acto de Cristo. Pero Buñuel, a quien no le falta ni talento ni juicio, había comprobado que sus

películas, de una hostilidad formal y grosera contra su fe, no atraían a los católicos. Quiso hacerlo esta vez mejor. Sin renunciar a la blasfemia, la ha recubierto con una falsa decencia, de manera que todos sus buenos amigos sociales cristianos y algunas gentes honradas, que han sido engañadas, la han recibido bien; esta vez Buñuel ha hecho pagar sus blasfemias a aquellos contra quién él las dirige. No se podría haber imaginado mejor.

A. — Usted ve en todas partes intenciones malsanas y pérfidas. ¿Esta sospecha no es, por su parte, una deformación culpable, una falta de caridad?

J. — Es verdad. El hombre está hecho de barro, sobre el que Dios sopla. Pero parece que a veces Él no sopla bastante fuerte y el hombre sigue siendo barro. Nuestros buenos antepasados del Renacimiento pusieron este barro muy de moda cuando quisieron emancipar al hombre de toda tutela, salvo de la de su inteligencia. Pero la inteligencia gusta también mucho de la porquería. El siglo XVIII lo ha revelado: Voltaire, Diderot, Nercia, Mirabeau, Sade, dan pruebas suficientes. Hoy día, todo eso es estimulado en sordina y financiado eficazmente por los diversos comunismos, que cuentan con ello para arruinar a nuestro Occidente, embrutecerlo, envilecerlo, mancillar a nuestros sacerdotes y seminaristas, de manera que vuelvan a caer todos mezclados en ese barro original en el que Mao estaría encantado de enterrarlos.

A. — De nuevo una suposición completamente gratuita.

J. — Le veo muy ingenuo, señor abate, o muy cie-

go y, si no fuese cortés, le encontraría muy disciplinado. Pero nadie ignora que Moscú impone castidad, respeto a la familia y las costumbres en sus espectáculos, sus filmes, novelas y relatos. La basura es para la exportación. Igualmente, nadie ignora el uso que Mao y sus amigos hacen de la droga para excitar y luego rebajar a nuestros jóvenes.

A. — Poco le falta para hacer el elogio de la moral marxista.

J. — Ciertamente, no. Porque, privados de fe espiritual, ellos no tienen moral, sino sólo artificios. Estos artificios, estos trucos de guerra, reconozco que son eficaces contra un Occidente embrutecido por la preocupación del bienestar, el peso de la rutina cotidiana y las ideologías democráticas. Todo eso reunido ha bastado para embotar a Inglaterra en su ruina, arrastrando lindamente a ella a Francia y a las demás naciones de Occidente. La Iglesia, que debería frenarla, combatirla, ensimismada en sus dificultades, no intenta más que débiles esfuerzos para hacerse oír. El Padre Santo, un abad benedictino, ¿y quién más?, han señalado el peligro. Todo está muy claro: manchar de tal modo a fieles, sacerdotes y obispos que éstos sean incapaces de toda vida espiritual.

En vez de responderme, el buen abate me saludó y nos separamos.

CAPITULO V

EL MITO DEL HUMANISMO

«Uno de los fariseos preguntó a Jesús para confundirle: "Maestro, ¿cuál es el más importante mandamiento de la ley?" Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu pensamiento. He ahí el primer y más impotante mandamiento..."»

Evangelio según san Mateo, XXIII, 35-38.

Aquel día el abate me acogió con gravedad y me dijo a quemarropa:

A. — Usted hace, en todo eso, muy poco caso de la libertad humana, de su dignidad y de los derechos de la persona humana. Aun cuando, desde hace cinco siglos, todas las mejores inteligencias se han aplicado a descubrirlos, definirlos, defenderlos y hacerlos respetar, en el esquema de su espíritu y en su concepto de la vida cristiana no se ve el lugar que les atribuye y, no obstante, ¿se interesa usted por ellos?

J. — No ignoro que Dios ha dado al hombre la libertad espiritual, la elección del bien y del mal y

que el respeto a este derecho debería ser la principal preocupación de los Estados, que de ordinario se preocupan poco de esto. Comenzando por sus amigos marxistas. Sé también que los políticos no cesan de proclamar los «derechos del hombre» y de hacer grandes declamaciones a este respecto, sin prestar a ello, por lo demás, la menor atención, si no es para utilizar estos principios contra sus enemigos. La O.N.U. se preocupa de esto en primera instancia, salvo cuando se trata de hacerlo respetar en la U.R.S.S., en la China maoísta, en el Africa negra; es bueno para fastidiar a Franco, a los coroneles griegos o a cualquier otro gobierno de este género. ¿Por qué quiere que yo tome en serio palabras que se ven en todas las paredes, en todos los monumentos, en todos los periódicos y que nadie toma en serio?

A. — Ningún principio es respetado por todos los hombres, pero la libertad es una de las grandes aspiraciones de la humanidad. No podrá hacer befa de ella sin quedar desterrado de las naciones civilizadas.

J. — Eso no es embarazoso en absoluto para Mao, Breznev, Castro ni los vietcongs.

A. — Usted desvía sin cesar la conversación. En fin, ¿admite que Cristo vino a la tierra para liberar a los hombres?

J. — Sí, si usted admite que vino para liberarlos del paganismo, de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna. Por lo demás, les recomendó mostrarse súbditos dóciles, servidores obedientes, humildes y diligentes. No quiso jamás meterse en discusiones políticas y no se le puede ver bajo ningún aspecto como

un antepasado del liberalismo o del espíritu conservador.

A. — Usted vuelve siempre a sus obsesiones. Pero, en fin, ¿reconoce que el cristianismo dio nacimiento al humanismo?

J. — Ciertamente, no. El humanismo nació durante el Renacimiento como una reacción contra el cristianismo, del mismo modo que el protestantismo nació de otra reacción contra una parte de la doctrina de Cristo. Uno y otro tenían esto en común: que rechazaban la obediencia. Rebelais ponía a la entrada de la abadía de Thélème «Fay ce que voudras»; Calvino, asimismo, enseñaba el «libre examen». Ahora que llegamos al final de este renacimiento, después de cinco siglos, los hombres no consiguen todavía «hacer lo que ellos quieren», aunque para intentarlo realicen mil locuras.

A. — Lo quiera o no, vivimos en una época de humanismo. Según el don que el Señor concedió a los hombres al principio de todo, éstos han creído, prosperado, han conquistado la tierra, la han organizado y la dominan. Esto es un hecho. Es preciso, pues, que la Iglesia, institución humana y espiritual a la vez, sepa tenerlo en cuenta. El *aggiornamento* decidido por el buen papa Juan XXIII, no tenía otro objeto y la mayor parte de las medidas, contra las cuales usted se desata, no tienen otro origen. Reconozco que la adaptación es difícil o más bien delicada, pero yo le aseguro que era necesaria, porque, en fin, hay que enseñar a las gentes en la lengua que ellas entienden, tomarlas tal como son, en la posición que ocupan y no

insultándolas o ignorando sus necesidades. ¿Lo hizo Cristo de otro modo?

J. — Creo que usted quiere conciliar lo inconciliable y lo digo porque no es jamás necesario meterse en un callejón sin salida. Cristo nos ha enseñado el amor, la adoración a Dios Padre, nuestro Creador y Soberano. El Renacimiento proclamó la soberanía del hombre y de su inteligencia, su primacía aquí abajo y su capacidad de organizarlo todo en la tierra para lo mejor. ¿No es así?

A. — Esto corresponde a una realidad demasiado evidente para que sea negada. Pero, ¿no es un salmo el que nos dice: «El Cielo es del Señor, la tierra El la ha dado a los hombres» (salmo 113)?

J. — El ha confiado la tierra a los hombres a condición de que acepten la tutela del Padre y que no se crean capaces de reemplazarle, de suplantarle, de matarle, como dicen estúpidamente algunos de sus teólogos, más capaces de jugar con las palabras y de escamotear las verdades que de afrontar la terrible realidad; el hombre posee la tierra desde hace poco tiempo y para poco tiempo; será juzgado por el uso que de ella haga y, desde aquí abajo, sufrirá por todos los abusos, exageraciones e imprudencias que él cometa. Si multiplica las fábricas no podrá ya respirar aire puro ni beber agua sana; si corta los árboles no estará ya al abrigo de inundaciones y tempestades. Así, desde aquí abajo, las retribuciones terrestres anuncian las del Más Allá, que usted y sus amigos se esfuerzan en olvidar.

A. — El hombre no está loco. ¿No ve usted en

todos los grandes Estados organizaciones de técnicos que vigilan esa manumisión del hombre sobre las cosas a fin de que ella sea siempre benéfica y de ningún modo nociva? Usted juzga nuestra especie más estúpida de lo que es.

J. — Yo la conozco demasiado para fiarme de ella, pero usted, señor abate, con un candor que viene directamente de Jean-Jacques Rousseau, considera que el hombre es bueno de nacimiento, olvidando el pecado original, que parece tan importuno a sus jóvenes camaradas en progresismo.

A. — Reconocerá, señor, que en una época de alta ciencia, en la que los descubrimientos paleontológicos se multiplican, se hace difícil, embarazoso, hablar del «pecado original».

J. — No lo veo así. Esos descubrimientos paleontológicos siguen siendo del dominio de la hipótesis y completamente al margen de la verdadera ciencia, la cual no ha conseguido hallar una buena razón que explique la tontería, la imprudencia y la locura humana.

A. — ¡Pero sí el fruto!

J. — Algunos hombres mueren a causa de una seta venenosa, algunas especies se embrutecen, otras mejoran según el alimento que toman. Que esa frase de las Escrituras es un resumen, o una fórmula misteriosa, me parece la única respuesta razonable a lo que nosotros vemos y, cuando pienso que a él debemos la venida de Cristo, yo repito *felix culpa.* En cuanto a sus amigos, ellos añaden al error de Jean-Jacques otro error más absurdo aún cuando se figuran mejorar al

hombre —y la religión— por procedimientos sociales.

A. — No veo qué puede tener eso de absurdo. ¿No sabe usted cuántos, por su vida social prudentemente arreglada, han mejorado, en los Estados Unidos, la suerte, la persona y la vida intelectual de pobres gentes que llegaron allí huyendo de Europa? Comprobando la forma en que han transformado a esas desgraciadas criaturas, abandonadas y despreciadas, que se refugiaban entre ellos, para hacerlas ciudadanos firmes, seguros de sí mismos y de su país, conscientes de sus derechos y capaces de participar en las elecciones, ¿no se siente la tentación de repetir con algunos: «El hombre se ha vuelto capaz de crear al hombre»?

J. — Su máxima marxista y rusa me hace pensar en la U.R.S.S. y yo le digo: admire lo que ellos han hecho de millones de hombres infortunados que pretendieron emanciparse en 1917 y que han sido sometidos a la dictadura más embrutecedora, más vil, la de una policía implacable que mantiene un gobierno cuyo gran recurso es la prisión. Lea los libros de Soljenitzin y lo verá: en el paraíso moscovita todo conduce a la prisión. ¿Por qué sorprenderse? La primera de las grandes revoluciones democráticas, la de Francia, pretendió expulsar a Dios de la vida pública. Tal era el programa de la francmasonería de la época y fue realizado. La segunda revolución, la de los marxistas eslavos, consiguió suprimir a Dios de entre los hombres, es decir, negar su alma, su libertad espiritual, intelectual y práctica. La tercera revolución, la de Mao, quiere suprimir toda humanidad en el hom-

bre; ella hace lanzar gritos de alegría a algunos, entre ellos a M. Michel Foucault. Mao crea el infierno sobre la tierra para establecer una sociedad en perpetua efervescencia y puramente social. Tales son, de manera directa, los frutos de nuestro Renacimiento, que, entre nosotros, se retrasa.

A. — Si usted siente este desprecio por el Renacimiento, ¿por qué, pues, atacar a aquellos que quieren arrancar de la Iglesia todas las huellas del Renacimiento?

J. — Atacando el Concilio de Trento, su catecismo y sus instituciones, no atacan al Renacimiento, sino a los frenos, los límites, los obstáculos que la Iglesia pudo colocar triunfalmente a través de la vía de los innovadores. Ustedes, por el contrario, profesan las ideas más amplias de esa época, llenan el aire de vocablos bárbaros, entre los cuales se encuentra «promoción de los laicos», lo que en su pensamiento significa «emancipación de los fieles y su utilización por los sacerdotes progresistas».

A. — ¡Qué injusticia! Usted desconoce todo lo que nosotros hemos hecho por los laicos, para hacerles más fáciles, menos pesados, más inteligibles los deberes que les impone su fe.

J. — Yo no ignoro nada: ni la supresión de la Cuaresma, ni la de la abstinencia del viernes, ni la del latín, ni la de la obligación dominical, reemplazada por el sábado a la tarde. Ustedes, en principio, les alivian de sus cargas, pero, al mismo tiempo, les empujan a interesarse cada vez más por la vida sexual, les orientan hacia las ideas y teorías revolucionarias y

todo esto lo hacen sin consultarles, como los maestros de escuela tratan a los niños estúpidos. Durante el Concilio se repetía: «Para todas las novedades e innovaciones, los curas consultarán a los fieles, se entenderán con ellos, acomodando sus decisiones a la actitud de éstos.» Se ha producido lo contrario. Cuando los párrocos han reunido a sus feligreses, se ha procurado siempre empujarlos, apremiarlos, forzarlos y aquellos de entre ellos que se negaban a las innovaciones han sido expulsados. Ha sido tan bien hecho que han acabado por crear un anticlericalismo nuevo. En la calle, los mirones saludan a los sacerdotes en sotana y vuelven la espalda a los otros. Para ustedes se trataba de llevar a cabo un programa, de realizar con la mayor rapidez y lo más completamente posible una revolución concebida a lo largo del Rin, aprobada por la masonería, los soviéticos, la gran prensa anticristiana y todas las sectas anticatólicas. Han actuado firmemente y continúan haciéndolo. Si el cardenal Alfrink hubiese consultado adecuadamente a sus fieles sobre la actitud que él tomaba frente a Roma, ¿cuántos cree que le hubiesen aprobado?

A. — Estas calumnias no pueden impresionarme, porque jamás nuestros amigos han hecho uso de mayor celo que ahora. Ellos han alentado a cientos de comités; no dejan de predicar, de hablar a los jóvenes, de crear centros juveniles; han conseguido romper en gran parte la barrera que separaba a la joven generación de la Iglesia. En fin, nosotros les preparamos para que se conviertan en auxiliares del sacerdote.

J. — Ustedes adulan a los jóvenes, esperando así

dominar en el futuro. Pero olvidan a los viejos, los enfermos, los agonizantes; olvidan sus deberes espirituales para no predicar más que lo social. No lo niegue. Le voy a citar en seguida un escrito, redactado por el cura de una de las catedrales suizas. Anuncia en él una misión. Escuche: «¿La misión de quién? ¿Para qué? Para tu hermano. ¿Tu hermano es aquel que conoces? ¿Aquel en el cual te puedes reconocer tú mismo? ¿Aquel al que recibes y que te recibe? ¿Es quizás alguno que vuelves a encontrar en el trabajo o en la escuela, un compañero de cuartel, el hombre anónimo con el que te cruzas en la calle? ¿Será también ese extranjero del que adviertes su tipo y su acento? ¿O incluso aquel que vive demasiado lejos de tu ciudad, de tu país, de tu continente para que le conozcas? Verdaderamente, ¿quién es tu hermano?

»Dirás acaso que, a niveles diferentes, todos son tus hermanos. Abres la puerta a tu amigo, le escuchas. No es para ti nunca un extraño. Saludas a tus camaradas de trabajo o de escuela. Te sientes amable con aquellos que no son de tu familia.

»Pero ¿qué encierran tus buenos días cotidianos? ¿No te ha sorprendido pasar, a lo largo del día, junto a personas sin conocer nada de ellas? ¿Te acuerdas bastante de los problemas que rebasan el marco de tu país? A pesar tuyo, tus hermanos son, a veces, los extranjeros.

»Otros jóvenes se plantean estas preguntas. Te invitan a reflexionar en esto con ellos. ¿Vendrás?»

Vayan ellos o no vayan, ¿oirán hablar sobre Dios? Nada lo anuncia, nada de esto se prepara allí. Habrá

buenas homilías sociales, socialistas y acaso teñidas de marxismo. Entre ustedes no se encuentra en parte alguna el nombre de Dios, la preocupación por Dios; asimismo, esta solidaridad humana, que se quiere inspirar a los jóvenes, no se asemeja a la «caridad» predicada por Cristo, que es el amor de todos los hombres los unos por los otros como hijos de Dios, un amor espiritual y no social. Allí está la ruptura entre la Iglesia y ustedes, lo quieran o no.

A. — Mientras uno quiere ser cristiano es cristiano.

J. — No se puede ser cristiano si se reniega de Cristo, sus enseñanzas y sus órdenes, si se difama su personalidad, si se deforman todas sus lecciones, si se practica con respecto a su Iglesia una política de destrucción y de dislocación, en una palabra, si se sirven del nombre de Cristo y de sus palabras en sentido contrario del que El quería.

A. — Y, sin embargo, nosotros somos cristianos y queremos seguir siendo cristianos.

J. — Ustedes practican la política del ermitaño. Una vez instalado en la concha de otro animal, se mantiene allí ante todo y contra todos. Pero, en lugar del aspecto humilde y simpático de un benévolo bígaro, se distinguen las patas cornudas y la apariencia erizada de este horrible animal. Así, ustedes multiplican sus acusaciones, imprecaciones y denuncias, chillan por la «revolución» y se esfuerzan en agitar todo convocando reuniones, asambleas, sínodos, congresos, discusiones públicas..., etc. Ustedes aprovechan todas las ocasiones para hacer propaganda.

A. — Cristo ha dicho: «Yo no he venido para traer la paz, sino la guerra.»

J. — Cristo vino para luchar contra el mal y contra el Espíritu del mal, contra los vicios, los pecados de todas clases. Este fue su combate, mas él añadió: «Mi paz os dejo, mi paz os doy.»

A. — Para usted no habría, pues, paz sino en la somnolencia y en el ciego mantenimiento de todas las tradiciones. Su pesimismo es inerte.

J. — La audacia de ustedes es semejante a la del Maligno. Ella se complace en humillar a Dios ante los hombres. Les enseñan a no arrodillarse ya para rezar, a no arrodillarse ya para recibir el cuerpo y la sangre del Salvador. Más aún: en lo sucesivo se depositará a su Señor en la mano como un objeto. Salvo en las épocas más bárbaras, la Iglesia siempre pudo mantener el respeto por la hostia. Sólo debían tocarla los dos dedos del sacerdote que recibían la unción de los óleos santos en su ordenación. Con ustedes, de ahora en adelante, el hombre tiene todos los derechos. El celebrante, sin duda, debería vigilar la consumación de la hostia, pero sus sacerdotes, que quieren acelerarlo todo, no tienen tiempo de fijarse en el hombre que se va con el pequeño pedazo de oblea en la mano, en el niño que lo coge de prisa para dar un trocito a su madre, en el adolescente que lo olvida en el bolsillo. Los casos son innumerables en toda Europa, excepto entre nuestros hermanos perseguidos. Abandonan a Cristo, su cuerpo y su sangre, a la negligencia, a la maldad de los hombres para que ellos jueguen a su gusto o hagan misas negras.

Ustedes llegan a ser como Judas, que entregó el cuerpo de Cristo a los fariseos.

A. — No soportaré este ultraje. Adiós. Quédese solo en medio de las ruinas de su Iglesia decrépita y de sus ritos anticuados para declamar contra la vida y contra el movimiento de la vida.

J. — Cristo es el maestro de la vida y Judas se ahorcó. Adiós.

III

LA ABOMINACION DE LA DESOLACION

«Así, pues, cuando veáis la abominación de la desolación, de la cual ha hablado el profeta Daniel, instalada en el santo lugar (que el lector comprenda), los que se hallen en Judea huyan a las montañas... Habrá allí entonces una gran aflicción, tal como no la ha habido desde el principio hasta nuestros días y como no lo habrá nunca más...»

Evangelio según san Mateo, XXIV, 15-21.

Por más afecto que yo sienta por ti, no puedo ya, mi querida prima, tratar con estos pastores que no aman a Dios y que ni siquiera le temen. Rehúso comprometer a esos fieles sacerdotes que se ocultan aquí y allá, más numerosos, más desgraciados y más apenados de lo que se pudiera creer, porque no quiero añadir nada al peligro que ellos corren. No se puede conversar con uno de esos obispos destructores de la fe, ni con uno de los que pertenecen a la masa, esclavos mudos de sus desenfrenados cofrades y de sus malos sacerdotes. Y, por nada del mundo, quisiera añadir cuidados, inquietudes y horrores a los que asedian al desdichado que el Espíritu Santo y su deseo han encomendado el papel crucificante de soberano pontífice en esta época de rebelión, de horrores y de impostura. ¿A quién, pues, hablar, a quién, pues, dirigirse si no es a este Espíritu Santo, cuya intervención a todo lo largo de la vida de la Iglesia ha iluminado la marcha del sucesor de Pedro y de sus humildes fieles?

Vuelto hacia El, le diré: «Espíritu de fervor y de amor, Espíritu de sabiduría, de ciencia y de verdad, yo os invoco ante el horror que reina en la tierra, un horror disfrazado de fiesta extraña, de triunfo pagano, de apoteosis científica, a pesar de que los objetos de sus placeres son aquellos mismos que los destruyen; ebrios de su automóviles, matan al prójimo en las grandes autopistas hasta que ellos se matan; ávidos de voluptuosidades violentas, cada vez más sabrosas y más múltiples, no desdeñan ninguno de los procedimientos más despreciables para procurárselas; recurren a esa píldora que mata la vida antes de que ésta nazca y arruina la vida de la que no quiere hallar en ella más que el placer. Mirad a esos jóvenes, a esas muchachas, ebrios de su cuerpo, incapaces de guardarlo para llevar la existencia que les estaba reservada, sino presos de los destinos ficticios que les proporcionan las drogas y sus sueños, sin comprender que destruyen de este modo en sí mismos las fuerzas que les permitirían perdurar y hacer frente a las peripecias difíciles, pero estimulantes, que todo hombre debe afrontar antes de llegar a ser él mismo.

»Espíritu de justicia y de caridad, salvadnos de este horroroso torbellino de un mundo que pretende haber suprimido la guerra librando las últimas guerras, pero que instala por todas partes, que cultiva en todos los lugares, conflictos inexplicables: guerras de clases allí donde están enclavadas las ciudades y las fábricas; guerras generacionales ahí donde hay universidades, escuelas, colegios; guerras de razas, abolidas en 1945 y tan prósperas después en los Estados Unidos, en el

Próximo Oriente, en Asia, en todas partes, ora sordas, encubiertas, ora cruentas, siempre despiadadas; guerras de religión, las más espantosas, las que se desarrollan en continentes enteros, en el continente rojo y amarillo, contra todo lo que es cristiano, racional y civilizado; guerras que sostienen diariamente nuestros mártires vivos en Rusia, Ucrania, Polonia, Hungría, Bohemia, Servia y China; guerras que los soviéticos han llevado al Occidente, desencadenando un catolicismo progresista; hay guerras de quimeras en torno a locas imaginaciones como si algo pudiese reemplazar la sujeción de los pueblos y la necesidad del trabajo cotidiano. Se lucha por territorios, se lucha por campos de petróleo, se lucha, sobre todo, de manera constante y sorda por la dominación de este infortunado mundo, se odia y se fabrica con un esmero encarnizado, con un genio demoniaco, con una imaginación desenfrenada, esos instrumentos geniales que permiten a un hombre destruir algunas decenas de millones de hombres; si todo va bien, si el «progreso» sigue normalmente, se acabará por hallar el medio capaz de suprimir a todos los hombres de la tierra, todos los edificios que ellos hayan construido, todo el arte, toda la belleza que hayan podido realizar. No quedará entonces aquí abajo más que un campo desierto, lleno de ruinas informes y en el cual el polvo podría incluso propagar aún en su rededor la muerte. Tal sería la realización sublime de la ciencia humana llevada a su punto máximo y de la política humana llegada a su perfección.

»Espíritu omnisciente, sabéis la desazón en la cual

se arrastran estas generaciones. En el universo rojo y amarillo, se roba los hijos a los padres, el Estado los educa a su antojo, a fin de suprimir en ellos toda vida espiritual y todo sentido moral; no les queda más que un Dios: la colectividad marxista que los ha formado. En Occidente, la Iglesia lucha para sobrevivir, el espectáculo no puede ser más espantoso; en el norte del continente europeo se deja a los hombres engañar a su sexo y asociarse a otros hombres. Tan hermoso modelo fascina a las demás naciones. En espera de imitar esto, se permite a modistas, periodistas, artistas y directores teatrales establecer en Europa un inmenso burdel donde todas las mujeres, jóvenes y viejas, muestran su cuerpo, ostentando su desnudez o semidesnudez en todos los lugares, sin comprender que destruyen así su prestigio y todo el poder de seducción que poseían antaño, para convertirse sólo en bajos instrumentos de un placer sucio, despreciadas por los hombres y reducidas, poco más o menos, al papel de cortesanas de Oriente.

»Una sociedad que desprecia a las mujeres es una sociedad que está podrida.

»Espíritu de luz y de verdad, iluminad este mundo en el que todo es mentira. Se subleva a los pueblos para darles la felicidad y se los somete luego al yugo más duro que los hombres han conocido desde hace dos mil años, y se llama a este régimen «democracia popular»; so pretexto de que se prepara una indecible felicidad para las generaciones futuras, se mantiene a las del presente en una férrea esclavitud, difundiendo por el mundo encantadores cuadros del infierno

donde se la organiza. En cuanto a la otra parte del mundo, la que se llama libre, los jefes presentan a las multitudes programas demasiado halagüeños para no ser falsos y los más mentirosos consiguen hacerse elegir jefes de los gobiernos. Para mantener algunas de sus promesas, roban a los ricos, colman a los pobres y distribuyen en sus países un bienestar sin cesar creciente, sin contar con bastante dinero para pagarlo, pero que conservan presentando falsos balances, desvalorizando la moneda, especulando con el porvenir, a fin de mantener el mayor tiempo posible la ilusión engañosa de que todo marcha inmejorablemente en el mejor de los mundos. Preparan así la desgracia de sus hermanos y la ruina del continente.

»Espíritu de amor y de belleza, iluminad a esos espíritus que no conocen ya ni la belleza, ni la realidad, ni la lógica, a esos artistas que no perciben más que lo horrible, lo delirante, lo atroz, lo monstruoso y que hacen vivir a sus contemporáneos en este decorado a la vez degradante y extraño. Propagan su delirio a su alrededor. Como esas mareas de petróleo que cubren las playas, ellos cubren las ciudades, los arrabales, los campos con sus obras deformes, evocaciones frenéticas de un caos que tiende hacia la nada; esos escritores que no comprenden ya, que no reconocen ya las palabras humanas ni su sentido y que prefieren andar a tientas en medio de las cosas como si ellas solas contuviesen el misterio de la vida y del porvenir; esos filósofos que han perdido la práctica de la lógica, que no saben ya, que no quieren ya razonar, pero que rechazan todo lo que les ofrece lo

real, la tradición, la experiencia humana, para imaginar artimañas sutiles, artificiales, que les permiten renegar de todo lo que existe para evocar, para solicitar y para iniciar un mundo en el que el hombre no tendría ya alma, razón, moral, ni tampoco realidad.

»Espíritu de ciencia y de sabiduría, fulminad a todos esos hombres que, vueltos hacia los astros o hacia el suelo, inclinados sobre sus cálculos, fascinados por sus instrumentos, no buscan en la materia más que la materia misma; su avidez de descubrimientos, de creación, de ganancias, les lleva a difundir por el mundo todo lo que la materia les ofrece, sin preocuparse ya por las reglas de la lógica, de la moral o de la prudencia; prodigan así, junto a algunos beneficios para los enfermos, innumerables males para los vivos, todos esos productos nocivos y destructores que atacan a la vida en su raíz o que la destruyen en flor, que envenenan los cuerpos y hacen delirar a los espíritus, pero, sobre todo, ese objeto, la bomba atómica, símbolo y resumen de todos los demás, que utiliza las fuerzas más profundas de la naturaleza para ejercer el hombre una venganza despiadada, como si todo el mal que, desde hace milenios, él ha cometido contra los animales, los árboles, las plantas y el suelo de la humanidad debiera ser pagado en una sola vez por esta rebelión de las fuerzas cósmicas, que explotan los rencores humanos contra la misma humanidad en una especie de apoteosis de potencia, de horror y de suicidio.

»Espíritu creador y piadoso, ante esos hombres capaces de visitar planetas lejanos y que traen de allí la

nada, ante esos jóvenes que entran en la vida gritando «que perezca todo», ante esos prudentes que ocasionan sabiamente su ruina cierta, ante esos poderosos que no cesan de traicionar su poder y su autoridad, ante esos sabios, que no son capaces de interesarse ya más que por el delirio o la locura, ante esas multitudes ávidas de todas las novedades del mundo, pero incapaces de discernir la verdad y reconocer la certitud de su infortunio, ante esa humanidad encantada de su gloria en el mismo momento en que ella se rebaja más que las bestias y organiza su muerte, ante tanta ceguera y miseria, Espíritu, piedad.

»Y ante esta Iglesia, que debería aportar a los hombres las palabras de paz, de desprendimiento, y que se deshace en conciliábulos, querellas, discursos furiosos y denuncias; ante esta Iglesia, que debería predicar todas las virtudes, mostrarlas, evocarlas y levantar la inefable belleza divina frente a las naciones envilecidas, ante esos sacerdotes afanados en descender más bajo que los laicos, en rechazar todas las apariencias que les señalan como sacerdotes, todos los símbolos que les separan de las muchedumbres y les ponen por encima de ellas, ante esas hordas de eclesiásticos clamando en las plazas públicas, desfilando por las calles y mancillando la ciudad santa de la catolicidad por su deseo furioso de licencia, de poder, y por la embriaguez de la profanación; ante la inmensa conspiración laica y clerical, que utiliza todas las armas que proporcionan el oro, la inteligencia, la habilidad, la fuerza, las apariencias de celo y hasta la caricatura del amor espiritual para rebajar a la Iglesia

a la categoría de una sirvienta deseosa de asegurar a los hombres los bienes de la tierra con la servidumbre a las más despreciables tiranías sociales, ante esa ceguera frenética en la que se transparenta una inspiración del demonio, Espíritu, ¿vuestra ayuda, vuestra piedad pueden aún ser imploradas?

»¿Se puede rogar por los que rechazan a Cristo declarándole muerto? ¿Se puede implorar el perdón de quienes procuran separarse menospreciando al sucesor de Pedro, al cual Cristo dio el encargo de ser en la tierra su representante personal y permanente? ¿Se puede implorar la misericordia divina para los clérigos, los religiosos, que quitan su nombre de las iglesias, apagan la lámpara del santuario y colocan su silla allí donde antaño estaba el tabernáculo? ¿Se puede suplicar por esos sacerdotes que, encargados de enseñar la fe a los niños, les ocultan el nombre de Dios, sus grandezas y difunden el catecismo holandés que censura la autoridad romana? ¿Hay algo más infame para un catequista que destruir en el alma de los niños el germen divino pretendiendo instruirlos? Tanta arrogancia, tanta ceguera en la impiedad clerical, tanto orgullo blasfemo en los sacerdotes, ¿puede quedar impune? Pero lo peor no es esto, sino el cuidado que ellos ponen en mantenerse en la barca de la Iglesia, en aferrarse a ella aun cuando la profanen, en no descuidar ningún esfuerzo, ningún ardid, ninguna mentira para que los hombres y el clamor falaz de los periódicos les declaren todavía miembros y parte inherente de esta Iglesia, que ellos tienden a arrastrar con ellos en su reniego, de manera que sea consumada

la obra de Judas y que pueda abandonarse, completamente, a las fuerzas del mal el cuerpo terreno del Cristo profanado. Espíritu de justicia, ¿qué misericordia es posible?

Y, sin embargo, ella se muestra aún. Se la ve, se la vuelve a encontrar en las palabras, en la vida milagrosa de Padre Pío, se oye en La Salette, en Lourdes, en Fátima, en Garabandal esta voz misteriosa que trasciende a todo, con un castigo que redime todo, con una apoteosis en la que se confunden el extremo de la desgracia y el colmo de la felicidad. Ahí sólo, en la *respuesta mística*, en estas horas de tinieblas el alma humana vuelve a encontrar la luz y, levantándose por encima de la podredumbre terrena, logra contemplar el único rostro que puede desear: el de Cristo.

NOTA CRITICA

Los documentos de que me he servido para redactar este estudio me han sido ofrecidos por personas de buena voluntad, a las que yo doy las gracias sin nombrarlas, porque quiero tomar sólo sobre mí la responsabilidad de este ensayo. No he querido tampoco mencionar los nombres de los sacerdotes o laicos cuyo comportamiento critico, salvo si se trata de gentes comprometidas desde hace largo tiempo en las polémicas públicas.

Hago una excepción en los capítulos III, IV y V de la primera parte. Para su redacción, en lo que concierne al Concilio Vaticano II, he utilizado amplia, pero no únicamente, el excelente libro, tan exacto, del reverendo padre Viltgen, S.V.D., *The Rhine flows into the Tiber*, Hawthorne Books, New York City, U.S.A., 1967.

Colección "Al quite"

1 MARCUSE Y LA CIVILIZACION AMERICANA

Miguel Ambacher

Es bien notoria la extraordinaria influencia que ha tenido, especialmente entre la juventud, la doctrina de Herbert Marcuse. El autor, que fue largo tiempo profesor en América, hace un estudio profundo de la misma y nos descubre sus influencias —hegelianas, marxistas, freudianas, angloamericanas—, sus objetivos y las conclusiones que se deducen de su rechazo de la civilización contemporánea.

Precio: **60** Ptas.

2 ¿LA IGLESIA DE JUDAS?

Bernard Faÿ

Un estudio histórico —según explica el autor— que se propone ayudar a las personas de buena voluntad para que puedan discernir entre lo que fue el Concilio Vaticano II y el propósito del programa del «aggiornamento», puntos que las polémicas y la multiplicidad de interpretaciones han oscurecido. Publicado por la editorial Plon de París, ha tenido considerable repercusión en Francia, como la tendrá, sin duda, en su edición española.

Precio: **60** Ptas.

EN PREPARACION

3 DOCTRINAS DEL NACIONALISMO

Jacques Ploncard d'Assac

Con el rigor y la objetividad propias de un intelectual del maximo prestigio, resume el autor las doctrinas de los pensadores y políticos que, coincidiendo en una posición de exaltación de los valores nacionales, influyeron, en mayor o menor medida, en el reciente destino de sus pueblos: Drumont, Bourget, Maurras, Pétain, Corradini, Mussolini, Hitler, José Antonio Primo de Rivera, Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, Sardinha y Salazar.